



Repensar lo “comunitario”:

Turismo rural, territorio, prácticas y saberes en la vereda Los Soches

Autor

Sara Sofía Salamanca Londoño

Directores

Bastien Bosa y Emmanuel Quiroga

**Trabajo de grado presentado para optar por el título de: Antropóloga y de profesional
en Artes Liberales en Ciencias Sociales**

Escuela de Ciencias Humanas

Artes Liberales en Ciencias Sociales

Antropología

Universidad del Rosario

Bogotá - Colombia

2025

Agradecimientos

Quiero iniciar expresando mi gratitud con Doña María y Vanessa, que me dieron la oportunidad de conocerlas, abrieron las puertas de sus hogares y sus vidas para que una muchacha curiosa entrara en su cotidianidad y en su maravilloso proyecto por dar a conocer Los Soches. Gracias por recibir mis preguntas siempre con los brazos abiertos, por conversar con naturalidad cuando estaba más nerviosa yo que ustedes, por compartir sus relatos, sus familias y formas de ver el mundo conmigo. Gracias por hacer posible este trabajo, por permitirme retratar una parte de sus historias en unas cuantas páginas y mostrarme un pedacito de mi ciudad que tanto tiene para ofrecer.

Gracias a mis tutores por creer en este trabajo, por guiar mis preguntas, mi escritura, y mis intuiciones. A Bastien por estar firme en todo el proceso, por acompañarme paso a paso con tus palabras de aliento, tu mirada crítica y tu serenidad en medio de las crisis que surgieron en el camino. A Emmanuel por asumir el reto de unirme a un proceso ya en marcha, porque en definitiva necesitaba de tus ideas, interés y estilo que me ensañaron a ampliar la mirada, y eso se ve reflejado en el camino que tomó esta investigación.

Le agradezco a mi familia, por estar siempre presente. Motivándome en cada momento con palabras de ánimo, chistes, con los turnos de estudio para que la guitarra eléctrica no me distrajera, por las pausas activas para cambiar de perspectiva, por las gomitas y dulces para las traspasadas, por las “mi-tu” ideas, e incluso por cruzar la ciudad para conocer la vereda de la que tanto escuchaban hablar. A mis amigos y amigas de la vida y la universidad, gracias por escucharme todas las veces que necesité hablar, por las ideas, las conversaciones, las risas, la complicidad, y el apoyo durante estos años de carrera y el proceso de terminar este trabajo.

Finalmente, le agradezco a las Artes Liberales por haber sido la puerta de entrada para conocer nuevas posibilidades de mundo y por llevarme a descubrir la Antropología. En conjunto, se han convertido en caminos que me han mostrado cómo se puede estudiar y vivir con pasión aquello que a una la mueve, dentro y fuera de la academia.

Tabla de contenido

Introducción	4
Estado del Arte	8
Marco Teórico.....	12
Metodología	17
Capítulo 1: Historias que se unen, perspectivas de crear y ofrecer una experiencia turística	23
1.1 Retratos cruzados de vida: encuentros de madres, esposas y mujeres.....	24
1.1.1 Doña María.....	24
1.1.2 Vanessa/Hysca.....	32
1.1.3 “Cuando no hay un macho cerca”	39
1.2 “¿Todos somos campesinos?”: Representaciones y tradiciones en presente	41
1.2.1 Una experiencia “auténtica”	42
1.2.2 El legado indígena	47
1.2.3 “Campesina pragmática” vs “Campesina espiritual”.....	52
Capítulo 2: Experiencias y transformaciones de lo rural: saberes, prácticas y territorio	58
2.1 Miradas situadas: personas, historias y expectativas.....	59
2.1.1 Turistas	60
2.1.2 “¿Cómo así que la papa tiene flor?”	65
2.2 Lo común y los espacios para crear comunidad	69
2.2.1 El Sancocho de María	71
2.2.2 Mixturas, bálsamos y medicinas de Vanessa.....	76
2.3 Turismo rural y turistas de lo rural	81
2.3.1 “Yo no me siento turista”	82
2.3.2 La red de turismo en Los Soches	85
2.4 Los Soches como territorio turístico	93
2.4.1 “Pon en Google Maps: Los Soches, vereda turística”: nuevos referentes y relecturas.....	94
2.4.2 Registros, formalización y reconocimiento institucional.....	97
Conclusiones.....	103
Referencias	110

Introducción

La vereda recibe a sus visitantes con un camino en tierra y un cartel de bienvenida. Un extenso cultivo de arveja que cuelga de hilos blancos da paso a los caminantes que ingresan. Para llegar a la casa de María hay que recorrer un tramo de placa huella, la cual a medida que avanza se aleja de los ruidos de la carretera, de los camiones y del tráfico de la ciudad, mientras que te adentras al sonido del viento que mueve los árboles, cultivos con diferentes colores y hojas, una que otra vaca, y perros que salen a ladrar en medio del camino. Luego, giras a la izquierda y te sales del pavimento para bajar por un camino de tierra, que, si tienes suerte y no ha llovido, está más o menos seco. Junto a los pies se ven las arvejas crecer, las flores de la papa, la fresa cubierta por un plástico negro y las hojas de la zanahoria. Eventualmente comienzas a ver casas, una rosada que resalta a lo lejos, y otras que en línea forman un camino que te lleva a la casa blanca de dos pisos de Doña María.

En esta casa te recibe su dueña en la cocina, te ofrece uno de sus tintos aromáticos, o algún agua que prepara con sus plantas. No falta un pan o galleta para acompañar la bebida, que ayuda a regular ese frío que traspasa las capas de ropa y se adentra en los huesos durante la caminata. El horno de leña y las bebidas calientes te reciben para que cómodamente te sientes en una de las sillas plásticas que hay junto a una mesa contra la pared contraria del horno. Mientras tanto María se mueve de un lado a otro, saca y trae leña, espanta al gato que se quiere robar la comida y te cuenta sobre cómo le fue en su semana, que una de las viejitas del Centro Día se la pasa comiendo de lo que llevan y no presta atención a los cursos.

De repente llega Vanessa, entra por la puerta principal acompañada de su hija, su pareja y una perrita que no tiene dientes. Saluda a María con un abrazo y le entrega un sartén en el que trajo una ensalada que preparó para aportar al almuerzo. De su mochila saca una bolsa llena de muchas pepitas que nos cuenta que son cacao. También saca un pequeño mortero de madera, con el que comienza a machacar el cacao para hacer una mezcla, nos da una pepita a cada uno para probarla.¹

¹ Viñeta construida a partir de diferentes fragmentos de notas de campo.

La localidad de Usme ha experimentado diversas transformaciones a lo largo del tiempo, desempeñando históricamente un papel como centro rural y productor de alimentos clave para la región y, en particular, para Bogotá (Imagen 1). Debido a su ubicación periférica respecto a la capital, sus habitantes provienen de diferentes orígenes, con un denominador común: muchos son antiguos campesinos que, debido a las circunstancias nacionales, se vieron obligados a migrar a la ciudad y establecerse en zonas periféricas. Sin olvidar que también hay una tradición de varias generaciones familiares que han trabajado la tierra localmente, y que tienen unas formas de enraizamiento con el territorio.

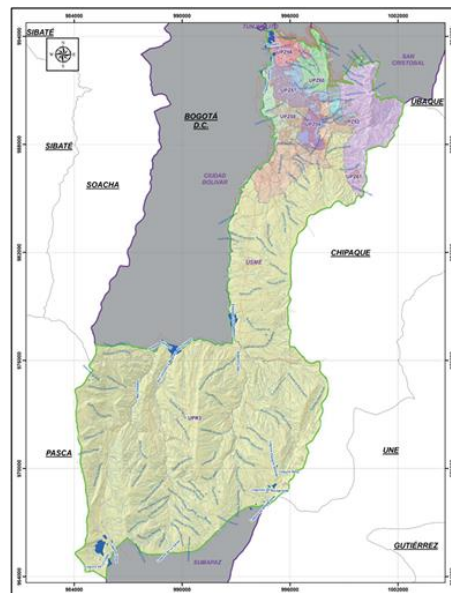


Imagen 1. Mapa de límites UPZ. Localidad de Usme. Fuente: Alcaldía Local de Usme & IDEXUD, 2017.

De acuerdo con la Secretaría Distrital de Planeación (2020), el 86% del territorio de Usme es rural. Lo que facilita la implementación de proyectos que integren los legados rurales en la zona urbana y desarrollen procesos que emergen desde la ruralidad, requiriendo una constante interacción con la urbanización. Se ha llegado a creer que la relación entre campo y ciudad es opuesta e incluso alejada, pero la realidad es que los espacios urbanos y rurales están conectados y son constitutivos el uno del otro (Shattuck et al., 2023); tal como ocurre en el caso colombiano, existen factores como la migración, que generan tránsitos y relaciones diversas. En medio de estos movimientos y las condiciones que progresivamente transforman

la ciudad se reduce esa brecha imaginada con la experiencia campesina, que luego es posible evidenciar en espacios de encuentro de ambas realidades, como es el turismo rural.

En este contexto, la vereda Los Soches, situada en el Km 0 de la Vía al Llano, se encuentra en un punto donde la carretera se aleja del casco urbano y se adentra en paisajes rurales. Entre cultivos y calles veredales se ubica la casa de Doña María (Imagen 2), una mujer mayor campesina de la zona, quien, junto con Vanessa, una joven no originaria del lugar, organizan sesiones y talleres que invitan a los habitantes urbanos a experimentar la vida rural. Estas actividades turísticas incluyen espacios de tejido, preparación de medicina natural y otras experiencias, acompañadas de relatos sobre prácticas ancestrales tanto campesinas como de los muisca, que habitaron el territorio en el pasado, y que se resignifican en el presente.



Imagen 2 Entre cultivos, la casa de María. Fuente propia (2025)

Los Soches es un territorio de vocación y tradición agrícola, donde las prácticas campesinas, los saberes locales y las tensiones frente a la urbanización enmarcan este proyecto turístico, así como otras iniciativas impulsadas por habitantes locales. A través de caminatas ecológicas, experiencias campesinas y talleres de saberes tradicionales, se ha ido conformando una oferta que conecta el contexto agrícola con el interés de visitantes externos por conocer el lugar. La iniciativa de María y Vanessa se inscribe en este entramado comunitario, que cobra relevancia a lo largo del análisis, al mostrar que incluso los desencuentros y tensiones forman parte de las dinámicas que dan forma a sus trayectorias y a la red de turismo rural en la vereda.

Este proyecto refleja un encuentro de diversas personas, conocimientos y tensiones, lo que da lugar a la siguiente pregunta de investigación: ¿De qué manera se construye y negocia el

sentido de comunidad en el marco de las prácticas y discursos del proyecto de turismo rural en la finca El Recreo, ubicado en la vereda Los Soches, y qué tensiones surgen en el proceso?

Implica reflexionar sobre la noción de lo “comunitario”, las visiones idealizadas de este concepto y las diferentes experiencias asociadas con sentidos de lo común. Aunque existen espacios de convivencia como el trabajo en la huerta, las mingas, los talleres y las comidas, estas experiencias están marcadas por el tránsito de diversas personas, tensiones con la comunidad local, una relación particular con el entorno urbano y factores económicos asociados al carácter productivo del proyecto.

En el caso de la iniciativa de Doña María y Vanessa, es relevante examinar cómo se construye entre acuerdos y desacuerdos un sentido de comunidad con los turistas. Los visitantes son atraídos por el deseo de conocer la vida rural y vivir nuevas experiencias. En algunos casos realizan una única visita, y en otros, se torna frecuente su asistencia, y parecen participar en la creación de un espacio comunitario.

La pregunta que guía esta investigación parte de un interés por reconocer los matices que se encuentran en el turismo rural, y su relación con el carácter colectivo de este. Así como problematizar la homogenización de lo comunitario, al reconocer su porosidad y las diferentes formas que puede tomar.

Desde la década de 1980 y 1990, han surgido nuevas formas de movilización que retoman “valores naturales” y dan lugar al turismo comunitario, turismo rural, entre otros. (Hernández-Ramírez, 2015). Estos enfoques establecen un diálogo entre las relaciones campo-ciudad, local-global, entre otras, transformando y resignificando las prácticas y discursos en torno a la ruralidad y el turismo (Cornejo, 2011).

El proyecto de Doña María y Vanessa refleja una realidad con dinámicas que permiten explorar la diversidad de prácticas y sentidos sobre lo comunitario en el marco de un proyecto de turismo rural con múltiples debates. Es importante analizar las motivaciones individuales y colectivas en el trabajo conjunto, y cómo se generan tensiones y acuerdos para construir un proyecto sostenible. Además, el turismo rural, como eje central del proyecto, invita a reflexionar sobre las dimensiones materiales y culturales de lo comunitario, considerando tanto los aspectos económicos como los discursos que lo atraviesan. Esto da lugar a

encuentros y desencuentros en torno a temas como la pertenencia y la relación entre lo urbano y lo rural, que son parte integral de las relaciones comunitarias.

El objetivo de este trabajo es analizar cómo se configuran las prácticas y sentidos comunitarios en el contexto de la iniciativa de turismo rural desarrollada por Doña María y Vanessa en la vereda Los Soches, ubicada en Usme. Para esto, se pretende primero: reconstruir la historia del proyecto de turismo rural, así como las trayectorias de Doña María y Vanessa como anfitrionas, y de otras iniciativas cercanas en la vereda que estén relacionadas con la red de turismo rural en Los Soches. A partir de esto, identificar las prácticas comunitarias que se dan entre las anfitrionas, los habitantes locales y los turistas, tanto a partir de la iniciativa de Doña María y Vanessa, como antes de la implementación de su proyecto de turismo rural.

Adicionalmente, identificar los sentidos y los no sentidos de lo comunitario en relación con las dimensiones individuales y colectivas que implican los espacios para compartir y las redes que se tejen en torno al turismo. Así como la tradición campesina y ancestral, es parte de las narrativas de quienes ofrecen el servicio y de quienes participan en la experiencia.

Y posteriormente, analizar convergencias y tensiones que emergen del proyecto de turismo rural en relación con la construcción del sentido de comunidad, considerando cómo estas dinámicas intervienen en la cohesión y en las relaciones que hay entre los actores que confluyen en los espacios. Así como este influye en la transformación territorial de la vereda basada en el turismo.

Estado del Arte

El análisis del turismo rural y comunitario en Colombia despierta interés, especialmente en contextos donde coexisten dinámicas urbanas y rurales. La vereda Los Soches refleja las complejidades y tensiones de este fenómeno. Así, la revisión de la literatura revela debates sobre la defensa del territorio, la identidad colectiva y el papel del turismo en la transformación social.

Estudios sobre la vereda Los Soches

Los estudios sobre turismo rural en Colombia, especialmente en áreas de encuentro urbano-rural como Usme, abordan diversos debates. En este contexto, las investigaciones sobre la vereda Los Soches se centran en las luchas y resistencias frente a las reformas distritales que buscaban transformar el territorio rural en urbano (Sandoval, 2017; Nieto, A., 2013).

Trabajos como el de Sandoval (2017) dan cuenta de las diversas maneras en que se dan ejercicios de resistencia por parte de las poblaciones de Usme para posicionar la expansión urbana como un problema público; esto tanto en la vereda Los Soches, como en el hallazgo arqueológico hacienda “El Carmen”. Se analiza cómo en medio de tensiones, en clave de representación y participación individual y colectiva surge un discurso sobre una identidad común basada en las costumbres campesinas, que toman forma en luchas para preservar el territorio (Sandoval, 2017).

Con el objetivo de contrarrestar la urbanización, se han formado diferentes asociaciones comunitarias y el Agroparque Los Soches (a partir del cual llega el turismo a la zona), lo que integra a los miembros de la comunidad y transforma las dinámicas locales. Este cambio es visto como resultado de la participación comunitaria y la resistencia campesina en constante negociación (Nieto, 2013).

Turismo rural comunitario

A nivel global, existen diferentes formas de estudiar el fenómeno del turismo. Uno de estos enfoques defiende que el turismo da lugar a que se monopolicen los usos sociales de la tierra, pero también se dan espacios de negociación y conflictos sobre la propiedad, la apropiación y los significados simbólicos, tanto para las comunidades anfitrionas, como para los turistas que consumen esos significados (García-Andreu & Ullán, 2019; Hernández-Ramírez, 2015).

La idea de consumo es central en varias investigaciones, ya que el turismo se conceptualiza como un agente globalizador primario. Autores como Nogués-Pedregal (2012) lo describen como “una de las elaboraciones más perfectas y sofisticadas del sistema capitalista” (p. 158); ya que logra concretizar el tiempo y el espacio, al transformar el territorio en paisaje y por lo tanto en objeto de deseo, consumo y ocio (García-Andreu & Ullán, 2019; Nogués-Pedregal, 2012).

Desde una mirada alternativa de la literatura, surgen ejemplos en los que, a partir de una base endógena, las comunidades diseñan y organizan los servicios, tienen el control sobre los recursos y se vincula la acción colectiva con una mejora de la calidad de vida y de la economía. Para algunos autores, esto da lugar al turismo de base local (TBL) y el turismo de base comunitaria, a partir del cual defienden que el desarrollo turístico supone el marco en el que sea puede crear, mantener y fortalecer la comunidad (Rosa et al., 2023; Ruiz-Ballesteros, 2015).

Desarrollo rural

Entre las miradas predominantes en la literatura, el enfoque del “desarrollo” es una constante. Se suele centrar en los procesos de re-significación de lo rural, y la manera en que la llegada del turista altera y redefine relaciones dentro de los territorios (Burgos Doria, 2016; Cornejo, 2011; Milano, 2016). Así mismo, se destacan los contrastes respecto a mitos de ruralidad que rodean esta forma de turismo (Cornejo, 2011; Milano, 2016). Por una parte, se presenta al turista como “navegante nostálgico de la aldea global (...) buscador de raíces, de identidades, el que regresa a un universo rural mitificado y sus paisajes presuntamente eternos” (Cornejo, 2011, p. 10). Mientras que otros enfoques los caracterizan como invasores de la intimidad y la privacidad (García-Andreu & Ullán, 2019).

La literatura plantea constantemente preguntas sobre el papel del capitalismo y las lógicas de la globalización. En este contexto, los estudios desde la antropología se tienden a enfocar en las luchas de poder y económicas que supone el turismo comunitario, o en el papel propositivo que nace de las comunidades (Milano, 2016).

Con la revalorización de lo rural, también emergen estudios sobre nuevas ruralidades. Algunas posturas abogan por una ruptura con la dicotomía campo-ciudad y se hace énfasis en la multifuncionalidad y pluriactividad de los territorios, donde el paisaje natural puede considerarse desde el ocio y como un medio para mejorar la calidad de vida (Pérez, 2004). Estudios más recientes proponen una nueva ruralidad Sur-Sur, una corriente que se sustenta en la reinterpretación de la relación entre humanos y naturaleza, buscando relaciones más justas y sostenibles entre el campo y la ciudad (Sánchez Albarrán, 2016). Estos estudios problematizan el desarrollo y abogan por una “racionalidad productiva alternativa” (2016, p.55) que vincula ecología, tecnología y cultura.

Turismo comunitario en la Bogotá rural

En la literatura se identifican diversas investigaciones que concentran su exploración en el surgimiento y consolidación de proyectos de turismo comunitario en zonas rurales de la ciudad, especialmente en Usme, Ciudad Bolívar y Sumapaz. Estos estudios coinciden en señalar el potencial que este tipo de iniciativas representa para fortalecer el tejido social, recuperar prácticas campesinas y generar alternativas de desarrollo a nivel local en las que se articula la defensa del territorio, de la identidad y la sostenibilidad.

En el caso de Usme, Se muestra cómo prácticas agro turísticas en veredas contribuyen a la reivindicación de la identidad rural, así como el fortalecimiento de la organización comunitaria. Procesos que no solo resultan en la consolidación de proyectos turísticos, sino que también se posicionan como formas de resistencia frente a la expansión urbana (Castellanos, 2016). Estos procesos no ocurre de manera aislada en la localidad, sino que se replican también en lugares como Ciudad Bolívar, donde entender el turismo comunitario como motor de desarrollo local pone en evidencia la importancia de que las comunidades sean parte de la planificación y gestión de estos proyectos (Burgos, 2016).

En conjunto, estas revisiones destacan el rol del marco legislativo y de política nacional e internacional, que en algunos casos respalda estos procesos, de manera que los impulsan. No obstante, en la práctica y aplicación se evidencian las debilidades en cuanto a capacidades organizativas, de gestión y articulación con instituciones, lo cual representa un reto para su sostenibilidad a largo plazo (Burgos, 2016; Burgos & Cardona, 2014). Así como se hacen visibles las tensiones que surgen entre las expectativas de desarrollo, los marcos normativos y las realidades sociales de estas comunidades rurales.

Participación comunitaria

La participación comunitaria en el contexto del turismo ha sido objeto de análisis desde diversas perspectivas críticas. Gascón (2023) y Kieffer (2018) abordan el papel del capital social en la acción colectiva, subrayando la importancia de los lazos de confianza, reciprocidad y participación. Estos elementos son fundamentales para explorar alternativas al turismo convencional y destacan la capacidad de la comunidad local para transformar y adaptarse a los retos que plantea el turismo.

Gascón (2011) describe el turismo como un “recurso estructurador” (p. 4), enfatizando su relevancia en la estructura socioeconómica de las comunidades. Este recurso no solo influye en las dinámicas sociales, sino que también puede provocar cambios significativos, incluyendo el aumento de “la diferenciación socioeconómica y, por ende, la conflictividad intracomunitaria” (Gascón, 2023, p. 59) en el acceso al capital social.

La conceptualización del turismo como un recurso comunal implica una ideología comunitaria que puede oscurecer las desigualdades presentes dentro de la comunidad (Gascón, 2011). Este enfoque pone de manifiesto la necesidad de examinar críticamente las dinámicas de poder que emergen en los contextos turísticos y la forma en que las comunidades gestionan y se adaptan a las realidades del turismo.

Marco Teórico

Las perspectivas desde las que pretendo abordar mi investigación parten de una iniciativa de turismo rural, donde se construyen prácticas y significados en torno a vivencias y discursos sobre lo comunitario y la ruralidad. Estas experiencias configuran una noción de comunidad, la cual no es homogénea, sino que está atravesada por encuentros y desencuentros entre los distintos actores involucrados: turistas, anfitriones y habitantes cercanos de la vereda.

En primer lugar, es necesario delimitar el *turismo rural* como una alternativa a las formas de turismo convencionales y masificadas. Además, apuesta por generar ingresos complementarios que diversifiquen la economía rural. Al tiempo que se ofrecen experiencias de vida rural a los visitantes urbanos, contribuyendo al mantenimiento de formas de vida tradicionales y a la conservación del medio ambiente. En este sentido, el turismo toma forma como una práctica social y performativa en construcción.

Existen diversas formas de aproximarse al estudio del turismo. Posturas como la de Talavera (2002) cuestionan los efectos de esta actividad, ya que reconocen los riesgos y problemáticas que surgen para las comunidades, cuando una actividad asociada a la explotación se inserta en el espacio físico, cultural y simbólico de un grupo. Así mismo, estas discusiones dan paso a preguntas sobre la definición y disputa de “lo auténtico” en espacios que son aproximados

desde la exotización. Lo cual propicia fantasías e imaginarios artificiales que se proyectan sobre la ruralidad, en la que prima una aparente armonía que se torna atractiva para la mirada externa.

No obstante, el producto ofertado en sí mismo puede no ser inauténtico si se analiza desde otra mirada, ya que la ruralidad cambia no solo como territorio geográfico, sino también como espacio social. El turismo en esta medida supone un eje de adaptación en el que los rasgos culturales, materiales y simbólicos asociados al campo se resignifican de la mano con la comunidad (Talavera, 2002). Se trata de una práctica situada que se forma también en la “mirada” (gaze) turística, según Urry y Larsen (2011). El turista no solo viaja, sino que construye una mirada: una forma de ver, desear e interpretar los lugares y las personas. La mirada es performativa, cargada de discursos, imaginarios y expectativas que inciden sobre cómo se ofrece y percibe la experiencia turística. Esto representa una perspectiva desde la cual se puede problematizar cómo las anfitrionas negocian las miradas exotizantes, apostando por experiencias de intercambio, cuidado y aprendizaje mutuo.

Este enfoque me permite analizar críticamente las dinámicas en el proyecto de Doña María y Vanessa, donde las narrativas y talleres invitan a los turistas a conocer la vida rural y recuperar saberes campesinos como una forma de escapar del caos urbano. Para mi investigación, es relevante identificar tensiones y desafíos relacionados con el diseño de experiencias “auténticas” y “exóticas”, y el rol de los turistas en su relación con los habitantes locales. Además, explorar las expectativas de las anfitrionas hacia los visitantes y cómo estas formas alternativas de turismo implican dinámicas de adaptación cultural, repensando lo local para ofrecer productos que fomenten la interacción social, el fortalecimiento cultural y las economías locales.

Un segundo elemento transversal a la investigación es la noción de *comunidad*. Sobre esta no pretendo dar una definición delimitada o estática que asuma una forma única en la que las comunidades se construyen, sino problematizarla y deconstruir este concepto. Ahora bien, para hacerlo se toman en cuenta debates y consideraciones teóricas sobre ‘lo comunitario’, a partir de los cuales me surgen dudas y preguntas para el campo específico de este trabajo.

La comunidad es extremadamente compleja, por lo que para su definición, ha sido vinculada con diferentes elementos, importantes de considerar: territorio, relaciones entre personas, de

parentesco o lazos de afectividad, además del sentido de pertenencia o identidad compartida, entre otros (Úcar, 2012). En esta diversidad de dimensiones, hay un sentido sobre el compartir que es constante en la manera de aproximarse a las comunidades; sin embargo, en la mirada sobre lo común, luego surgen nuevas preguntas sobre el quiénes, cómo, porqué, para qué, etc.

Adicionalmente, la comunidad toma forma en las *prácticas* cotidianas. De acuerdo con Ruiz-Ballesteros (2015), sobre el turismo de base local (TBL), la comunidad supone un marco de organización de sentido que ocurre en medio de relaciones heterogéneas y desiguales, en el que se desarrollan intercambios de reciprocidad, de trabajo y cooperación colectiva. “Los humanos así articulados tienden a desarrollar una trama simbólica y de identificación en la que se encarna un profundo sentido del lugar y de lo común.” (2015, p. 26), y es por esto que el sentido de comunidad reside en la capacidad de hacer algo común (Ruiz-Ballesteros & Gual, 2012).

Las comunidades se crean y es por eso que no responden únicamente a formas de tradición rígidas, sino que representan un marco de interacciones para lidiar con las tensiones y conflictos que pueden surgir; lo que hace posible el desarrollo de la acción colectiva y las prácticas que se activan o desactivan de manera dinámica. A partir de esto es que Ruiz-Ballesteros presenta “las formas de funcionamiento comunitario como un requisito necesario (aunque no suficiente) para el desarrollo del TBL, sino que debe también contemplarse que el propio desarrollo de actividades turísticas lideradas desde lo local podría contribuir a construir comunidad” (2015, p. 40).

Para el caso de mi investigación, este enfoque permite ampliar el análisis de las formas que tanto en lo simbólico como lo práctico se configura o no un sentido de comunidad. Esto, en actividades colectivas, o en los espacios de encuentro de comida o talleres. Los conocimientos y propuestas de las anfitrionas se tejen con las experiencias de los turistas y las personas que interactúan en estos espacios, sobre los que es importante identificar si existen o si se crean sentidos y relaciones en torno a un algo común.

En tercer lugar, parte de la oferta turística implica darle forma a unos sentidos comunes de lo rural a través de discursos que nacen de las anfitrionas, pero que dialogan con las relaciones que se tejen con los demás actores. El *capital social* individual abarca las relaciones de

confianza y de reciprocidad, se complementa con un carácter colectivo que implica sistemas complejos en el que influyen normas y estructuras, y que se puede ver reflejado en las relaciones que se tejen a través del contacto entre turistas y locales, y los discursos que los atraviesan (Durstun, 2000).

De esta manera, el capital social para esta investigación se reconoce como un recurso de las redes sociales que puede tomar forma en las relaciones y normas que facilitan la acción individual dentro de una estructura más amplia (Coleman, 1988). Así como puede ser una forma de recurso con un sentido colectivo que busca el beneficio de una comunidad y la cohesión de un grupo a partir también de normas, confianza, reciprocidad y participación de los diferentes miembros (Putnam, 1993).

Este debate permite complejizar “lo comunitario” como algo *individual o como colectivo*, y da lugar a que las formas de reciprocidad que surgen del capital social resalten la importancia de los saberes comunes y la centralidad de los conocimientos locales (Ostrom & Ahn, 2003). Además, es un debate que aporta a este caso específico en Los Soches pues lleva a considerar la manera en que, en el marco de la ruralidad, se tejen relaciones sociales complejas y múltiples, con lazos que pueden ser fuente de conocimientos y recursos. Pero también da cuenta de que los sistemas sociales no tienden a un equilibrio natural, sino que resultan de las estrategias que se dan de los encuentros y desencuentros entre actores a partir de la colaboración y la competencia.

La aproximación a partir del capital social permite reconocer además redes relacionales que sustentan el papel de la confianza y las normas compartidas para facilitar la acción colectiva (Coleman, 1988); esto especialmente ligado a vínculos fuertes. No obstante, en el tejido de redes también hay una diferenciación de los vínculos en clave de *bonding* (fuertes), *bridging* (entre círculos sociales diversos) y *linking* (relaciones verticales, con instituciones) que funcionan como recursos al reconocen diversidad de interacciones y cómo estas se entrecruzan en una estructura social como la que ocurre en el turismo (Putnam, 1993; Szreter & Woolcock, 2003). En esta misma línea, se tornan importantes los vínculos débiles, que según Granovetter (1973), permiten ampliar las redes y conectar con otros círculos sociales. Estos enfoques me permiten explorar de manera relacional, cómo los vínculos entre

anfitrionas, turistas, locales e instituciones articulan formas de cooperación, conflicto y transformación.

Por otra parte, la cuarta noción que guía mi trabajo reconoce que los discursos que dotan de sentido la oferta turística están atravesados por una noción de *tradicción* rural y campesina. Como lo propone Hobsbawm (2002) la tradición no se limita a ser una herencia fija, inmóvil y lineal, sino una construcción activa desde el presente. Las tradiciones se resignifican e interpretan desde el ahora, lo cual implica formas de producir y transmitir eso que se dice “tradicional”, pero que en realidad da cuenta de una selectividad y decantación de la realidad social que no es fija.

A partir de esta perspectiva, es importante mantener una mirada también en las tensiones y comunes de los sentidos, y los intereses colectivos e individuales de los diferentes actores que confluyen en la iniciativa turística de Doña María y Vanessa. Con especial atención a la manera en que las tradiciones campesinas y ancestrales muiscas son parte importante del discurso de las anfitrionas, al apelar a estas formas del pasado en diálogo con las experiencias que ofrecen, y que pueden o no interpelar a los turistas.

En quinto lugar, a la luz de discusiones en torno a *género, autonomía y subjetividad* en contextos rurales es posible analizar las experiencias de vida de las mujeres protagonistas del proyecto turístico en Los Soches. Como plantea Lagarde (2005), la autonomía no se reduce a la independencia económica, sino que implica una dimensión relacional, ética y simbólica, donde las mujeres se reconocen como sujetas capaces de tomar decisiones sobre sus cuerpos, sus vínculos y sus territorios. En este sentido, las trayectorias de María y Vanessa se inscriben en procesos de resistencia frente a violencias, pero también en la reconstrucción activa de sí mismas a través de los saberes, la tierra y el cuidado.

Autoras como Cely (2022) destacan cómo las mujeres campesinas han sido fundamentales en la reproducción social de las luchas territoriales, mientras que Blázquez & Cornejo (2014) incluyen la dimensión simbólica y espiritual de prácticas asociadas al cuidado y la sanación. Así, la experiencia turística en Los Soches no solo genera ingresos, sino que resignifica la vida campesina femenina, fortaleciendo liderazgos, saberes y formas propias de habitar y transformar el territorio.

Finalmente, la práctica turística ocurre de manera situada y por ende da lugar a analizar la *transformación territorial* de la vereda. No se concibe únicamente como un espacio físico o geográfico, sino como una construcción social y política, atravesada por relaciones, memorias, normas, afectos y disputas. En el marco del turismo rural comunitario, el territorio se transforma en un escenario donde se activan significados, se negocian usos y se redefine la pertenencia. Es un espacio de relaciones, en el que se configuran formas de organización, poder y distribución de recursos (Ruiz-Ballesteros, 2015). El turismo comunitario no se da sobre un territorio “vacío” o neutro: por el contrario, activa procesos de apropiación simbólica, vigilancia de límites, disputa por la legitimidad del uso del espacio, y re significación de los lugares en términos de identidad, historia y valor cultural (Durstun, 2000).

Así mismo, a partir de Lefebvre (2013) se reconoce el territorio como producto social, el cual es construido por los actores que lo conciben, lo perciben y lo viven, en este caso, como lugar turístico. La triada espacial que propone facilita distinguir cómo las regulaciones, los usos cotidianos y las experiencias significativas constituyen la definición del territorio como un espacio más que geográfico. Lo cual genera preguntas para esta investigación, ya que se torna necesario reconocer cómo los actores reinterpretan y en esta medida transforman el territorio en función de una nueva actividad que llega a la vereda. Así como los conflictos que surgen de las diferentes formas de apropiación y relacionamiento con el espacio

Metodología

Para dar respuesta a mi pregunta de investigación, realicé una aproximación etnográfica con el objetivo de analizar la construcción del sentido de comunidad en el contexto del turismo rural en la vereda Los Soches. A partir de observaciones participantes, entrevistas semiestructuradas y relatos de vida, se exploraron las dinámicas de interacción entre anfitrionas, turistas y algunos locales, con el fin de comprender los significados que los actores otorgan a sus experiencias y relaciones en el espacio turístico.

Las observaciones se llevaron a cabo entre noviembre de 2024 y marzo de 2025 en distintos momentos clave de la iniciativa turística, como talleres (preparación de kit herbal y de

medicina natural), el mercado campesino, caminatas hacia la casa de María, espacios de comidas e interacciones informales; tanto en actividades programadas, como en visitas ocasionales a la casa de María, aunque no hubiera actividades de turismo planeadas. Se seleccionaron espacios específicos, como las casas donde viven Doña María y Vanessa, así como los alrededores de la vereda, para captar las experiencias vividas y los significados construidos durante las actividades. La observación participante me permitió identificar los sentidos colectivos e individuales que emergen en la interacción entre anfitrionas y turistas, así como las prácticas comunitarias que sustentan la oferta. Lo cual responde a la necesidad de adentrarme en las dinámicas que surgen del encuentro entre actores en un espacio de interacciones situadas y contextualizadas en el turismo.

Durante la investigación busqué enfocarme en los discursos y prácticas que evocan una noción de comunidad, en particular aquellos que resaltan la ruralidad y los legados campesinos y ancestrales. Se analizaron los efectos de estos discursos en la construcción de confianza y familiaridad entre los actores, así como su capacidad para interpelar a los turistas. Para complementar esta información, realicé 6 entrevistas semiestructuradas con las anfitrionas y algunos visitantes que participaron en las actividades, permitiendo profundizar en las percepciones individuales y en las tensiones que atraviesan la iniciativa de turismo rural. También se llevaron a cabo conversaciones libres con turistas para conocer sus experiencias y percepciones sobre las actividades mientras estas ocurrían.

Las historias de vida de Doña María y Vanessa brindaron un contexto sobre la creación de la oferta turística y su relación con la ruralidad, el campesinado y la ancestralidad del territorio. Exploré la trayectoria de Doña María como campesina de la zona y cómo su experiencia influye en el proyecto turístico, así como la llegada de Vanessa a la vereda como externa a esta y su posición en relación con los vecinos y el territorio. El rastreo de eventos significativos en sus vidas me permitió construir un contexto y un sentido de temporalidad que explica quiénes son ellas hoy y cómo sus trayectorias han influido en la configuración de la oferta turística y su dimensión comunitaria.

La recolección de historias de vida me permitió comprender las trayectorias de las participantes, su relación con el presente y su proyección hacia el futuro. Este proceso implicó construir relaciones de confianza para propiciar espacios seguros en los que fuera

posible hablar de temas sensibles. La inclusión de los relatos contó con su aprobación y permitió identificar cómo estos eventos marcaron decisiones en su vida adulta y siguen siendo relevantes en el proyecto de turismo.

Por otra parte, el análisis de redes, más que un recurso gráfico, aportó como herramienta de interpretación. A partir de la información obtenida en entrevistas y observaciones, identifiqué los actores y vínculos que se iban nombrando y activando en torno al proyecto turístico. Su organización en un esquema me permitió visualizar cómo la iniciativa de María y Vanessa se articula en una red compuesta por lazos familiares, vecinales, institucionales y turísticos, así como las tensiones que emergen de estas interacciones. Este análisis contribuyó a entender de manera más profunda la estructura relacional que sostiene la propuesta turística y el papel que las anfitrionas ocupan dentro de ella.

El análisis de redes se incorporó como una herramienta metodológica que, si bien tiene sus raíces en aproximaciones sociológicas y en teorías como el capital social y el estudio de redes, se articuló de manera complementaria con técnicas más propias de la antropología, como las entrevistas y la observación participante. Este enfoque me permitió enriquecer el análisis al integrar perspectivas de distintas disciplinas y por ende ampliar los debates y enfoques.

Precisamente, este trabajo se desarrolla en el marco de las artes liberales, lo que implica un enfoque interdisciplinario que combina herramientas de la antropología y la sociología. Esta perspectiva me permitió articular técnicas como la observación participante, las entrevistas semiestructuradas, las historias de vida y el análisis de redes, de manera que no solo se describieran las experiencias de los actores, sino que me permitiera analizarlas en diálogo con conceptos como ruralidad, transformación territorial, género y capital social. Así, la metodología no se limita a registrar datos del campo, sino que a partir de esta pretendo generar una comprensión integral del fenómeno, al conectar las prácticas particulares observadas con procesos sociales y culturales más amplios.

Para sintetizar la relación entre los objetivos específicos, los actores involucrados, las técnicas utilizadas y las categorías de análisis, la siguiente tabla resume la estrategia metodológica implementada en la investigación:

Obj. Específico	Actores	Técnicas	Categorías de análisis
Reconstruir la historia del proyecto de turismo rural, la trayectoria como anfitrionas, y de otras iniciativas cercanas	Anfitrionas, locales con iniciativas de turismo	Historias de vida, Entrevistas semiestructuradas, Conversaciones libres	Género, autonomía y subjetividad. Autenticidad y tradición Turismo Rural
Identificar las prácticas comunitarias entre las anfitrionas, locales y los turistas	Anfitrionas, locales y turistas	Observación participante (talleres, comidas, y espacios de encuentro), Conversaciones libres, Entrevistas semiestructuradas	Comunidad (prácticas), Capital social (redes, reciprocidad, vínculos), Autenticidad y tradición
Identificar los sentidos y los no sentidos de lo comunitario: colectivo-individual y desde la tradición campesina y ancestral	Anfitrionas, locales y turistas	Conversaciones libres, Entrevistas semiestructuradas, Observación participante	Comunidad (sentidos, lo común/no común), Autenticidad y tradición Capital Social (individual vs colectivo)
Analizar convergencias y tensiones. Así como este influye en la transformación territorial de la vereda basada en el turismo	Anfitrionas, locales, turistas, red de turismo e instituciones	Observación participante, Entrevistas semiestructuradas, Análisis de redes (mapeo de vínculos), Conversaciones libres	Capital social (tensiones), Transformación territorial, Comunidad

Tabla 1 Relación entre objetivos específicos, actores, técnicas y categorías de análisis. Elaboración propia.

Ahora bien, un aspecto a considerar en la investigación es la reflexividad sobre mi rol como la investigadora en campo, pues inicialmente participé en las actividades como turista, pero eventualmente se fueron tejiendo lazos de mayor confianza y familiaridad con las personas que conocía. Este posicionamiento me permitió analizar cómo las prácticas y discursos sobre la comunidad y la ruralidad interpelaban a una persona externa a la vereda; así como la manera en que el frecuente relacionamiento resulta en un sentido de familiaridad con la vereda y algunas personas que confluyen en el proyecto.

Para la sistematización de la información, se utilizaron diversas estrategias, como grabaciones de audio, reconstrucción de diálogos significativos y la escritura de un diario de campo. Esto me permitió documentar de manera integral las perspectivas y experiencias de los actores involucrados. El análisis de los datos se realizó mediante un enfoque cualitativo, que incluyó la codificación de los diálogos y notas de campo para identificar patrones emergentes.

En cuanto a las consideraciones éticas, se garantizó la confidencialidad de los participantes y se obtuvo su consentimiento informado antes de realizar grabaciones y entrevistas. Así mismo, procuré que los actores pudieran revisar y validar las representaciones de sus voces y experiencias, especialmente las dos mujeres anfitrionas, promoviendo una relación de confianza y respeto con “la comunidad”. Además, en la escritura modifiqué los nombres de turistas, y de algunos actores locales para proteger y respetar el anonimato. También, construí un personaje compuesto, Alejandro, a partir de conversaciones libres que tuve con diferentes personas que coincidían en sus opiniones.

Esta investigación se desarrollará en dos capítulos. El primer capítulo explora cómo los orígenes, experiencias y conocimientos de María y Vanessa son fundamentales para comprender su encuentro en el turismo rural. Sus relatos influyen en sus perspectivas sobre los turistas, las prácticas y los discursos con los que los reciben, estableciendo así vínculos y relaciones. María, con su conocimiento como “campesina”, y Vanessa, como “boticaria natural”, ofrecen servicios turísticos en entornos rurales con el propósito de invitar a personas de la ciudad a vivir el campo. A través de diversas actividades y espacios, comparten saberes sobre la naturaleza, la medicina natural, las prácticas ancestrales, la alimentación y la vida rural. Estos espacios se caracterizan por un espíritu de comunidad, arraigo al territorio y la construcción de experiencias compartidas, dando lugar a un turismo rural donde las relaciones entre anfitrionas, habitantes locales y turistas adquieren múltiples formas y significados.

Por otra parte, en el segundo capítulo busco analizar la manera en que la iniciativa turística de Vanessa y María invita a personas de distintos contextos e historias a encontrarse en un acercamiento a la ruralidad, sus prácticas y costumbres. A través de talleres que rescatan “saberes ancestrales” y exploran las propiedades de la naturaleza como un interés común, se

propician espacios de intercambio en torno al alimento y las dinámicas de colaboración y familiaridad. Estos encuentros fortalecen la posibilidad de generar vínculos cercanos y otros distantes entre visitantes y habitantes locales. Para muchos visitantes, la experiencia despierta asombro, pues, aunque sus historias familiares los vinculan al campo colombiano, en el presente evidencian una distancia y falta de familiaridad con la vida rural.

En este contexto, las interacciones y discursos construyen “sentidos de comunidad” que emergen en espacios colectivos y de creación conjunta dentro del turismo rural. Sin embargo, precisamente por su carácter comunitario, esta experiencia desafía y cuestiona las concepciones tradicionales del turismo y el rol del turista en estos espacios. Así, el turismo se replantea, abriendo la posibilidad de imaginar alternativas a su imagen masificada, donde los lazos de cercanía, familiaridad e incluso comunidad encuentran un nuevo significado y pueden reconciliarse con la experiencia de ser turista en un lugar ajeno. Además, da lugar a preguntarse por la manera en que el territorio se redefine y reconfigura a partir del turismo rural y para adaptarse a las necesidades que surgen de este, de manera que adquiere un nuevo sentido como territorio turístico, no solo como territorio agrícola.

Capítulo 1:

Historias que se unen, perspectivas de crear y ofrecer una experiencia turística

Dos mujeres, con relatos de vida, trayectorias y saberes diferentes se encuentran en la vereda Los Soches para ofrecer una experiencia turística que acerque a las personas de la ciudad a la vida del campo. A través de diversas actividades y espacios, comparten sus conocimientos sobre la naturaleza, la medicina natural, prácticas ancestrales, alimentación y la vida rural. Espacios que se caracterizan por un “espíritu de lo común”, arraigo al territorio y la construcción de experiencias compartidas, que dan lugar a un turismo rural con diversas relaciones entre anfitrionas, habitantes locales y turistas, que adquieren múltiples formas y significados.

Este capítulo reconstruye relatos de vida de María y Vanessa, cuyas trayectorias personales se entrelazan en la construcción de una iniciativa de turismo rural en la vereda Los Soches, en Usme. A través de sus experiencias y saberes, ambos anclados en formas distintas pero complementarias de habitar el mundo, han creado un proyecto que invita a personas de la ciudad a acercarse a la vida rural, en algunos casos como espectadoras, y en otros como participantes de una experiencia compartida. Más allá de ofrecer servicios turísticos, María y Vanessa tejen un espacio de intercambio y aprendizaje que cobra vida en cada encuentro con los visitantes.

Por un lado, parto de reconstruir la historia del proyecto de turismo rural que lideran, así como las trayectorias que les han dado forma como anfitrionas. Por otro lado, se comienzan a identificar prácticas comunitarias que emergen entre las anfitrionas, los habitantes locales y los turistas, tanto en el marco de esta iniciativa específica como en los vínculos que existían previamente a su consolidación.

1.1 Retratos cruzados de vida: encuentros de madres, esposas y mujeres

1.1.1 Doña María

“Yo soy una mujer que ama mucho el campo. Siempre he sido campesina y lo seguiré siendo”, me dice Doña María mientras echa más leña a la estufa para que no se apague, y me entrega un pocillo con avena y un pan, que coloca sobre la mesa junto al del tinto que me había preparado hace un rato. María Eriscinda Cristancho es una mujer nacida en la vereda Los Soches en el año 1961. Su vida ha transcurrido entre el campo y la ciudad, con una historia atada al territorio, ya que los Cristancho son una de las familias de mayor antigüedad en la vereda; pero también con tránsitos hacia la ciudad que dan forma a una mujer “campesina” de manera particular. Entre los terrenos que le pertenecían a su padre, está la gran extensión de tierra de la finca que actualmente está dividida en lotes para cada hijo. Esta abarca todo el camino que cualquier caminante recorre para llegar a su casa, la cual está construida en la esquina superior de la finca (Imagen 3) ².



Imagen 3. Mapa/esquema de la zona de la vereda en la que viven María y Vanessa. Fuente propia en colaboración con María. Diseño generado con IA

² Mapa del sector de la vereda en el que está ubicada la casa de María y de Vanessa. Hermanos y prima de María son sus vecinos.

Su estilo de vida es campesino, actualmente vive en la ruralidad, y por ende sus prácticas y subsistencia dependen de este. Así mismo, tiene conocimientos sobre plantas, cultivos y animales ya que es el aprendizaje que adquirió desde su crianza y que es necesario para vivir en el campo:

Yo fui creciendo, me pusieron en la escuela, y ya comienza uno a trabajar por decir algo a coger alverja, ayudarle a los papás a sacar la papa, cocinar para obreros, ayudar a traer la leña. Mi mamá vendía cebollas y cositas en la placita de Las Cruces, entonces todos los domingos nos íbamos a llevar el producto para venderlo allá, como por decir las flores, las moras que se dan por acá... ¿cómo se llaman esas moras?, las moras... silvestres. Porque la mora de castilla se la mira grande y las chiquiticas son silvestres... Entonces nos mandaban chiquiticos con mis dos hermanos, y nos tocaba coger unos grandes canastadones de moras para llevarlas a vender. (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024)

Tal como lo cuenta ella en el relato, desde pequeña ha estado rodeada del campo y sus labores. Es la menor de 4 hermanos, siendo ella la única mujer. Desde pequeña aprendió a sembrar lechuga, espinaca, papa, y acompañaba a sus papas a vender la cosecha en la ciudad. Es así como siempre ha regresado a las labores del campo en su niñez, adolescencia y adultez, pues son los saberes y las formas de vida con los que creció y que hacen parte de cómo ella se entiende a sí misma: el ser campesina.

Compartir tiempo con María en su casa permite acercarse a las dinámicas de la vereda, en las que las personas se conocen por el nombre, y por lo tanto las referencias de los lugares se remiten siempre a quienes viven y trabajan allí; estas se acompañan de historias sobre las transformaciones de los espacios y de la vereda: “*Esa carretera no pasaba todavía por aquí. Hicimos la casa, eso nos tocó bregar tanto para poder entrar ese camión acá, eso fue una cosa terrible, eso se nos enterraba ese carro ¡Ay virgen santísima!*” (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024). Sus anécdotas también dan cuenta de las tensiones entre vecinos y, en el caso de María, sobre la distribución de los terrenos familiares y las historias que han acontecido en estos. En pocas ocasiones, menciona a sus hermanos, lo poco que comparte es que son vecinos en la vereda, todos han trabajado como jornaleros y cultivando sus propios terrenos, aunque hay unos que por la edad ya no trabajan.

Los relatos de María comienzan desde su nacimiento en la vereda, en la finca de su padre llamada La Esperanza. Su infancia y adolescencia transcurren en Los Soches, aprendiendo de sus padres y familiares, quienes, siendo campesinos, le enseñan todo lo que implica trabajar el campo, y se vuelve parte de lo que es ella y una razón de orgullo: *“Yo voy a hacer una cerca. A mí, no me queda grande porque yo sé cómo es que se tiembla un alambre, cómo se entierra un poste y me ponía a abrir huecos pa’ poner los postes y a pisar los postes”* (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024). Así mismo, crecer en la ruralidad condicionó su acceso a ciertas oportunidades como la escuela por lo que, según ella cuenta, cursó más de dos veces quinto de primaria, pues era el curso más alto que tenía la escuela a la que asistía; repite quinto varias veces, ya que era la única manera de seguir estudiando. Para hacer el bachillerato le pidió en repetidas ocasiones a su madre continuar sus estudios, pero asistir a un colegio implicaba trasladarse a Usme o al 20 de Julio, por lo que no se le permitió seguir estudiando. Muchos años después, cuando tenía 40 años aproximadamente, junto con otras personas de la vereda, validó el bachillerato.

Así mismo, presiones como casarse joven recaían sobre ella, pues *“a los 18 ya tiene uno que irse de la casa, en esos tiempos”* (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024). En una de las visitas que le solía hacer a su papá cuando le llevaba el almuerzo, conoció a quien fue su primer esposo: él conducía un camión y recogía arena por esa zona. Se trataba de un hombre mayor que ella, que en cada ocasión de encuentro mostraba su interés por formalizar una relación, y que, por su experiencia, llega a la vida de María dejando en claro sus intenciones con ella. Al cabo de cuatro meses de conocerse, se casan. Por petición del padre de María para que no se llevaran a su hija de la vereda luego del matrimonio, construyen su casa en la esquina de la finca de su padre, y la nombra como la finca de su tío Félix: ‘El Recreo’.

Allí tiene a sus hijos: *“Y entonces nos casamos y al poquito tiempo yo quedé embarazada y tuve a mi primer hijo y cuando mi primer hijo no completaba un año, yo estaba embarazada de la segunda; y no completaba el año cuando ya estaba embarazada de la tercera; y no completaba el año cuando la cuarta. Y la quinta vez, el chino menor que eso si ya pasaron tres años para tenerlo”* (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024). Luego de su quinto hijo, se opera a los 27 años para no tener más.

La consolidación del matrimonio y la importancia de los hijos para la formalización de un hogar no ocurre de manera aislada en el caso de María, sino que se da en un momento, en Colombia a finales del siglo XX, en que la fecundidad y natalidad tenían un alto valor en la sociedad, y por ende era clara la asociación entre familia y descendencia (Pachón, 2008). En este caso, la presiones por parte de la familia emergieron y se daba por hecho que el siguiente paso en la vida de María, al llegar a la mayoría, era encontrar un hombre con el cual pudiera formar un hogar y construir un proyecto de vida alrededor de esto.

Así mismo, el lugar social en el que se ha ubicado a las mujeres siempre en relación con los otros, lleva a que la construcción de la felicidad como objetivo en el proyecto de vida esté ligada a la experiencia del amor desde el reconocimiento afectivo y erótico que provea una pareja masculina. Implica que “la felicidad para la mujer es la entrega colmada” (Lagarde, 2005, p. 440). Esto ocurre tanto con la pareja como con la consolidación del matrimonio al tener los hijos: y la mujer se asume a sí misma como de los otros, lo que supone renunciar a su autonomía.

Ahora bien, su decisión de casarse, tener hijos y asumir las responsabilidades del hogar puede leerse en un contexto de pocas alternativas de vida, donde la proyección femenina en el tránsito hacia la adultez está profundamente condicionada por el entorno rural, las expectativas sociales y las posibilidades económicas. La maternidad a una temprana edad y el matrimonio aparecen no únicamente como aspiraciones, sino que representan el camino definido al crecer.

Frente a sus embarazos y la nueva vida de casada, cuenta sobre la manera en que surgieron dificultades por vivir lejos de la ciudad, de los centros de salud y la atención médica especializada. Además, la inestabilidad laboral de su esposo como conductor de un camión que, con los años, se hacía más viejo influyeron en su estilo de vida, pues dependía de las ofertas y los contratos por periodos específicos, un trabajo con el que se debía sostener a toda la familia. Su maternidad resultó en un cambio de vida debido a las exigencias que suponía y su vida como adulta fue tomando forma en la vereda como madre y esposa: “*Mamacita linda, ¿qué va uno a trabajar?, con todo ese granonon de chinos. No hacía uno sino solo lave pañales todos los santísimos días, vea por esas criaturas, hágales de comer*” (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024).

La relación con el padre de sus hijos transcurre durante 23 años, una vida en pareja en la que la dependencia económica era un factor constante de tensión y discusiones. Tuvieron cinco hijos, quienes necesitaban de cuidado y la cobertura de sus necesidades básicas, pero esto resultaba un reto ya que él tenía conformada otra familia aparte de la que iba a iniciar con ella: *“Él ya tenía su historial encima porque disque tiene 18 hijos fuera de los míos, o sea yo me casé con él y él ya tenía toda esa cantidad de hijos”* (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024). Esto resultaba en situaciones de tensión en el hogar, debido a que, por la edad y las múltiples responsabilidades económicas, el dinero parecía no alcanzar, y, de acuerdo con María, sus hijos no eran una prioridad, lo que generaba discusiones de pareja.

En esta relación, la infidelidad parecía ser también frecuente, así como eventualmente el maltrato físico, los cuáles se tornaron en factores que influyeron en que se terminara. Ahora bien, en el 2003 María sale de su casa en la vereda “escapada” con una nueva pareja, por lo que la imagen que queda de ella en la zona no es favorable. A sus 42 años decide irse a la ciudad con él, un hombre que en palabras de María era “todero”, pues trabajaba recogiendo papa, también cortando árboles e incluso de monta llantas. Sus hijos se quedan viviendo con el papá, mientras ella logra organizarse en Bogotá y llevarlos.

De acuerdo con ella, durante los siguientes años, el papá de sus hijos mantiene una relación de “manipulación emocional” que condiciona las decisiones que ella toma para la adaptación en la vida de la ciudad, pues había un miedo constante a ser encontrada y obligada a regresar. Luego de que deja la vereda, los vecinos, entre ellos su familia, especialmente su madre, y los locales forman un mal concepto sobre ella. Esto, debido a que, para quienes estaban a su alrededor, la relación con su esposo parecía estar bien, con una familia que mantener y un “buen hombre” junto al que se le exigía a ella quedarse, pues dentro del contexto de la vereda no había mayores casos de separación, ya que la regla general era mantener los sagrado votos del matrimonio.

La idea de las “buenas mujeres”, en las relaciones de pareja y los matrimonios, pareciera incluir como necesaria la tolerancia a la infidelidad y a los malos tratos para cuidar del hogar y a los hijos. Estos últimos suelen ser el motor central por el que la violencia no resulta inmediatamente en divorcios o separación de los cónyuges en muchos casos. La premisa de “mantener la familia unida «por los hijos»” (Lagarde, 2005, p. 795) lleva a las mujeres a

quedarse en hogares en los que la violencia y la infidelidad se relega a la intimidad del hogar. Y en ciertos contextos, como el rural de finales de siglo e inicios del siguiente, no se reconoce como una razón suficiente para quebrar los votos matrimoniales.

Vive durante varios años en el barrio San Francisco, en Ciudad Bolívar, en el barrio La Victoria y en San Cristóbal, tanto con una nueva pareja con la que comparte durante 10 años, como ella sola eventualmente. Cuando deja la vereda con este hombre, sus hijos se quedan con el papá, aunque ella seguía velando por su bienestar al mantenerse constantemente en contacto con ellos, estar pendiente de su educación, etc. Logra conseguir un apartamento en el que lleva a sus hijos a vivir con ella, y los matricula en un colegio cerca para que todos siguieran estudiando.

Las mismas condiciones de vivir en Bogotá la llevaron a emplearse, especialmente en el servicio doméstico y empezar a trabajar en la ciudad. Sin embargo, eran labores que, según relata, no disfrutaba y que la sometieron a maltratos por parte de sus empleadores. Ahora bien, con esta pareja también se presentó violencia desde la manipulación emocional, la violencia física ligada especialmente al consumo de alcohol por parte del hombre y una intermitencia en el vínculo afectivo, en el que el dejaba de estar presente por temporadas, y dejó de ser un apoyo como pareja para ella.

Luego de conocer nuevas personas, y criar a sus hijos en diferentes lugares de la ciudad debido a mudanzas, cuando estos fueron mayores vuelve a Los Soches en el año 2013. Su regreso ocurre luego de una discusión que tuvo con su pareja, y decide establecerse de nuevo en la vereda. Se encuentra con una casa abandonada, llena de polvo, arañas, con la estufa negra y que mostraba un claro descuido. El cual, según cuenta, se debía en cierta medida a sus hijos cuando seguían viviendo allí, y especialmente su exesposo, quién fue el último en habitarla luego de que ella se los llevara a la ciudad, y eventualmente dejó la casa. Cuenta que, con mucho esfuerzo y en el transcurso de meses, pudo arreglarla y comenzar a reconstruir su vida allí, con dificultades y carencias, que se acentuaban porque no contaba con una red de apoyo entre sus vecinos o su familia. Ya que había dejado de ser bienvenida por su decisión de dejar el matrimonio, irse de la vereda con otro hombre y sin sus hijos.

La desaprobación que recibió al separarse de su esposo y dejar la vereda se enmarca en un contexto de país en el que la familia, desde las concepciones religiosas, se basaba en el ideal

de “hasta que la muerte los separe” (Pachón, 2008, p. 149). Un modelo que se mantiene fuertemente para varios sectores sociales, aunque a nivel nacional ya existieran otras formas diferentes de familia.

Luego de regresar, eventualmente, empezó a encontrar sustento en la tierra para poder organizar su casa. Uno de sus sobrinos le propone sembrar papa criolla: ella participa de esto y la venta le permite reiniciar su plan de vida en la vereda: “*Nos dio un criollononon, sanítica y chusca esa criolla. Pues dije, espere tantito que, a mí, no me vienen a humillar. Se me dio tan buena la criolla, que con esa plata me fui y me compré una cama, me compré el televisor y me compré el armario*” (Entrevista a María, 07 de diciembre 2024). Volver al campo significaba retomar la labor de la tierra y poder vivir de esta, así como lo había conocido al crecer en una familia campesina, aunque en su adultez con su primer esposo y la segunda pareja no hubiera vivido directamente del trabajo de la tierra.

Pasaban los años y ella se terminó de establecer definitivamente en la vereda. Volvió a las labores de la tierra, aunque también intentó trabajar de costurera en Bogotá cerca de la calle 116; no obstante, fue un trabajo que no continuó ya que las distancias hacían cada vez más difícil movilizarse entre la vereda y la ciudad. Así mismo, comenzó a sembrar e incluso organizó en una parte de su casa una tienda que ha intentado hacer funcionar en diferentes ocasiones. Mientras vivía en la vereda, conoció a una persona nueva, e inició una relación con él, un hombre que si bien no es de la zona también sabe trabajar el campo y vive de este.

Retoma su vida en el campo, y comienza a hacerse mayor. Accede a espacios de recreación y formación, asiste a las actividades y talleres en un Centro Día de Usme para el adulto mayor, en el que, además, se le permite vender sus hortalizas una vez a la semana. Al ser una persona de tercera edad, ha buscado también subsidios y apoyos del Estado, pero han resultado en una lucha constante con el acceso, pues tiene a su nombre varios terrenos que impiden su postulación a estas ayudas: ‘El Recreo’, la finca en la que vive; ‘La Esperanza’, que es la finca del tío, la cual arrienda por temporadas; y un porcentaje del arrendamiento de una casa que comparten todos los hermanos bajo la figura de “herederos”. Estas propiedades no solo han impedido acceso a ciertas ayudas, sino que además han sido parte de las tensiones que tiene con sus hermanos, con los que no tiene una buena relación, a excepción de uno, aunque sigan siendo sus vecinos.

Al vivir en la vereda, conoce a un nuevo hombre, con quien ha compartido desde el 2013 hasta la actualidad. Ahora bien, es una relación en la que ha habido infidelidad e intermitencia, ya que por temporadas él viaja y se ausenta durante varios meses para regresar de repente y, en ocasiones, sin avisar. Esto la ha llevado a distanciarse y regresar con esta persona en diferentes ocasiones. Se trata de una relación que, si bien ya no es de pareja, se mantiene, ya que él regresa a la vereda cada cierto tiempo y ha resultado en un tipo de compañía intermitente para María.

Nuevamente surgen indicadores similares a sus relaciones pasadas en las que la infidelidad y la intermitencia se tornan en una parte del vínculo y lo transforman. Relación que resulta en violencias diferentes, debido a las particularidades de un momento de vida en el que ella está mayor y tiene más experiencia, pero no desaparecen por completo y resultan en nuevos problemas y tensiones para ella. Llevándola además a tener que redefinir constantemente la relación con sus parejas afectivas y ajustar sus proyectos de vida en clave de la presencia o la ausencia de una pareja masculina (Lagarde, 2005).

Actualmente vive de la venta de hortalizas y productos que siembra en la huerta, tanto en el Centro Día como en otros espacios de mercado campesino a los que es invitada. Así mismo, su sustento económico proviene del arrendamiento de espacios de cultivo, de las ventas que intenta hacer con la tienda que tiene en su casa, y de las ganancias del proyecto de turismo que tiene en conjunto con Vanessa, una joven que llegó un día a su casa por una amiga que tienen en común, y que tenía interés en aprender a sembrar, a cultivar y de la vida en el campo.

La historia de María habla de una mujer campesina de manera muy particular, que al ser nacida y criada en el campo conoce las labores de este, y su historia familiar y personal están ligadas a la ruralidad en la vereda Los Soches. Pero que también ve marcada su adultez por otras actividades laborales y domésticas fuera de la vereda que influyen en sus tránsitos entre el campo y la ciudad, así como la relación que tiene con un entorno rural en el que nace, pero que se torna en sustento propio mucho tiempo después. Por la cercanía con la vereda, muestra también una relación particular con el territorio, con la distribución de los espacios que corresponden a terrenos familiares y por ende sus relaciones de parentesco también están atravesadas por esas relaciones con la vereda.

Así mismo, el ser madre y esposa son cruciales en el proyecto de vida de María. Por una parte, la construcción de una maternidad en el marco de la ruralidad y bajo unos ideales en su juventud, que influyen en la forma en que aprendió a ser madre, permeado además por un contexto de país en que el lugar de la mujer estaba directamente ligado con su lugar en la reproducción de la sociedad (Pachón, 2008). Luego esos ideales se continúan construyendo en las diferentes relaciones de pareja que tiene, y en las que sometida a violencia y maltratos finalmente reconoce estos patrones y se distancia para encontrarse a sí misma, e iniciar de nuevo una vida en el campo.

Ahora bien, en el ser madre y esposa también hay expresiones de rebeldía o un tipo de incumplimiento de la norma que transgrede con el deber ser del contexto en el que vive y que la lleva a explorar otras formas de maternidad, de ser pareja y mujer. Transita experiencias dentro de los márgenes de cómo se debe formar una familia tradicional, del ser esposa y buena mujer. Pero también en momentos importantes de su vida sale de esos márgenes y explora la posibilidad de escaparse, de buscar una nueva vida y de construir una vida independiente incluso dentro de la vereda.

Su relato muestra cómo en el trabajo de la tierra encuentra medios para lograr una independencia y decide volver a sus raíces campesinas. Para así retomar una vida en Los Soches, en lo que se enfrenta a la reconstrucción tanto material como social y simbólica de una vida para sí misma. En la que además de garantizar el cuidado y mantenimiento de otros, logra generar una dinámica productiva a partir de la economía campesina que se vuelve parte de su independencia (Cely, 2022).

1.1.2 Vanessa/Hysca

“En la parte de atrás de la casa de María, está el terreno que ella cultiva, su huerta. Con cuidado de no dañar las plantas alrededor; Vanessa camina entre las flores de borraja con una canasta colgada de su brazo, se ubica entre pequeñas flores moradas, comienza a cortarlas, con precaución de no lastimar a las abejas que se posan en estas, y evitando que la piquen. Me cuenta que “de la borraja se puede aprovechar todo”, pero que ella solo utiliza las flores para hacer infusiones”. (Nota de campo, 26 de febrero 2025)

Vanessa Saenz Avellaneda es una mujer de 28 años que nació en el año 1997 y creció en Bogotá en el barrio 20 de Julio, en Juan Rey y en Kennedy. Cuenta que se graduó del colegio siendo muy joven. Quería estudiar música, pero no pudo acceder a una universidad porque no tenía conocimientos previos. Para este momento entra en un periodo fuerte de depresión, pues no era claro lo que quería hacer con su vida. Durante su adolescencia, se interesó en grupos de metal y de punk, hasta que, a los 16 años, decidió ser vegetariana y por ende cambiar su estilo de vida. Sin embargo, ni en su familia ni en su entorno había personas que lo fueran y de las que pudiera aprender.

En la búsqueda por encontrar referentes sobre el vegetarianismo, un día conoce Govindas, un restaurante vegetariano que queda por la Calle 34, y, en este lugar, conoce a quién sería después el papá de su hija, un hombre 10 años mayor que ella. Él llevaba algunos meses conociendo sobre este mundo y nuevas formas de vivir desde principios que se remitían a la naturaleza, la alimentación consciente, etc. Ella cuenta que conocerlo e iniciar a incursionar en un estilo de vida desde el vegetarianismo, formas alternativas de consumo y saberes sobre plantas representó un cambio de vida crucial, pues ese primer interés por su alimentación la llevo a conocer otras formas de vivir: *“no se trata solo de dejar de comer carne, sino también replantearse todo aquello que se consume”*, (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025) cuenta que le decía el papá de su hija cuando comenzaron a conocerse.

Incursionar en ese mundo le permitió conocer otras formas de vida y oportunidades para sentirse mejor y sanar. Eran miradas diferentes a las que conoció en su crianza, teniendo un padre policía que se había separado de su madre, con quienes además no tenía una buena relación para este momento.

Probó el cacao por primera vez y cambió su perspectiva. Con esto, comenzó también a transformar su alimentación en general. En pareja, comenzaron a hacer artesanías, pues en su proyección personal no se veía a sí misma trabajando en una empresa, sino que estaba reconociendo múltiples posibilidades para su vida. Un día los invitaron a unas clases de un profesor de México que enseñaba botánica; coincidió también con un tiempo en el que ella estaba muy enferma de diferentes cosas y todo el aprendizaje de sus clases le despertó un nuevo interés por la salud: *“Yo nunca había contemplado la posibilidad de hacer medicina como proyecto de vida”* (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025).

Con el tiempo, Vanessa se enfocó en empezar a preparar remedios, e iniciaron en pareja a hacer sus propias mezclas. Para este momento la relación con su mamá cada vez se tornaba más difícil y, por temas de consumo de cannabis, se generó una discusión entre ellas que generó que, siendo todavía menor de edad, se fuera de la casa de su madre, con quién vivía en Bogotá sola, puesto que sus padres se habían separado años atrás. Es así como comenzó a vivir con su pareja. Tomó esta decisión porque reconoció en la relación la posibilidad de vivir un nuevo estilo de vida que se distanciaba del que llevaba en casa de su madre.

A medida que avanzaba la relación también lo hacía su interés por adquirir nuevos saberes, y poder incorporarlos en las mezclas y alimentos que habían iniciado a hacer en pareja como forma de sustento. También se acercaron a los abuelos indígenas uitoto y de la Sierra Nevada que conocieron gracias a procesos de huertas comunitarias y ejercicios similares. Sobre esta experiencia cuenta que “*los acompañaron desde la palabra*”, aprendió que no se trataba solo de comer bien, sino de “*pensar y hablar bonito, vivir bonito*” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025). Con este proceso encontró y reafirmo su propósito con la medicina.

Luego de dejar su casa y vivir con su pareja, queda embarazada con 18 años. Se entera cuando ya tenía tres meses de embarazo y recibe la noticia con alegría, pues tenía en ese momento una relación buena y estable. A partir ese momento, decidió enfocarse más en la medicina para poder cuidar mejor a la hija que iba a llegar. Preparaban medicina de cannabis, caléndula y ortiga. Con la venta de sus productos, comenzaron a ir a ferias, donde ella conoció muchas personas con diversos saberes y contactos que amplían su mirada sobre el mundo y sobre los diferentes propósitos que podía tener.

Cuando su hija tenía aproximadamente 8 meses, llega a Los Soches y conoce a Maribel, una vecina y amiga de María, y dueña de otra iniciativa turística. En un primer momento, Usme, y en particular la vereda, no le gustó porque hacía mucho frío. Según ella: “*no me gustaba el campo*”. Lo asociaba con el trabajo duro y, después de esa visita, “*no quería volver a Usme*” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025), y no estaba entre sus planes de vida hacerlo.

Debido a los desacuerdos que habían tenido en su momento con su madre, ella se fue de la casa y duró varios años sin regresar. Con el tiempo y el embarazo de Vanessa recuperan su relación y esto hace posible que regresen a vivir juntas cuando, dos meses después de la visita a Usme, su mamá encuentra una casa en esta localidad y todos, incluyendo a la pareja de

Vanessa, se trasladan a vivir en un barrio que no está lejos de la vereda. Debido a los procesos de vida que había iniciado años antes y la cercanía con la ruralidad que implicaba vivir en ese barrio, comenzó a adquirir un interés por el campo y quería conocer sobre el trabajo de la tierra. Es así como llega un día a la casa de María, quien la recibe y le comparte su conocimiento. En su acercamiento a la vida campesina comienza a apreciarla y decide que quiere criar a su hija en el campo.

Con el papá de su hija crean *Hysca Chia*, un emprendimiento de medicina natural, alternativa y ancestral. ‘*Hysca*’ en lengua muisca significa medicina y ‘*chia*’ significa luna. Los productos que ofrece y la filosofía bajo la cual funciona su emprendimiento se basan en saberes campesinos, así como indígenas, ya que, según ella: “*nosotros viviendo en este territorio, somos muiscas*” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025). Después de un tiempo se separa y el nombre del emprendimiento cambia a *Hysca Boticaria*, el segundo nombre es en referencia a la ‘botica’, que es el lugar donde se preparaban las medicinas en el pasado (Imagen 4).



Imagen 4 Mesa de productos de Hysca Boticaria en el mercado campesino. Fuente propia (2025)

“*Sacar a Hysca adelante no fue fácil*” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025), porque implicó un proceso de sanación y empoderamiento personal para entender que el éxito de esta no dependía de los conocimientos de su antigua pareja. Si bien iniciaron el conocimiento sobre las propiedades de las plantas, la medicina natural y el valor de los alimentos de manera

conjunta, con el tiempo la relación se tornó cada vez más desigual: en el ámbito laboral, él se posicionó como quién podía preparar la medicina y poner en práctica los saberes aprendidos, mientras que relegaba las tareas menos importantes a Vanessa. En un emprendimiento que se basaba en la medicina natural, a Vanessa no le permitió participar de su elaboración y, por lo tanto, cuando se separaron, ella se enfrentó a tener que redefinir su lugar como productora de saberes y de medicina, al entender que era posible continuar sin él.

Tomar la decisión de distanciarse e iniciar una vida adulta sin un hombre al lado implicaba un proceso de transformación desde diferentes dimensiones. En un nivel externo: encontrar un sustento económico de manera independiente, el acceso a nuevos saberes, entre otros; así como en un nivel interno que implicaba una “toma de conciencia sobre su vida- para tomar las decisiones que favorezcan realmente su independencia” (Blázquez & Cornejo, 2014, p. 1377). Reconocer en sí misma la capacidad de continuar sin esa pareja y de seguir con su emprendimiento del cual había sido desplazada paulatinamente le hacía posible retomar el liderazgo y autonomía para experimentar y preparar recetas novedosas con nuevas plantas medicinales.

Un tipo de empoderamiento que ella menciona resulta de la posibilidad de decidir y validar sus propios saberes como valiosos para *Hysca Boticaria*. Tal como lo presentan Blázquez y Cornejo (2014), legitimar esos saberes personales de las mujeres, y su expresión es una manera de fortalecer la individualidad que luego propicia ese sentido de empoderamiento.

Sobre ese proceso, “*las plantas siempre estuvieron acompañándome en salir*” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025), especialmente *la cannabis*³. También se aventuró a conocer otras plantas y remedios que le permitieran aprender y formarse en lo que es ella hoy en día. Cada proceso de su vida, la ha llevado a conocer nuevas plantas: el cacao, *la cannabis* y la lavanda. Además de incursionar en medicinas con otras propiedades, como lo son el yagé o los hongos, que ella asegura le han permitido alcanzar otras formas de conocimiento y de sanación que han nutrido su vida individual, así como la proyección de su emprendimiento. Los procesos de vida que atravesaba, especialmente en la separación con el padre de su hija

³ Uso de cursiva, ya que en la manera en que Vanessa se refiere a esta planta, utiliza el término “la cannabis” a diferencia de “el cannabis”

y definir su nuevo plan de vida, se reflejaban en la manera en que *Hysca Boticaria* tomaba forma, esta es una de las razones por la que las personas la llaman a ella también ‘*Hysca*’.

La manera en que se refiere a *Hysca Boticaria* da cuenta de cómo el proceso de transformación y crecimiento que ha tenido como marca y emprendimiento, ha sido simultáneo al proceso personal de ella como Vanessa. Es decir, las nuevas ideas y propósitos del emprendimiento ocurren en la medida en que transita cambios, aprendizajes y crecimiento personal en su vida privada. La relación de pareja que construyó durante muchos años con el papá de su hija, la cual inició como un espacio de exploración de nuevas posibilidades de vida, desde propósitos de sanación y de reconexión con la naturaleza y un estilo de vida alternativo, eventualmente se transformó en una relación en la que ocurrieron diversas formas de violencia económica, sexual, física, emocional, e incluso laboral. Luego de su separación, Vanessa cuenta que ha sido un proceso largo de crecimiento y empoderamiento personal, de aprender a reconocer patrones de violencia y distanciarse de estos, incluso si la manipulación por parte de su expareja continúa actualmente, pues comparten un vínculo que es su hija.

Este proceso que vivió Vanessa al distanciarse de una pareja violenta ha implicado una redefinición de sí misma y de quien es como mujer lejos de esta pareja. De cierta manera, ha implicado un proceso de desestructuración de aquello que Lagarde (2005) describe como “la feminidad cautiva” (p. 825), pues para salir de esa condición de cautiverio es necesario desarticular y deslegitimar las violencias que oprimen a las mujeres en todas las dimensiones de su vida. En ese proceso de redefinición de la feminidad, la autora también presenta la necesidad de que las mujeres puedan acceder a “más mundo”. En los relatos de Vanessa, se puede reconocer el valor de diversificar los saberes que permitan pensar fuera del sentido común, los prejuicios y valoraciones sobre el género que las mantienen en situaciones de violencia y que no permiten su crecimiento personal.

Se separa del papá de su hija y los años siguientes tiene algunas relaciones más cortas con personas que la acompañan a conocer nuevas medicinas y experiencias de vida. Sin embargo, fueron relaciones en las que patrones de violencia y manipulación se comenzaron a repetir y eventualmente llevaban a que se terminaran. Luego de algunas relaciones cortas y de estar soltera durante un tiempo conoce finalmente a quién es su pareja actual en 2022. Ella cuenta que Sebastián ha sido diferente a las personas con las que ha estado, es algunos años menor

y eso ha implicado otro tipo de relación, distante de anteriores parejas, que siempre habían sido mayores que ella. Si bien llevan poco tiempo juntos, es una persona que comparte su interés por el campo, por la vida fuera de la ciudad y actualmente viven juntos en una casa a 5 minutos de la de María. El participa del emprendimiento y se ha convertido en un aliado en los procesos que se promueven desde *Hysca Boticaria*, así como es una parte importante de la promoción de los eventos.

Ahora bien, en cuanto a su llegada a la vereda, cuando estaba con el papá de su hija, empezaron a buscar dónde sembrar las plantas que necesitaban para sus medicinas, en ese momento María les arrendó un espacio, en el que sembraron cannabis, pero eventualmente no les permitió volver por diferencias con el señor. Tras la separación con el papá de su hija, Vanessa vuelve a conectar con María y ella le permite volver a aprovechar el espacio. Con el tiempo, Vanessa comienza a hacer talleres con *Hysca Boticaria*. Para el desarrollo de estos, incluyó a María ya que *“es una oportunidad para que las personas conozcan el tesoro que tiene María”* (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025). A los talleres se le sumaba la experiencia de conocer la finca y de poder almorzar allí. Esta iniciativa aporta a *“quienes vienen”*, pues es una oportunidad de aprender de los saberes de medicina y de la experiencia misma, pues, según Vanessa: *“cuando yo estaba en la ciudad me habría gustado conocer estos espacios”* (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025). Así mismo, *“para quienes ofrecen”*, hay un beneficio porque es un sustento económico.

El carácter colaborativo de esta iniciativa y la manera en que sus vidas se entrecruzan en estos espacios dan cuenta de la posibilidad que tienen las mujeres de construir nuevos deseos y aspiraciones que descentralicen la feminidad clásica y cautiva. De esta manera, integran nuevas y diversas experiencias que hacen posible que *“las mujeres vuelvan los ojos sobre sí mismas”* (Lagarde, 2005, p. 820).

Además, apuestas de medicina alternativa y natural permiten redirigir la mirada del cuidado sobre las mujeres, y la atención sobre su propio bienestar, al cuestionar la concepción más restringida que resulta de ubicar a la mujer solo en un rol de esposa, madre o cuidadora de otros (Blázquez & Cornejo, 2014). Vanessa relata que, en la medicina natural, encontró las herramientas para sanar, no solo a otras personas, sino también a sí misma: *“Darme cuenta de que la medicina estaba realmente en mis manos. Yo tengo el poder de sanarme. No*

necesito de un externo porque el poder está en mí” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025).

En síntesis, los relatos de Vanessa muestran los cambios de vida de una mujer joven nacida en la ciudad, quién creció en el entorno urbano, lo que le permitió acceder a diferentes formas de vida dentro de Bogotá en su juventud. Pero que, según ella lo cuenta, también influyeron en enfermedades y malestares tanto físicos o mentales, que la llevaron a buscar formas alternativas de alimentación y eventualmente a incursionar en preguntas sobre el consumo, la medicina y su propio proyecto de vida.

En esa búsqueda, a temprana edad, se encuentra con un hombre mayor que se vuelve una parte central de su incursión en formas alternativas de vida, pero que también hace parte de unos años de su vida fundamentales para construirse a sí misma como mujer, en relación con él como pareja y luego como madre (Lagarde, 2005). Lo que con el tiempo también la expone a vivir relaciones con violencia, manipulación y maltrato que la llevan a perder autonomía e independencia. En el proceso de conocer la medicina natural y decidir construir un proyecto de vida sobre esta encuentra también herramientas en plantas medicinales que le permiten llegar a respuestas para poder reclamar una autonomía, y eventualmente distanciarse de esos patrones de violencia que conoció.

Su crecimiento como boticaria y mujer no se pueden separar ya que son parte fundamental de su historia de vida y permiten comprender mejor su relación con la naturaleza y el campo. En el reconectar con el pasado campesino y los saberes del territorio encuentra formas de “solidaridad, la autonomía económica, la recuperación de las prácticas ancestrales y las propuestas alternativas para una vida digna” (Lautaro & Restrepo, 2022, p. 8), que crea consciencia y logra hacer frente a diversas violencias a las que las mujeres están expuestas. Así como le permite encontrarse con formas de vida diferentes a las que conoció en la ciudad, y que en el contacto con el campo la han llevado a fortalecer su emprendimiento y reubicar sus planes de vida en la ruralidad.

1.1.3 “Cuando no hay un macho cerca”

Las historias de María y de Vanessa si bien dan cuenta de tránsitos y experiencias en contextos diferentes, tienen elementos en común que las conectan en el “ser mujeres”,

respecto a sus parejas, en relación con sus hijos, y especialmente consigo mismas, en sus proyectos de vida, así como los significados que adquieren los lugares que habitan. Esto permite llegar a conclusiones centrales sobre ambos relatos respecto a la violencia masculina y construcción de una independencia femenina.

“Un día, luego de que Vanessa terminara de cosechar la borraja y la cannabis, me explica que son las hembras las que dan moño y que los machos se deben plantar lejos porque de lo contrario se debilitan. Me lo explica con una analogía: cuando una mujer está embarazada su energía se divide y se reparte para poder suplir todo lo que está ocurriendo en su cuerpo. Así ocurre con las hembras: cuando tienen un macho cerca, ellas se debilitan porque su energía ya no se concentra únicamente en crecer y estar fuertes, sino que empieza a crecer semillas” (Nota de campo, 26 de febrero 2025).

Esta analogía me permite reflexionar frente a uno de los lugares de encuentro entre las historias de María y Vanessa. Siendo de edades, orígenes, vidas y características diferentes comparten relatos sobre relaciones de pareja con violencia multidimensional, maltratos y formas de dependencia específicas de cada una de sus experiencias, pero que tienen elementos en común. En ambos casos, la violencia toma diferentes formas, pero está presente en sus relaciones e influye en la manera en que, siendo jóvenes, asumen ciertos roles de género que las ubican como mujeres en un lugar inferior a sus parejas, y las limitan en relación a aquello que se les permitía hacer.

En ambos casos relatan sobre cómo salir de estas relaciones no fue sencillo y la manera en que la manipulación se ha mantenido incluso después de las separaciones. Para el caso de María, esta dificultad estriba en la intermitencia de vínculos que desaparecen por periodos de tiempo y luego regresan, así como la presión por parte de su primer esposo cuando se fue de la vereda. Y en el caso de Vanessa, principalmente en la relación con el papá de su hija, con quién se presentaron dinámicas que reforzaban su inferioridad como mujer y que luego de la separación la llevó a tener que empoderarse de sí misma y de su emprendimiento. Tras alejarse de estas relaciones de violencia en las que su autonomía se vio reducida, encuentran en la relación con el campo, la naturaleza, y en el caso de Vanessa, la medicina, un espacio de búsqueda personal, sanación y autonomía.

Los procesos de ruptura con estas relaciones hacen posible la construcción de una autonomía, tanto en lo que respecta a su identidad como mujeres, como en la relación con los otros (Lagarde, 2005). Nuevas formas de ser mujer implican entonces una transformación de entenderse fuera de ser seres para otros, y supone que la identidad tome forma a partir de otras experiencias vitales. Estas transformaciones ocurren en casos como los de María y Vanessa “en torno a la construcción subjetiva positiva del trabajo visible e invisible” (p. 823), que se evidencia en la búsqueda por recuperar autonomía a partir de nuevas experiencias y saberes, o reconectando con conocimientos asociados al pasado. Los cuales las dotan de herramientas para posicionarse en el mundo de una manera diferente, y como sujetas que “afirman y se afirman, como creadoras que inciden de manera voluntaria en el mundo” (p. 823). Y una de estas formas de incidencia es el proyecto de turismo que crean en conjunto.

Al no tener un “macho” cerca, entendido como un hombre violento que las limite y divida su energía, han podido desarrollarse en diferentes dimensiones. En particular, el proyecto de turismo rural que han creado juntas, les ha permitido empoderarse como mujeres desde la ruralidad y tener un ingreso económico adicional. El diseño y ejecución de las actividades las ubica como lideresas, y les ha permitido crear nuevos espacios desde sus saberes y dominios que han sumado a sus herramientas para distanciarse paulatinamente de relaciones de dependencia con los hombres de su pasado.

1.2 “¿*Todos somos campesinos?*”: Representaciones y tradiciones en presente

La iniciativa turística de María y Vanessa nace oficialmente en el año 2017, luego de retomar la relación colaborativa que habían construido previamente, pero de la que se habían distanciado un tiempo atrás. Los talleres que inicia a dictar Vanessa son el punto de partida que da forma al trabajo conjunto de estas dos mujeres. De acuerdo con ellas, es un espacio para que las personas de la ciudad se adentren en la ruralidad, en los paisajes, cultivos y experiencias campesinas que tiene para ofrecer la vereda. El objetivo es invitar a las personas a salir del caos de la ciudad y ser parte de los ritmos, saberes y costumbres del campo, en un

ejercicio por retomar los pasados del territorio y de las personas que confluyen en este; un pasado de cierta manera común. De acuerdo con Vanessa: *“Todos somos campesinos, porque pues todos venimos de ahí. Nuestras raíces son campesinas”* (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025).

Esta experiencia turística está ligada directamente con los talleres y espacios de encuentro que promueve Vanessa desde *Hysca Boticaria*. En la mayoría de las ocasiones, la invitación a la vereda nace de la participación en talleres de tejido, medicina natural, maquillaje natural, entre otros que se llevan a cabo en la casa de María. Estas actividades se complementan con el almuerzo que ella ofrece y, cuando es necesario, con la cosecha de plantas de su huerta. La convocatoria se realiza mediante redes sociales, un grupo de WhatsApp y, en muchos casos, a clientes de *Hysca* que son invitados debido a su conexión con los productos y medicinas que la iniciativa ofrece.

Desde la perspectiva de sus creadoras, el proyecto se inscribe en una apuesta por el turismo rural, que no opera de manera aislada en la vereda, sino que se suma a otras iniciativas de agroturismo en Los Soches. El turismo rural surge como una alternativa a formas de turismo masivas y se enfoca en ofrecer experiencias de vida rural a los visitantes urbanos, contribuyendo al mantenimiento de formas de vida tradicionales y a la conservación del medio ambiente.

Asistir a un taller o actividad en la finca significa adentrarse en la ruralidad de la vereda y alejarse de los ruidos, olores y sensaciones de la ciudad. Caminar por calles de barro, junto a animales, cultivos, plantas de muchos colores, para luego llegar a vivir una experiencia de aprendizaje y de saberes que hablan de la vida campesina, la relación con el territorio de Usme, con el trabajo de la tierra como medio de subsistencia, pero también sustento de medicina y bienestar, de la cotidianidad en el campo, sus sabores, su gente, y sus costumbres.

1.2.1 Una experiencia “auténtica”

Frente al turismo rural, hay múltiples debates que dan herramientas para analizar los discursos y la manera en que las anfitrionas articulan el contexto rural con la llegada de los turistas. Por una parte, puede generar efectos problemáticos en las comunidades y los territorios. Podría llevar a la sobreexplotación del espacio físico y cultural, desestabilizando

a la población y creando diferencias entre quienes resultan más o menos beneficiados. Además, se pone en cuestión una pregunta sobre la búsqueda de “experiencias auténticas” en espacios concebidos como exóticos (Talavera, 2002). El producto turístico aparece como una imagen distante de la referencia original, cuya autenticidad parece ser fiel a la realidad; pero puede estar diseñada a partir de ilusiones estéticas y “fantasías de lo rural” (Talavera, 2002, p. 16), que aparentan ser armoniosas y efectivas al utilizar la autenticidad como un producto que permite escapar de la rutina urbana.

La pregunta por la autenticidad es una manera de estudiar esta forma de turismo, pues detrás de los talleres y las actividades hay una logística e intención que da vida a la experiencia que viven los visitantes. No se trata simplemente de definir si el proyecto es “auténtico” o no, sino de comprender cómo los visitantes perciben la vivencia de la ruralidad. Así como la manera en que las trayectorias de ambas mujeres, en relación con el campo y los conocimientos que tienen sobre este, dan forma a un proyecto en el que hay unas dimensiones materiales, sociales y simbólicas de la vida campesina y de la relación con la naturaleza, que se comparten con quienes vienen de la ciudad.

El concepto de “autenticidad” no debe darse por neutro o esencialista, como si representara una imagen “pura” de lo rural o campesino. Por el contrario, esta es una categoría construida social y conjuntamente en medio de las relaciones que se tejen entre actores como anfitriones y visitantes, y no como una cualidad que es inherente a la experiencia misma. La mirada sobre la autenticidad entonces debería ubicarse en cómo esta se produce, quién la demanda, quién la legitima y qué efectos tiene. En el caso de la finca ‘El Recreo’, los lugares de enunciación, trayectorias y apuestas de las anfitrionas dialogan y se tensan en el encuentro con las representaciones e imaginarios que acompañan a los turistas; así como las condiciones que hacen posible la experiencia, ya sea la organización previa, los discursos, las prácticas dirigidas, etc.

Si bien es importante tener esa mirada crítica en el análisis de la realidad social que se teje en *Los Soches*, el contexto de vida y el sentido que se le da al producto ofertado en sí mismo no lo defino como “inauténtico” ya que “el espacio rural está cambiando en todas sus vertientes: como territorio, como espacio humanizado y como paisaje” (Talavera, 2002, p. 21). El análisis no debe limitarse a considerar como corrupta la “reinterpretación local de un

paisaje o rasgo cultural” (2002, p. 18), sino que esta actividad supone una adaptación que permite aprovechar un nuevo recurso productivo, a partir del cual la cultura se resignifica y la comunidad le da forma como algo vivo, cambiante y adaptable a nuevos contextos.

Limitar el debate a que algo sea o no auténtico desconoce los matices y la manera en que en lo cotidiano se negocia y resignifica el mismo territorio y las prácticas asociadas a este. Tal como lo revisa Talavera (2002), el entorno rural es un espacio vivo en el que hay transformaciones constantes como resultado de quienes lo habitan, lo transitan y lo dotan de significado. Es necesario complejizar aquello que entendemos por lo rural, pues más que ser un paisaje estático no intervenido, en realidad puede tener múltiples significados que se entrecruzan y que no se pueden englobar en una única categoría de “lo auténtico”.

Saberes campesinos como el tejido, el uso medicinal de las plantas y la cosecha de alimentos existen más allá de su transformación en productos turísticos. Dan cuenta de los procesos de adaptación y las funciones sociales que adquieren las prácticas y los saberes para generar espacios de encuentro desde lo común, lo ajeno y lo propio. Además, su adaptación no se corresponde simplemente con una mirada pasiva del turista, sino que se construye entre lo que los turistas quieren ver y aquello que las anfitrionas deciden mostrar (Urry & Larsen, 2011). Esto da cuenta de cómo el rol activo tanto de anfitrionas como de visitantes al transitar, caminar y participar en los espacios colectivos no son simples actos artificiales, sino formas en las que los saberes, sentires y relaciones atraviesan a los actores. Lo que resulta en que, en medio de esa construcción y negociación conjunta de “lo auténtico” haya una dimensión sensible y viva que se activa de diferentes maneras y en diferentes momentos.

El primer taller en el que participé fue de tejido. Nos pidieron llegar con el hilo y las agujas listas. *“Antes de comenzar a tejer, Vanessa nos dice que debemos calentar los dedos para no lastimarnos entonces hacemos unos ejercicios guiados por ella, mientras que María prepara el almuerzo en el horno de leña, que nos está calentando a todos”* (Nota de campo, 03 de junio 2024). Al principio, me resultó extraño que la actividad se desarrollara en la cocina y que incluyera una preparación previa. Sin embargo, pronto comprendí que estos momentos son fundamentales en la forma en que se viven estos espacios. Desde el inicio, los saberes y los estilos de vida de estas dos mujeres comienzan a dialogar: María desde la cocina y el

recibimiento en lo íntimo del hogar y Vanessa a partir de sus conocimientos de “ancestralidad” y la importancia de disponerse conscientemente para el hacer y el conocer.

A lo largo de los talleres, me surgen preguntas sobre la procedencia de los saberes de Vanessa, la cotidianidad de María al recibir visitantes y el lugar que ocupa la “tradición” en la oferta turística. Me remiten a una pregunta por las tradiciones y los lugares que tiene el pasado, sus prácticas y saberes, en el presente y en la oferta turística.

Pareciera que aquello que reconocemos como “tradición” o “tradicional” se ve solo de ciertas formas fijas, atadas directamente al pasado. Sin embargo, en la finca ‘El Recreo’, la tradición campesina y ancestral no solo se evoca, sino que se transforma y se proyecta hacia el futuro. Lo cual toma diferentes formas dependiendo de si es enunciado por María o Vanessa, e interpela a los visitantes en mayor o menor grado.

En el caso de María está atado a su historia familiar en la vereda, en ese mismo campo que trabajó su padre y que ahora lo hace ella, así como referencias a saberes campesinos y remedios que recuerda de su madre y su abuela quienes solo contaban con lo que producía la tierra. Mientras que en el caso de Vanessa se relaciona con una tradición que incluye saberes ancestrales, referencias a “lo indígena”, así como la transformación de oficios como la botánica para el uso actual de estos y su adaptación a los recursos que ofrece la tierra en la vereda, Usme y la ciudad.

La definición de “tradición” que propone Arévalo permite complejizar la mirada sobre esta:

Un sistema integrado dialécticamente por subsistemas interrelacionados: lo material (infraestructura: las relaciones que se establecen entre los hombres y el medio), lo conductual-social (la estructura: las relaciones que construyen y mantienen los hombres y las mujeres entre sí) y lo mental-simbólico (la superestructura: las relaciones que se dan entre los hombres y el más allá, lo sobrenatural) (2010, p. 2)

Bajo esta definición, la tradición en la oferta turística de María y Vanessa tiene una dimensión material, en las relaciones con el territorio, la finca, las plantas, los cultivos, las medicinas. En el sentido conductual-social toma forma en medio de las relaciones que se tejen entre las anfitrionas, los visitantes y los locales; y en la dimensión simbólica se engloban las prácticas y discursos que referencian la ancestralidad muisca, los valores campesinos y la vida rural.

Todas estas dimensiones son parte fundamental y le dan forma a las experiencias que ofertan a quienes, desde la ciudad, con intereses comunes o diferentes, se acercan a la vereda y a los talleres.

“Durante el taller de tejido, Vanessa nos compartió una experiencia sobre su participación en un círculo de tejido con mujeres y cómo “mientras se teje el hilo también se tejen saberes entre las personas”. Si nos quedan espacios muy grandes en el tejido nos pide que retrocedamos y retomemos porque es importante que la base de la mochila no tenga huecos para que no “se salga el pensamiento por ahí”. Estos son saberes de las abuelas y abuelos, pero también de las comunidades indígenas que en el tejer construyen conocimientos. Mientras yo intentaba hacer más de tres cadenetas seguidas sin éxito, María se acercó a ayudarme y darme consejos basados en cómo ella aprendió a tejer”. (Nota de campo, 03 de junio 2024)

En este contexto, el tejido se convierte en un vehículo de la memoria y de la tradición, evocando a quiénes tejían en el pasado, así como del aprendizaje que estaba ocurriendo en el presente de ese taller. La relación con la “ancestralidad” aparece en el discurso de Vanessa, quien se remite al pasado muisca que tiene Bogotá y especialmente en Usme. La manera en que se nos hablaba de tejer mochilas o chumbe, según lo que cada uno quisiera, no tendría el mismo sentido sin ese discurso y la importancia de retomar las enseñanzas indígenas en ese lugar específico.

Tal como lo plantea Hobsbawm (2002), la tradición renueva y actualiza el pasado desde el presente, a partir de interrelaciones materiales, sociales y simbólicas. Se trata de un proceso de producción, transmisión y reproducción, que “cumple funciones sociales y tiene significados” (Arévalo, 2010, p. 3), porque requiere de una selección de la realidad social y de una “decantación cultural” (2010, p. 3). Adicionalmente, la tradición no se limita a reproducir el pasado de manera exacta a cómo este fue, sino que apuesta por reconstruirlo a partir de valores, búsquedas y necesidades enmarcadas en el presente (Lenclud, 2009). En este caso, el relato de María y Vanessa vincula las prácticas actuales que se desarrollan en la finca con un pasado campesino, no porque esté intacto e inmóvil, sino por que funciona como vehículo para promover una reconexión con la naturaleza y reivindicar lo rural.

1.2.2 El legado indígena

En estos talleres se generan lugares de encuentro entre tradiciones que provienen del pasado, y formas recientes de aplicarlas, las cuales se nutren constantemente de las trayectorias de ambas mujeres. Esto crea imaginarios que remiten a lo que Talavera critica de las “fantasías de lo rural”, puesto que, en una vereda campesina se habla de prácticas indígenas que, aunque no predominan en el lugar, no son ajenas a las historias de vida de quienes los habitan, incluso si lo común no es lo indígena. Por una parte, María no hace referencia ni sobre su presente ni en el pasado sobre la presencia muisca en la vereda. Por otra, la relación con las herencias muisca del territorio si aparecen en los relatos de Vanessa, quien en el encuentro con Usme fue conociendo más sobre el camino muisca:

Tal vez yo no soy nacida en Usme, pero me siento más de Usme que de cualquier otro territorio en el que he vivido. Cuando tú vives en un territorio y te apropias de este, y dices ‘soy hija de este territorio’, es un territorio que me cuida, que me da alimento, que me da aire, que me ha dado muchas oportunidades para avanzar tanto como madre como emprendedora, empiezas a indagar y los tejidos de la misma vida me han conectado con personas del territorio usmeño. (Entrevista a Vanessa, 31 de marzo 2025)

Con el lugar de “lo indígena” en la vereda y en la misma apuesta turística se hace visible una ironía respecto al pasado. Aunque Los Soches está situada en un territorio asociado a la ancestralidad muisca, los habitantes locales no tienen una identificación con ese pasado indígena. Las representaciones aparecen con discursos externos o de una tradición reconfigurada, como es el caso de Vanessa. Esta distancia responde a un proceso histórico de exclusión, racismo estructural y de eliminación de un pasado indígena en muchas comunidades rurales. Resulta entonces paradójico que son las huellas y marcas de un legado muisca, las que resurgen en los procesos que buscan revalorizar el territorio, y aparece como valor simbólico e incluso político (Sandoval, 2017). Se trata de una reapropiación situada que, a su vez, da paso a cuestiones sobre quién y para qué se activa ese pasado; lo cual implica una postura frente a la tradición muisca, no como algo heredado directamente, sino como algo construido (Hobsbawm, 2002).

Precisamente, Usme es una localidad en la que la memoria sobre el pasado muisca se ha hecho presente y con los años ha sumado colectivos, organizaciones, grupos y causas

indígenas y no indígenas que abogan por retomar la identidad y ese legado territorial. En las leyendas y mitos que se transmiten en la zona rural y urbana hay mención a caciques, a Usminia princesa muisca y aparecen relatos que vinculan el páramo con ritos muisca y con una importancia para la cosmovisión indígena. La llegada de los españoles se ubica en la historia que se cuenta como el causante inicial que provocó la paulatina “desaparición” de indígenas muisca del territorio (Calderón & Aguilar, 2018). Aunque vale la pena problematizar este relato, ya que se asume como cierta una desaparición total, que desconoce procesos de resistencia, reconfiguración cultural y silenciamiento forzado. La colonización implicó una transformación profunda de las formas de vida, las cuales fueron sometidas bajo proyectos de mestizaje y blanqueamiento. La idea de la “desaparición” de la cultura muisca funciona también para un proyecto de país que promovió una ruralidad campesina, en la que parecen no existir continuidades del legado indígena en los relatos sobre el territorio.

Ahora bien, la presencia muisca no solo se rastrea en los relatos, sino que en 2007 se encuentran restos arqueológicos de uno de los cementerios indígenas más grandes de Latinoamérica en la Hacienda el Carmen en Usme. Este hallazgo se da en el marco de reclamos sobre el reconocimiento de los saberes ancestrales muisca; a su vez, prácticas rituales se articulan con luchas por el cuidado y la preservación de recursos naturales, en el medio de las dinámicas urbanas de la localidad (Gómez-Montañez, 2013).

El descubrimiento en la Hacienda el Carmen da apertura a discusiones sobre el lugar del patrimonio y los legados, que, en el caso del reconocimiento muisca en Usme, llevan a considerarlo como un proceso cultural, más que como algo dado previamente. Gómez-Montañez (2013) expone que la lucha por el patrimonio en este caso implica una negociación sobre la memoria, la identidad y refiere al lugar de prácticas y discursos que le dan forma al pasado y a lo que se entiende como tradición muisca en el territorio. Así mismo, la manera en que se ha contado y desarrollado el relato sobre la historia ubica a los ancestros como indígenas del territorio, pero sus descendientes se caracterizan como mestizos sin rasgos ni legado indígena, lo que resulta en tensiones en el reconocimiento de una identidad y presencia muisca en la actualidad.

Esto da lugar al surgimiento de una “nueva etnicidad” como un despertar (Gómez-Montañez, 2013) en el que la identidad para la que se reclama el reconocimiento no está ubicada en un

pasado que ocurrió, sino en lo que pudo haber sido si ese pasado no hubiera sido silenciado. Supone una reapropiación simbólica, cultural y política frente a las ausencias e invisibilizaciones históricas; lo cual reivindica el derecho a construir una memoria indígena en este contexto, y cuestiona las categorías fijas de etnicidad. Debido a la falta de continuidad en los legados muisca, han surgido procesos de diálogo con autoridades de otras comunidades indígenas, pues a falta de mayores muisca que tengan los conocimientos sobre el territorio, el proceso en la Hacienda el Carmen ha hecho posible que mayores de otras comunidades puedan guiar procesos para la resignificación de la ancestralidad en Usme.

Contextualizar el lugar de lo indígena en Usme permite entender también el marco de discusiones en el que una iniciativa como la de María y Vanessa ocurre, dónde hay referencias a un pasado y un presente muisca que está todavía en disputa, negociación y resignificación. Dialoga con herencias de otras comunidades y con el pasado campesino del territorio, lo que permea los discursos de las anfitrionas y la manera en que en las experiencias que se ofrecen incluyen referencias a un legado rural específico, pero también a una “ancestralidad” que se sigue construyendo.

Por una parte, Vanessa se conecta con el pasado indígena de forma explícita a través de discursos sobre “ancestralidad”, usos rituales y medicinales de las plantas, con una apuesta pedagógica y de cierta manera política que se hacen evidentes en los talleres que dirige. Evocar esos legados y saberes en el presente son parte central de su narrativa de apropiación y pertenencia al territorio, y de lo que transmite a los visitantes. En contraste, María no hace referencias directas al pasado indígena, pues su vínculo con la tradición y el territorio están anclados a la experiencia campesina, la cual está marcada por su historia familiar, sus propios tránsitos entre el campo y la ciudad, y los relatos locales.

De acuerdo con Hobsbawm (2002), la “tradición inventada” surge cuando modos de vida se adaptan a transformaciones en el tiempo. La tradición, en este sentido da cuenta incluso más del presente, que del pasado mismo. Es decir, son construcciones sociales no lineales, que responden a necesidades y elecciones del presente, las cuales se apoyan de la reinterpretación de prácticas y valores asociados al pasado para legitimar lo que ocurre en el ahora. Mediante la formalización y ritualización, se logra hacer uso de la historia y del pasado como una forma legitimadora de la acción y como base de la cohesión social.

En el desarrollo de los talleres, hay lógicas que dan lugar a los discursos y a las prácticas de las que hacen parte los visitantes. La historia y las prácticas “rescatadas” legitiman lo que ocurre en estos espacios. Por un lado, los visitantes experimentan la rutina de la casa de María: el recibimiento de quien llega, los alimentos, las anécdotas sobre la vereda, los vecinos y su propia vida, que se ajustan para que la experiencia turística mantenga esos ritmos. A su vez, en la cotidianidad de María se incorpora el recibimiento de turistas como parte de su día a día, lo que formaliza la “tradicción campesina” representada en la vida diaria de una mujer de la vereda. Y crea un imaginario de ruralidad específica al que se pretende dar continuidad, pues legitima el discurso y busca generar cohesión entre los asistentes, aunque sean de contextos urbanos.

Por otra parte, hay una lógica en la manera en que se desarrollan las actividades: no es fortuito que a la mayoría de los espacios se les de apertura con una preparación física, mental o espiritual. Desde la medicina tradicional indígena y campesina que Vanessa ha integrado en su práctica, se enfatiza la importancia de la disposición con la que se reciben los conocimientos y se participa en las prácticas. Es necesario conectar con el territorio, las plantas, con quienes comparten los espacios y las intenciones individuales. Esta ritualización genera cohesión entre los participantes, delimita un espacio discursivo y de reflexión, y establece una referencia constante con el pasado campesino y en cierta medida el indígena, desde el presente.

Tanto el sentido de formalización como el de ritualización ocurre en referencia a un pasado campesino y ancestral, que se incorpora en las rutinas de la experiencia turística desde las formas de preparación y disposición que ocurren en todos los encuentros con los turistas. Por lo tanto, la ritualización no son únicamente acciones, sino que tienen una carga simbólica que logra transmitir mensajes sociales y culturales. Esta aproximación permite también cuestionar ciertas normas y explorar nuevas posibilidades (Turner, 1967), que en este caso atienden a volver a unos valores rurales y ancestrales, que cuestionan los ritmos urbanos, la desconexión con los territorios, entre otros.

También ocurre en la preparación de María y Vanessa, al diseñar las experiencias, los tiempos, planes y alimentos que logren contener la “esencia” de la vida rural y la conexión con la naturaleza que se ofrece a los visitantes. La tradición, como lo expone Hobsbawm, no

solo es recibida por quienes asisten, sino que es creada en la medida en que se diseñan formas de rituales y experiencias con una carga simbólica. Las cuales se nutren de las experiencias de vida de estas mujeres, pero que están pensados con una intención hacia el turismo y quienes asisten motivados por el retorno a valores campesinos, de conexión con la naturaleza, etc.

La ritualización ocurre también de diferentes maneras, ya sea en la preparación física del calentamiento de los dedos antes de tejer, así como en otros espacios y a partir de diferentes elementos. Un ejemplo de esto es la preparación que hicimos antes de ingresar a la casa de María un día en que se hizo un gran evento de mercado campesino:

Vanessa nos invita a disponernos y comenta que nos dará dos medicinas para que podamos conectar con el territorio en el que estamos, y con las actividades que hay preparadas. Primero la hoja de coca. “Alguien ha mascado hayo antes?” este ayuda a la memoria y al corazón y nos permite conectar con el aquí y el ahora. Además, nos dará un poco de una esencia de Hysca Boticaria que es una mezcla de menta, eucalipto y ciprés. Señala el árbol detrás nuestro que es un ciprés, si bien el eucalipto y el ciprés no son nativos del territorio se encuentran mucho en la vereda.

Primero pasa ella con una bolsa llena de hoja de coca y nos da un puñado a cada uno, no son dos o tres hojas, “es la cantidad que sale para cada persona” (Imagen 5). Me lo entrega y comienzo a mascar. Luego pasa Sebastián con un pequeño tarro de spray y en las manos nos pone de este, frotamos nuestras palmas y luego inhalamos, ya que esto ayuda para la respiración y para conectar con el aquí y el ahora. (Nota de campo, 09 de febrero de 2025)



Imagen 5 Un puñado de Hayo. Fuente propia (2025)

El uso de las plantas y las prácticas asociadas a ellas refuerzan a través de un discurso constante la importancia de volver a los valores campesinos y ancestrales. Hobsbawm desarrolla tres tipos de “tradiciones inventadas”, de las cuales dos toman forma en esta iniciativa turística: la primera se refiere a “las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales” (2002, p. 16), que será explorado con mayor detenimiento en el segundo capítulo, y otras que “tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones relacionadas con el comportamiento” (p. 16).

Sobre la última, la socialización de un discurso centrado en los valores campesinos y ancestrales no se limita a los talleres, los visitantes son invitados a incorporar una conciencia de cuidado que tenga impacto en las acciones de la vida urbana. Se enfatiza la importancia de reconocer el origen de los alimentos, privilegiar la medicina natural en contraposición con la medicina farmacéutica y el valor de las plantas en nuestra vida cotidiana: *“todas las personas deberían tener hoja de coca en su casa”* (Nota de campo, 09 de febrero 2025), dijo Vanessa en un taller de preparación de un kit herbal.

1.2.3 “Campesina pragmática” vs “Campesina espiritual”

Pensar en el lugar de la tradición en esta oferta me lleva a identificar el impacto que esta tiene en el hacer y en el discurso, al considerar las dimensiones materiales, sociales y simbólicas de lo que atraviesa la oferta turística. *“Se pueden llevar hojitas, solo hay que pedirles permiso a las plantas antes”* (Diálogo con Sebastián, 09 de febrero 2025), dice la pareja de Vanessa a un visitante que, en el recorrido, quiere tomar de las hojas que crecen en el borde de los cultivos. En este mismo recorrido, nos cuenta que la flor es de la papa y que esta se siembra junto con la arveja porque entre las dos se protegen de unos gusanos que se comen las arvejas, entonces la papa evita eso. Se trata de una relación simbiótica.

Sin embargo, los campesinos de la vereda no siempre piensan de esta manera al cultivar, sino que siembran todo para poder aprovechar la tierra y recibir ganancias, pero él dice que están pensando en formas de cambiar eso en la vereda: *“no llegar y matar todo porque la tierra también es de ellos (insectos), no se trata solo de extraer sino también de devolver y de*

convivir con esos seres que también habitan y necesitan de la tierra” (Diálogo con Sebastián, 09 febrero de 2025). Es por esto también que es peligroso fumigar, y que tiene efectos negativos en nuestra salud (Nota de campo, 09 de febrero 2025). La posición que defiende Vanessa y su pareja que promueven un cultivo sin químicos, contrasta con las prácticas campesinas de la vereda, donde muchos agricultores fumigan para evitar plagas y garantizar la rentabilidad de sus cosechas, respecto de los valores de cuidado y de relacionamiento con las especies con las que compartimos la tierra.

Esta discusión complejiza la noción de tradición. Sobre ¿Qué constituye “tradición”? y ¿Quién habla en nombre de esta? Plantea la pregunta de cuál perspectiva representa mejor los valores campesinos: los “viejos” modos de vida y producción o las “nuevas” apuestas ecológicas de cuidado y horizontalidad con otras especies. En este contexto, la segunda opción es la que se impulsa en el discurso dirigido a los visitantes. Lleva a pensar en las tensiones y desafíos que surgen del diseño de experiencias: negociaciones entre lo “auténtico” y lo “exótico” están presentes e incluso se pueden evidenciar en los lugares que ocupa cada anfitriona. Quienes por sus trayectorias de vida se encuentran en una iniciativa de turismo rural que tiene, por un lado, la cotidianidad y los conocimientos de María como una mujer campesina, criada en la vereda y que vive del campo. Y por el otro lado, Vanessa, quien nació en la ciudad y llega al campo con unos intereses específico y unas nociones sobre prácticas del pasado rural y ancestral que incorpora en su estilo de vida y en lo que ofrece con *Hysca Boticaria*.

La consideración sobre los lugares que han construido y de-construido como mujeres a lo largo de sus vidas es relevante para comprender cómo se encuentran en la vereda, pero también porque permite reconocer su capacidad para definir una subjetividad propia desde la cual entienden que es posible su autonomía y tienen capacidad de acción dentro del mundo y en el mercado (Cely, 2022). Es por esto que, si bien podría parecer artificial el encuentro de estos saberes, e incluso la ritualización de la tradición que atraviesa la iniciativa, la posibilidad que ambas encontraron en crear una alternativa de ingreso que les permita fortalecer su autonomía y aprovechar los saberes que tienen es el enfoque desde el cual esta investigación se propone.

Su relación no está exenta de tensiones, sin embargo, ambas se encuentran en un lugar común: crear otra forma de ingreso económico que dialogue con sus maneras de entender la naturaleza y con su estilo de vida. Implica encontrar nuevas formas de aprovechar el suelo rural, más allá de los usos agrícolas. Apuestas sobre nuevas ruralidades, donde podría ubicarse en cierta medida Vanessa, abogan por “la promoción del empleo e ingresos rurales no agrícolas, como una estrategia que permite combinar diversas actividades económicas” (Vinasco Guzmán, 2017, p. 97). Implica entonces un proceso de adaptación para poder ofrecer los servicios turísticos.

Aquellas tensiones que surgen se relacionan con la distinción que hace Hobsbawm (2002) entre “costumbres” y “tradición”. Por una parte, la costumbre se remite a prácticas sociales en las que hay espacio para el cambio y la innovación, que se puede presentar en este caso en forma de adaptación de actividades como cocinar o sembrar, enfocadas en una nueva apuesta económica. Mientras que la tradición se tiende a leer como rígida y fija, con un contenido simbólico que busca legitimarse desde el pasado, en este caso asociado a “lo auténtico” para resignificar prácticas “ancestrales” y campesinas, que adquieren un valor dentro del turismo. La tensión entre continuidad e innovación es parte de un proceso más amplio, en el que se reconfigura y negocia la ruralidad en el marco del turismo.

La tensión y el encuentro de ambas formas de relacionarse con la naturaleza, los saberes sobre las plantas, con el territorio, entre otros aparecen de diferentes maneras. Una de esta ocurrió en el evento de mercado campesino (Imagen 6) que realizaron en la casa de María:

Luego de las actividades y el almuerzo hubo una presentación de un grupo de música andina invitados por Vanessa, mientras tocaban sus flautas, tambores y guitarras nos invitaban a los asistentes a levantarnos y bailar al ritmo de sus cantos. Pocas personas nos levantamos a participar, y eran más que todo jóvenes quienes bailaban, mientras que personas mayores estaban sentadas observando.

Sobre esta escena, uno de los asistentes dijo: ‘a diferencia de Vanessa, que es un tipo de campesina espiritual, María es una campesina pragmática. No es que uno conecte con las plantas, sino que en sí mismas son buenas y nos aportan, no se trata de trabajar con la tierra para resistir, sino que para María es para subsistir’. Le pareció cómico que mientras ‘los hippies’ estaban bailando, los campesinos estaban tomando pola y jugando rana (Nota de campo, 09 de febrero 2025).



Imagen 6. Presentación grupo música andina. Fuente propia (2025)

A María y Vanessa, las unen saberes e intereses sobre el mundo, que tienen encuentros y desencuentros pero que son parte de su relación y de la manera en que se relacionan con la vereda. Entre ellas, se ha creado una relación de familiaridad, así como de complementariedad que toma forma en la iniciativa turística que lideran. Por una parte, María, como una mujer campesina mayor nacida en la vereda, y por el otro Vanessa como mujer joven de la ciudad pero que se encuentran en su relación con el campo. Una relación y comprensión que han construido de maneras diferentes, pero con un resultado en común; así como la centralidad de la naturaleza en sus vidas, con significados diferentes desde la espiritualidad y el aprovechamiento de la tierra y la medicina con plantas.

La manera en que sus trayectorias dan cuenta de sus miradas sobre el mundo y cómo se entrecruzan en la finca de María está en el centro del análisis de esta investigación y es importante para comprender los contextos de los que surgen sus saberes, discursos y la manera en que se relacionan con las personas externas a la vereda. Así como estas trayectorias nutren y dan forma a los significados que se tejen en las relaciones comunitarias dentro del proyecto de turismo rural.

Finalmente, a modo de conclusión de este capítulo, la historia del proyecto turístico de María y Vanessa, así como las trayectorias que les dieron forma como anfitrionas, muestran cómo las experiencias personales, las memorias sobre el territorio y los saberes adquiridos en contextos diversos pueden converger en una apuesta compartida. Esta iniciativa es el resultado de un entramado complejo de relaciones, tensiones, aprendizajes y resignificaciones, en el que la tradición campesina y el legado muisca se vuelven una herramienta viva para conectar el pasado con el presente, e imaginar otras formas posibles de habitar la ruralidad o de encontrarse con esta.

Entender estos procesos necesita de reconstruir los caminos de vida de María y Vanessa, sus vínculos con el territorio, sus luchas por la autonomía y los significados que le atribuyen a lo que hacen. También identificar cómo, incluso antes de formalizar el proyecto turístico, ya existían prácticas comunitarias de intercambio y cuidado a nivel local que sentaban las bases para un turismo rural con sentido colectivo. La propuesta que ambas construyen no solo pone en juego saberes sobre la tierra, la medicina natural, la alimentación y la cotidianidad rural, sino que también activa y ritualiza lo que se entiende como “tradición”.

En suma, esta iniciativa se configura como una forma de turismo rural que no solo responde a dinámicas económicas, sino que moviliza procesos de memoria, resignificación del territorio y empoderamiento femenino, en los que la tradición se reinventa como posibilidad y no como limitación. Así, María y Vanessa no solo comparten saberes: también construyen, juntas, una forma alternativa de habitar y de mostrar el mundo rural para los visitantes. En este espacio turístico, la tradición es una práctica en movimiento que genera valor, pertenencia y sentido; pero también distancias, tensiones y disputas sobre los discursos, las prácticas y la legitimidad de estas. En conjunto redefine las relaciones entre el campo y la ciudad, entre el pasado y el presente, entre lo individual y lo colectivo.

En sus discursos aparecen elementos clave de lo comunitario. No obstante, no son sentidos homogéneos, y dan cuenta de cómo el sentido comunitario es una construcción situada, que se renueva y adapta al presente. Esta apuesta por una forma de habitar, contar y experimentar la ruralidad es situada y se articula con sentidos que como anfitrionas negocian a partir de sus trayectorias, sus relatos, su feminidad, subjetividad y su relación con el entorno, la tradición y el turismo. Se hace necesario entonces sumar a la mirada de ofrecer una

experiencia turística un actor clave: el turista. Sus imaginarios, expectativas y formas de participación que son centrales en la construcción de sentidos, o no, en torno a lo comunitario, al turismo y las relaciones que se dan en este marco ubicado entre lo rural, lo urbano, lo ancestral y las transformaciones territoriales, temas que abordaré en el capítulo siguiente.

Capítulo 2:

Experiencias y transformaciones de lo rural: saberes, prácticas y territorio

La iniciativa turística de Vanessa y María invita a personas de distintos contextos e historias a encontrarse en un acercamiento a la ruralidad, sus prácticas y costumbres. A través de talleres que rescatan saberes “ancestrales” y exploran las propiedades de la naturaleza como un interés común, se propician espacios de intercambio en torno al alimento y las dinámicas de colaboración y familiaridad. Estos encuentros fortalecen la posibilidad de generar vínculos entre habitantes locales y visitantes. Para muchos, la experiencia despierta asombro, pues, aunque sus historias familiares los vinculan al campo colombiano, en el presente evidencian una distancia y falta de familiaridad con la vida rural.

En este contexto, las interacciones y discursos apuestan por construir sentidos de comunidad que emergen en espacios colectivos y de creación conjunta dentro del turismo rural, pero que tienen efectos particulares y diversos en sus receptores; de manera que los actores pueden o no ser interpelados por estos. Ahora bien, precisamente por su intención de carácter “comunitario”, esta experiencia desafía y cuestiona las concepciones tradicionales del turismo y el rol del turista en estos espacios. Así, el turismo se replantea, abriendo la posibilidad de imaginar alternativas a su imagen masificada, donde los lazos de cercanía, familiaridad e incluso comunidad encuentran un nuevo significado y pueden reconciliarse con la experiencia de ser turista en un lugar ajeno.

Además, la iniciativa de turismo de María y Vanessa surge en el contexto de otras apuestas turísticas dentro de la vereda. Las interacciones, acuerdos y desacuerdos entre diferentes iniciativas revelan tensiones y dificultades que surgen en este proceso: tanto en el consolidar un sentido de red de turismo, como al interior de la iniciativa de la finca ‘El Recreo’. Lleva a cuestionar las imágenes armónicas y libres de problemas en medio de procesos comunitarios, al interior de la ruralidad y especialmente aquellas asociadas a lo campesino.

El desarrollo de este capítulo está enfocado en los sentidos y no sentidos de lo comunitario, los cuales emergen de prácticas y discursos que se han identificado en el primer capítulo a

partir de los relatos de las anfitrionas y que dialogan con los espacios colectivos atravesados por nociones sobre lo común. También con relación con el ámbito individual de cada actor que se vincula al proyecto de María y Vanessa, con una mirada particular sobre el turista como aquel externo que aparece en medio de estas dinámicas locales, atadas a un territorio. Así mismo, da paso para analizar las tensiones y acuerdos que surgen en el proceso de construcción del turismo rural, la red en torno a este tema en la vereda, y la manera en que se configura un sentido de comunidad en medio de estos procesos. Lo cual resulta en relaciones que le dan forma al turismo y a la manera en que este se entiende, así como motivan una transformación de la construcción territorial de la vereda en torno a una nueva actividad económica, simbólica y cultural.

2.1 Miradas situadas: personas, historias y expectativas

La experiencia turística en la vereda Los Soches atrae a personas con diversas motivaciones, intereses y expectativas sobre lo que allí se les invita a vivir. Aunque los asistentes provienen de contextos distintos, quienes muestran una mayor conexión e incluso familiaridad con la iniciativa suelen compartir ciertos rasgos en su perfil: afinidades y experiencias previas que los llevan a interesarse en la recuperación de valores campesinos, el vínculo con la naturaleza y la medicina natural, entre otros aspectos. Sin embargo, esta conexión no siempre es individual, pues en algunos casos ocurre dentro de dinámicas colectivas, donde actividades grupales logran motivar a personas que inicialmente no mostraban un interés particular para identificarse con ciertos discursos, prácticas o incluso con el entorno.

La mirada del turista, de acuerdo con Urry y Larsen (2011), toma una forma interesante cuando se ubica entre la familiaridad y la distancia con el campo, con sus actividades, sus cultivos y sonidos. La experiencia de visitar un lugar ajeno lo sitúa en relación con lo desconocido y esto tiene implicaciones en la manera que interactúa con el entorno, con las personas locales, etc.

A su vez, la inmersión en un entorno claramente rural genera asombro entre los visitantes. Es común que surja un reconocimiento compartido de los lazos que muchas personas en

Colombia mantienen con el campo, ya sea por vínculos directos o a través de la historia de sus familias. Recorrer la vereda, transitar sus caminos, aprender sobre sus cultivos y probar sus productos despierta una sensación de fascinación en los participantes. Para muchos, el campo no resulta del todo ajeno, pero entrar en contacto con él no siempre genera cercanía inmediata; por el contrario, en ocasiones nos recuerda nuestro lugar como ciudadanos.

2.1.1 Turistas

“Antes de comenzar un taller sobre preparación de un kit herbal propio, ayudaba a llevar las aromáticas que María nos había preparado para el frío. Al acercarme al lugar donde se iba a desarrollar la actividad, noto que en la parte de afuera de la casa las personas asistentes hacen ejercicios de respiración y estiramientos dirigidos por Vanessa, mientras tanto, una pareja que iba a tomar el taller comenta sobre ‘el llamado’ que han sentido al ir a Usme, en referencia a una conexión que siente la chica con la naturaleza y la montaña.”
(Nota de campo, 14 de diciembre 2024)

Esta chica se llama Carmenza, una mujer joven en la década de sus 30. Es una profesora que trabaja en temas relacionados con política pública para afrontar la habitabilidad de calle. Por medio del trabajo conoció a Sebastián debido a que, en una feria que organizaron, él estaba apoyando con los productos de *Hysca Boticaria*. Le llamó la atención lo que ofrecían ya que tiene varios temas de salud, además de condiciones de piel que la han llevado a interesarse por la botánica, lo cual se suma a un interés especial por las artesanías y productos relacionados con la medicina natural. En el encuentro con Sebastián, él le cuenta sobre los productos, los procesos que se desarrollan en Usme y la visión que tienen con *Hysca* de resignificar la relación con las plantas, y la sanación a través de estas.

A partir de ese encuentro, se convirtió en cliente de *Hysca Boticaria*, por lo que mantuvo comunicación con Sebastián y Vanessa, quienes a medida que se ofertaban talleres la invitaban a participar. Estas invitaciones no se limitaban a los productos específicos del emprendimiento, sino que se le presentaba como espacios en los que *“hacemos un proceso de enseñanza y de aprendizaje con la gente que está interesada y que, pues quiera ser como parte activamente de estos procesos para su bienestar, de su familia, de su comunidad, etc.”*
(Entrevista a Carmenza, 14 de diciembre 2024).

Sobre lo que relata Carmenza, es importante resaltar la manera en que conoce a *Hysca Boticaria*, en el acercamiento a los productos conecta con su emprendedora y se abre la posibilidad de un canal de comunicación y de relacionamiento; el cual eventualmente la lleva a visitar Usme. El consumo de productos naturales puede actuar como un medio para generar vínculos sociales, afectivos y pedagógicos. Como plantea Zelizer (2005), las relaciones económicas no se dan fuera de las relaciones sociales; por el contrario, muchas veces constituyen formas de relación interpersonal. En este caso, la interacción inicial, aparentemente comercial, habilita un canal de confianza y comunicación que desemboca en la visita a la finca, así como en una experiencia de aprendizaje y participación más amplia. Este vínculo, que no tiene una historia previa a este encuentro en particular entre las dos mujeres, más allá de la compra de productos, refleja cómo lo económico, lo afectivo y lo comunitario se pueden entrelazar.

Evidencia cómo una relación inicialmente mediada por el consumo puede transformarse en una forma de vinculación social más amplia, que no se restringe a la lógica mercantil. En este sentido, lo que comienza como una transacción comercial abre un canal de relacionamiento que, aunque no esté sostenido por vínculos fuertes ni por una historia compartida, puede considerarse un ejemplo de vínculo débil, en los términos de Granovetter (1973): define los vínculos débiles como relaciones de baja intensidad, cercanía emocional y con poca frecuencia de contacto a diferencia de otras relaciones más fuertes. Vínculos que lejos de ser irrelevantes, son fundamentales para conectar a actores que no pertenecen al mismo círculo social, facilitando el acceso a nuevos espacios, experiencias y redes. Para el caso de la iniciativa turística, estos vínculos son unos de los elementos centrales en poder conectar con nuevas personas que eventualmente visiten la vereda, participen de las actividades y logren compartir un “sentido de comunidad”.

Estas formas de vinculación, que inician desde el interés por un producto y se transforman en participación activa, permiten pensar en la comunidad no como una estructura fija con una identidad preexistente, sino como un marco relacional que es dinámico, en el que los vínculos se activan, se negocian y se reconfiguran en función de contextos situados (Ruiz-Ballesteros, 2015). Desde esta perspectiva, el “sentido de comunidad” no implica a una pertenencia esencialista, sino que se enmarca en la posibilidad de generar relaciones sociales

significativas, prácticas compartidas y proyectos comunes, aun entre actores que no comparten un mismo origen o historia. En este caso, la experiencia de Carmenza muestra cómo una relación inicialmente mediada por el consumo puede dar paso a un proceso de reconocimiento mutuo, confianza y participación que contribuye a la construcción relacional de lo comunitario.

Este sentido de comunidad se remite, en el caso de Carmenza, a una identificación con el discurso de Vanessa, así como con la experiencia de visitar la vereda, poder vivir un día el escape de la ciudad y la inmersión en la ruralidad, tanto con la medicina como en el compartir con María y su cotidianidad como campesina:

Yo regresaría porque es algo que he venido ya aprendiendo en mi necesidad también de salud, pero también como en mi necesidad de pensarme la vida de otra manera distinta y de curar muchas cosas que la vida de la parte urbana pues te intoxica, realmente te intoxica todo el tiempo con lo que ves, consumes, el estrés, el trabajo y demás y eso se vuelve un espacio seguro. Un espacio para crear salud mental, para conectar contigo mismo, entonces le veo mucha potencialidad y porque el aprendizaje se vuelve muy bonito, realmente uno aquí ya se lleva unas cosas que va a aplicar en su día a día, poco a poco hasta que ya se vuelvan un hábito y tu vida realmente va a cambiar. (Entrevista a Carmenza, 14 de diciembre 2024)

La manera en que se tejen estas relaciones varía dependiendo de los contextos de las personas y las disposiciones con las que se acercan a la iniciativa. En este caso, intereses afines a lo que promueve *Hysca* representan el punto de partida para conectar con el discurso y las prácticas que impulsan en la iniciativa turística: retomar saberes sobre el campo, el poder de sanación de las plantas y conectar con personas que compartan su conocimiento la motiva a asistir a la vereda y además a llevar a su pareja. A modo de contraste, en el transcurso del taller, su pareja no parecía tan interpelado como Carmenza, llegó a la finca para acompañarla. Su motivación no se relacionaba realmente con lo que estaba sucediendo allí; aun así, fue parte del espacio, preparó su kit y participó, aunque en menor medida, de las conversaciones que se daban.

Los vínculos débiles como parte de los procesos de convocatoria y de relacionamiento en la iniciativa son cruciales, ya que dan cabida al tránsito de turistas y las diferentes maneras de formar vínculos con mayor o menor cercanía; y son parte de la posibilidad de construir un

sentido de lo común, de reciprocidad e incluso de confianza en el marco del turismo rural. Granovetter afirma sobre estos vínculos que “la mayor ventaja es el importante papel que juegan los vínculos débiles en la cohesión social efectiva” (1973, p. 12).

La iniciativa turística implica darle forma a unos sentidos comunes de lo rural a través de los discursos y las experiencias que nacen de Vanessa y María, así como de las relaciones que se tejen en el proceso con otros actores, en este caso con los visitantes. Parte de este proceso se remite entonces al capital social de quienes asisten, pues esto moldea sus intereses, sus conocimientos e influye en las relaciones que se tejen; ya que refiere a los recursos que se activan a partir de redes, normas y la confianza entre personas, que hacen posible su cooperación y acción colectiva para lograr algo en común o en beneficio mutuo (Coleman, 1988; Putnam, 1993).

Casos como el de Carmenza, en el que hay unos intereses particulares previos, así como familiaridad con los productos y con algunos saberes, cuando se encuentran con la vereda y los espacios colectivos toman forma en relaciones de confianza y reciprocidad con otros turistas y con las anfitrionas (Durston, 2000). Relaciones que además se extienden mediante redes ego-centradas, es decir con un *Ego*, que en este caso se podría identificar como *Hysca Boticaria* e incluso Vanessa y Sebastián, a partir del cual se despliegan a través de vínculos más o menos débiles.

La importancia del capital social reside tanto en la persona, con sus disposiciones para lo que ocurre en estos espacios, como en las relaciones entre personas (Durston, 2000). En el encuentro y en la asociación hay espacio también para los intereses personales, mientras que se dan intercambios de reciprocidad, la lógica de los vínculos débiles en la que se conectan personas de manera extendida da espacio para que surja la tensión entre lo colectivo y lo individual.

Precisamente, el lugar de la confianza y reciprocidad en medio de vínculos que se formaron a partir de la iniciativa turística permite analizar el caso de Marcela, quién también asistió el día del taller del kit herbal. Llegó tarde porque las instrucciones sobre la ubicación de la finca eran confusas, pero al final pudo participar del espacio. Es una mujer en la década de sus 30, que se dedica a la contaduría pública. Debido a que su hermano conoció el negocio de *Hysca Boticaria* en una feria, la familia comenzó a comprar productos. Ella, en particular, le interesó

la curación con ingredientes naturales. Este interés incrementó debido a que su pareja tuvo una enfermedad que los llevó a indagar más en la medicina natural y les permitió conocer sobre las propiedades de las plantas para curar el cuerpo. Luego de la enfermedad de su pareja ha incorporado el uso de “lo natural” en su vida diaria, y en el acompañamiento de enfermedades de su papá.

El novio de Marcela le regaló de cumpleaños el costo del taller para que ella pudiera participar. Cuenta que: *“Es muy enriquecedor, muy bonito y sale uno de la rutina y se desconecta y estar en la naturaleza lo hace sentir a uno muy chévere. Pues la idea es aprender y difundir también. Pues la idea es enseñarle a él [el novio] para que todos podamos aprovechar la naturaleza”* (Entrevista a Marcela, diciembre 2024). El interés por aprender trascendió el taller, ya que nos encontramos varias veces en la finca luego de ese día. En una de estas ocasiones me compartió que continuó en contacto con Vanessa, le compra plantas y especialmente cannabis, con el que está comenzando a preparar sus medicinas y está proyectándose para poder vender sus propios productos. Además, en febrero iba a participar en una feria en la que esperaba vender también productos de *Hysca Boticaria* que le había pedido a Vanessa a modo de asociación.

Pareciera entonces que surge una tensión entre el sentido individual y colectivo del conocimiento, la medicina, el uso de la naturaleza e incluso los intereses económicos. Sin embargo, lo que surge es una relación con las anfitrionas, pero también con la vereda y la iniciativa, pues cabe resaltar que, en mis visitas, Marcela fue una de las personas que continuó asistiendo en repetidas ocasiones, cada vez con mayor cercanía al proceso y a las mujeres.

Surge entonces el capital social comunitario como aquel que se deriva de los encuentros de los capitales sociales individuales. Como lo presenta Durston (2000): “El capital social individual es propiedad de quien puede beneficiarse de ello; el capital social comunitario no es propiedad de nadie, pero contribuye al beneficio del grupo.” (p. 22). Y esto ocurre también por aquello común sobre lo que se tejen esas relaciones, la naturaleza. Tanto en los comentarios de Carmenza y Marcela como en los de otros asistentes, retomar, resignificar y redefinir nuestra comprensión sobre el entorno natural, las plantas y un pasado rural compartido resulta también en identificar un espacio de encuentro que une a las personas, más allá de sus intereses particulares.

Por ende, el capital social comunitario pasa de “relaciones interpersonales diádicas” (Durston, 2000, p. 21), a sistemas de mayor complejidad, en el que cobra sentido la cooperación grupal. Que, si bien se articula de maneras diferentes, tanto en el caso de Marcela como en el de Carmenza, se da a partir de unos propósitos comunes: un sentido de autogobierno y autonomía, especialmente ligado a la salud, y un sentido de identidad, hacia lo rural, como parte de lo que se define en el concepto clásico de comunidad.

Este tipo de trayectorias revelan cómo, en algunos casos, las relaciones inicialmente individuales o a partir del consumo pueden dar lugar a formas más sostenidas de participación, en las que se tejen confianzas, afectos y proyectos compartidos. No obstante, no todas las experiencias turísticas resultan en este tipo de vinculación. Si bien algunos visitantes, como Marcela o Carmenza, desarrollan relaciones más duraderas y colaborativas con el proceso, muchas otras personas participan en actividades concretas, movidas por la curiosidad o el deseo de experimentar algo nuevo. En estos casos, no necesariamente se activa un capital social comunitario. Por eso, más que generalizar, este caso permite pensar en las posibilidades situadas que abre la iniciativa turística para pasar de lo individual a lo colectivo, especialmente cuando la naturaleza, la salud y los saberes compartidos se convierten en una plataforma común que invita a imaginar una forma distinta de relacionarse con el territorio y con otras personas.

2.1.2 “¿Cómo así que la papa tiene flor?”

Por otra parte, entre los perfiles de los asistentes variaban los intereses y las motivaciones para llegar a la vereda y para lograr sentir identificación con algo del proceso: no todos tienen un interés por la medicina natural y los poderes curativos de las plantas. Por el contrario, personas como Alejandro se sintieron interpelados por la experiencia de transición entre el campo y la ciudad, y la inmersión en un espacio rural, más que por los saberes curativos de la naturaleza que le fueron compartidos y relatados durante el camino para llegar a la casa de María y dentro de las actividades que se desarrollaron en el mercado campesino:

Caminamos lento desde el punto de encuentro: letrero de “Bienvenidos a Los Soches”, al que llegaron aproximadamente 20 o 30 personas. Andábamos con pasos lentos para que nadie se quedara atrás, a medida que avanzamos aparecen plantas, cultivos, y con esto las

preguntas, explicaciones y el asombro. Sebastián, que estaba dirigiendo el camino, responde a todas las personas que se le acercan, pues varios de los asistentes no reconocen algunas plantas o quieren saber más sobre la vereda.

En el camino nos detenemos frente a un cultivo de papa y alverja para que Sebastián pueda hacer una explicación al respecto. A lo que él explica cómo se siembra y las propiedades de encontrar formas alternativas de cultivo, se escuchan expresiones de asombro y se abren los ojos en forma de sorpresa de varias de las personas que están escuchando. Entre estas Alejandro, uno de los visitantes, quién exclama “¿Cómo así que la papa tiene flor? ¿Cómo así que la arveja se coge seca?”. Luego de conversar con él, me dice también “Yo no me siento en Bogotá”, en referencia a que la transición entre la Vía al Llano y la casa de María es impactante porque entras a un espacio rural, que se siente alejado de la capital pero que en realidad es parte de esta. (Nota de campo, 09 de febrero 2025)

Ser turista supone un traslado de los tiempos y espacios cotidianos, para llegar a un lugar nuevo en el que se observa el entorno con interés y curiosidad. Lo particular en el acercamiento de los visitantes a eso “nuevo”, se refiere a la manera en que la experiencia del turista implica reconocer cómo las personas aprecian y se anticipan a la diferencia (Urry & Larsen, 2011). Una diferencia que además en este caso particular es gradual, pues si bien no es un espacio altamente frecuentado, en realidad no es un “otro” totalmente desconocido, incluso si solo existe previamente una imagen lejana de lo que es el campo para cada persona.

Por lo tanto, Urry y Larsen explican cómo la mirada del turista no es completamente “pura” e “inocente”, sino que es aprendida y su interiorización considera “quién o qué lo autoriza, cuáles son sus consecuencias para los ‘lugares’ que son su objeto y cómo se interrelaciona con otras prácticas sociales.” (2011, p. 2). Es decir, los discursos de las anfitrionas, la manera en que sus trayectorias de vida influyen en sus lugares de enunciación, y cómo se relaciona la llegada de estos visitantes con lo que ocurre en la vereda y las prácticas que ocurren en la casa de María dan forma a la experiencia del turista, y aportan a ese sentido de asombro, pero también de identificación con el retorno al campo.

Especialmente María se vuelve una parte crucial de esta identificación. Personas que no conectan necesariamente con discursos como los de Vanessa, encuentran en la mujer mayor una representación particular del campesinado que los interpela para sentirse parte de aquello que ocurre en la finca. Este es el caso de Alejandro, un señor de más de 50 años que trabaja

en un cargo administrativo en la ciudad, conoció la vereda porque una familiar que había asistido a un taller lo invitó. Al momento de mascar coca antes de entrar a la casa, con el objetivo de conectar con el territorio, no fue de su agrado e incluso le generó sospecha esta práctica. Sin embargo, el camino para llegar, conocer a María, que le contara sobre la vereda, e incluso que le hiciera un pequeño recorrido por la finca lo conmovió y fue lo que más apreció de su visita:

Cuenta que es una persona que siempre ha pensado en vivir en el campo como proyecto de vida en su vejez, que tiene a sus abuelos que fueron campesinos y por ende la imagen del campo se siente más cercana. Aun así, dice que le tomó un poco de tiempo entender que había pasado del caos de la ciudad a un entorno rural, y fue especialmente en el contacto con María que logró conectar e identificarse con lo que estaba sucediendo en el evento de mercado campesino. (Nota de campo, 09 de febrero 2025)

Los turistas entonces toman forma como aquellos que están en búsqueda de cierto sentido de “autenticidad” en lugares y tiempos que se alejan de su cotidianidad (Urry & Larsen, 2011). Incluso si aquello que se entiende como “auténtico” no es igual para todos, y responde a las expectativas, experiencias e imaginarios particulares de cada visitante. Esto da lugar a un encuentro con el “otro” que, aunque puede variar en el grado de familiaridad, implica una disposición particular por parte del visitante: al salir de su espacio habitual y trasladarse a otro territorio, su mirada y sentidos se reconfiguran. Lo cual lo lleva al asombro con el que vive la experiencia y, en muchos casos, a establecer formas de identificación con algo o alguien del entorno que visita. Identificación que ocurre también por esos elementos o personas legitimadores y de autoridad que guían la mirada y la ubican.

Ahora bien, reconocerse a sí mismo o al pasado familiar propio en la vereda, ocurre de diversas maneras. Otra persona que asistió al mercado campesino es Luisa:

Una mujer joven, que profesionalmente es licenciada en artes y, al conversar con ella, cuenta que sus papás son campesinos. Llegó al espacio porque meses atrás conoció a Vanessa en otra vereda en la que se estaban haciendo talleres sobre ruralidad. Comienza a comprar entonces los productos de Hysca Boticaria, se vuelve cliente y gracias a esto asistió al evento, para el que recibió la invitación de Vanessa por Whatsapp. El tema sobre campesinado, por su cercanía con este, ha sido de interés tanto en su periodo de estudio como posterior a graduarse, y la ha llevado a trabajar en temas relacionados con este y género. Además,

cuenta que ya conocía la vereda por un proceso en el que había participado anteriormente, pero era la primera ocasión en la que asistía a algún espacio organizado en El Recreo. (Nota de Campo, 09 de febrero 2025)

En el caso de Luisa es interesante que tanto los saberes sobre medicina natural como la relación con el campo atraviesan sus intereses y motivaciones para asistir, así como influyen en la percepción que tiene sobre las experiencias que vive. *“El territorio te absorbe y por lo tanto implica una actitud de escucha, por ejemplo, en el camino a la casa de María te invitan a estar atento a las plantas, los sonidos y eso hace especial la experiencia”* (Diálogo con Luisa, febrero 2025).

La forma en que Luisa comprende y reflexiona sobre el “sentir” que le produce el encuentro con Los Soches evidencia cómo la experiencia turística implica una mirada situada y relacional. En línea con el concepto de *tourist gaze* propuesto por Urry y Larsen (2011), esta mirada no es neutra, sino que se configura en función de disposiciones previas, sensibilidades aprendidas y contextos específicos. Se trata de una mirada que articula elementos placenteros y afectivos en el marco de un tiempo y espacio determinados, generando un campo de diferencia y, al mismo tiempo, de identificación que activa los sentidos del visitante.

En el caso de Luisa, su experiencia en la vereda está mediada por una sensibilidad particular construida a partir de su formación académica, que le permite leer e interpretar el entorno rural de manera diferenciada. Así como su interés por la ruralidad, vinculado tanto a su historia familiar como a sus investigaciones personales con enfoque de género, da lugar a una experiencia turística marcada por una mirada atenta, reflexiva y situada de la oferta turística.

De acuerdo con Urry & Larsen, “Es la mirada la que ordena y regula las relaciones entre las diversas experiencias sensoriales durante el viaje, identificando lo visualmente fuera de lo común, las diferencias relevantes y lo que es ‘otro’” (2011, p. 14). Esto aporta al análisis cuando se consideran vivencias que están atravesadas por lo sensorial, y que hacen parte de lo que ocurre con los visitantes de la finca; así como la manera en que se ubican dentro de los espacios, de las actividades, las prácticas y lo que se dice sobre todas estas. Desde la escucha, la vista, el tacto y los olores las personas experimentan la visita turística, y a través

de estas experiencias sensoriales se exponen a relacionarse con lo desconocido o lo “no tan conocido”, lo cual lleva al asombro como un espacio común para la mayoría.

2.2 Lo común y los espacios para crear comunidad

“Al finalizar el taller de preparación de un kit herbal, me acerco a Carmenza para preguntarle sobre su experiencia de lo que ocurrió en las últimas horas de taller, me responde: ‘Creo que es una experiencia muy de generar comunidad. Creo que eso también es un significado que tiene esto y que lo veo también como esos llamados que uno se siente de volver a conectarse con las personas. No todo a través de una pantalla, porque uno puede tomar muchos cursos virtuales o mirar en Internet miles de tutoriales y aprender, pero es diferente cuando te sientas con varias personas que tienen el mismo interés que tú, de estar en el mismo espacio, entonces sabes que todos estamos en la misma onda y es un espacio seguro para conversar, para crecer, para compartir experiencias, para dar tips, para tejer comunidad.

Entonces creo que es algo de lo más bonito y también recorrer esos espacios del campo. Por lo menos en el almuerzo que estuvimos todos, que todos vimos mucha comida, pero empezamos a hablar de nuestra infancia, de nuestras madres, nuestras abuelas que hacían este tipo de prácticas, que era una forma de mostrar amor a través de la comida. Entonces creo que es un espacio muy potente, muy poderoso, muy bonito, muy familiar y que pues sería genial que la gente también aprovechara esto” (Entrevista a Carmenza, 14 de diciembre 2024)

La intuición de Carmenza sobre lo que ocurría durante el taller se repite, con distintas palabras y matices, en otras ocasiones posteriores a las actividades realizadas en la finca. Tal “sentido de comunidad” resulta central en esta investigación, ya que atraviesa tanto las experiencias de quienes asisten como las de las anfitrionas. Siguiendo a Ruiz-Ballesteros (2015), dicho sentido se configura como un marco organizativo y de significado que emerge de entramados relacionales que conforman una “red social densa”. En esta red no solo se entretejen vínculos marcados por la reciprocidad, la confianza y la familiaridad, sino que

también interactúan vínculos más débiles, provenientes de personas que participan una única vez, pero que actúan como vectores de expansión de la red comunitaria.

La pregunta por la red que se puede estar formando o no en medio del turismo plantea una tensión respecto a la manera en que se consolida el capital social cuando hay un alto tránsito de personas que no siempre regresan de manera constante. Esto lleva a problematizar el sentido clásico en que se han definido las redes, como lo planteó Coleman (1988), donde el capital social se genera dentro de una estructura de relaciones estables que facilita ciertas acciones colectivas, por lo que la repetición y la confianza sostenida en el tiempo son fundamentales.

Ahora bien, otras perspectivas como la planteada por Granovetter sobre los vínculos débiles da cuenta de una posibilidad en la que en estos tránsitos ocurren interacciones significativas que alimenten el capital social en un sentido expansivo. En el caso de las múltiples dinámicas que ocurren a partir del turismo, es importante cómo vínculos más débiles son importantes por su capacidad de activar reconocimiento o circulación de saberes incluso en los encuentros breves. Los cuales pueden no ser la base central sobre la que se construye una comunidad, pero son importantes porque conectan a diversas personas con lo que ocurre en la vereda.

Para la construcción de este marco es necesario el encuentro de elementos que doten de sentido y que propicien tal red, tanto simbólicos como prácticos. Los relatos de vida de María y Vanessa influyen directamente en sus discursos y la manera en que se refieren al campo, a la localidad, a sí mismas, y los significados que le han dado a estos. Es una parte importante de lo que le da vida a la experiencia turística, pues permea lo que se pretende mostrar a los visitantes y en la manera en que estos se sienten identificados o no con lo que se les dice durante sus visitas. Ahora bien, esos sentidos sobre la ruralidad, la naturaleza, la relación con la ciudad, la medicina y lo común, no se limitan a lo simbólico, sino que también hay una carga de materialidad y la experiencia misma de compartir y visitar la vereda.

De acuerdo con Ruiz-Ballesteros, la “comunidad” se construye en la práctica y en lo cotidiano: su clave no estriba tanto en “tener algo en común” como en “hacer en común”. Comunidad es “cuestión de prácticas” (2015, p. 26). Es decir, incluso cuando se encuentran diversidad de personas que tienen intereses compartidos o dispares respecto a la medicina natural, su identificación con el campo, pasados familiares campesinos, entre otros, es posible

que se “construya una comunidad” a partir de las prácticas que ocurren en estos espacios, en tejer algo en común, dotado de significados también desde el hacer. Es decir, las comunidades se crean, no están dadas.

2.2.1 El Sancocho de María

La construcción de este “sentido de comunidad” está anclada a prácticas específicas que ocurren en momentos particulares de manera situada. Se trata de “actos en contexto” (Ruiz-Ballesteros, 2015, p. 26) que ubican a las personas en un marco singular e influyen en su experiencia. Uno de los elementos centrales en la visita a la vereda es el alimento. La preparación y el espacio de compartir que se genera a partir de lo que prepara María es un momento crucial para generar dinámicas diferentes con los visitantes, que posibilitan la cercanía, una inmersión en los sabores de la zona, pero también de compartir de cierta manera la cotidianidad de María como campesina en Los Soches (Imagen 7).



Imagen 7 Olla para el almuerzo. Fuente propia (2025)

Si bien es intencional por parte de las anfitrionas que los talleres coincidan con el almuerzo, para que María pueda recibir un ingreso por los alimentos, los momentos de compartir la mesa ocurren, aunque no haya actividades. Incluso, la visita de los turistas replica una rutina o cotidianidad de la casa de María, en su relación con locales que a veces le piden que les venda almuerzos o cuando prepara comida para que su hijo suba a comer en la casa con ella:

Hacia la 1:30, llama a su hijo para que suba a almorzar. Llega su hijo con la pareja, almorzamos los cuatro. Pollo, arroz, papa y frijoles. Hablamos sobre los lugares en Usme que venden carne, sobre por qué María no tiene perros y sobre sus celebraciones de final de año. Nos reímos porque cuenta que le tuvo que cortar las alas a las gallinas por que se le

estaban escapando, y ante mi cara de espanto me dice que se corta las plumas y no las alas como tal. Cuenta que cuando le contó a Vanessa ella tuvo la misma reacción que yo. (Nota de campo, 03 de febrero de 2025)

Esta escena evidencia diferencias en las sensibilidades, expectativas y los códigos culturales de quienes nos encontramos en el almuerzo. No ocurre en este único caso, y funciona para modelar otras interacciones que ocurren alrededor del alimento y que revelan diferencias sociales y disposiciones múltiples frente a lo que sucede en estos espacios (Urry & Larsen, 2011). La reacción ante la historia en la que cortan las alas de las gallinas puede pasar desapercibida, pero, al analizarla en contexto, demuestra cómo las disposiciones de clase, de urbanidad y de desconocimiento de lo rural, como en mi caso, se expresan en respuesta a una práctica cotidiana campesina. Y refuerza mi lugar como visitante externa, o incluso el lugar de Vanessa como una persona relativamente nueva en el estilo de vida campesino.

Por su parte, María en respuesta a esto reconoce las diferencias y actúa con humor, lo que pareciera que reduce la diferencia, pero no la desaparece; ya que reafirma el lugar de María como mujer local que recibe y explica, y de externos, como yo, que llegan a conocer. Acompañarla en la cocina mientras prepara los alimentos implica también una experiencia de aprendizaje, pues, comparte historias de su vida, de la vereda, de su familia o del campo tanto en la mesa sentados comiendo como al cocinar. Esta cotidianidad supone una base para la experiencia turística al garantizar que los visitantes puedan vivir a través del alimento y el compartir la mesa un momento de vecindad muy similar al que realmente ocurre en la vereda.

Aun así, estos momentos de compartir espacios íntimos como la cocina también marcan diferencias entre ser visitante, ser cliente y ser invitado dentro de la cotidianidad de María. Compartir historias, recibir comida casera y encontrarse en estos espacios incluye a personas externas en dinámicas de la familia, pero también deja en evidencia las diferencias. Por un lado, el visitante se aproxima desde la observación, el asombro y la curiosidad; por el otro, María desde la habitualidad de la cocina, lo doméstico y la transmisión de su cotidianidad como producto de valor, lo que además da cuenta de la dimensión de intercambio y de sentido económico que atraviesa estos momentos.

María, como campesina, aporta a la experiencia tanto sus saberes prácticos como lo que conoce sobre la historia de la zona y el estilo de vida campesino, lo cual enriquece la visita

de personas que llegan de la ciudad con expectativas, y que se encuentran con sabores y olores de la vereda. El lugar que representa María en la iniciativa turística le da forma y contenido al encuentro con lo campesino y a las relaciones que se tejen, ya que “el conocimiento local es esencial para un capital social efectivo” (Ostrom & Ahn, 2003, p. 175).

La escena mencionada en la que compartimos el almuerzo con María, su hijo, la pareja y yo, se replica en los talleres. En estos espacios era común que todos se dispusieran a sentarse a la mesa y entre las personas se pasaban los cubiertos necesarios. En todas mis visitas, cuando las personas veían por primera vez las porciones se sorprendían e incluso expresaban que estas eran de gran tamaño. En ocasiones, se pedía menos comida pues surgía una preocupación por las cantidades. En todos estos momentos, se dejaba el puesto de la cabeza libre para que María se sentara allí. Así mismo, siempre se daban temas de conversación relacionados con los alimentos inicialmente, que luego llevaba a hablar de las familias de las personas que estábamos compartiendo la mesa. María siempre intervenía con historias sobre su propia familia, cuando sus hijos eran pequeños en la finca, la vida antes de tantos avances en tecnología y sobre la vereda.

Aunque esto parezca algo dado y sin mayor relevancia que compartir un almuerzo, las interacciones que ocurren en estos espacios alrededor de los alimentos son fundamentales en el tejido de confianza y cercanía de las personas, en algunos casos para asistentes nuevos y sobre todo cuando han visitado el espacio previamente o son amigos de Vanessa. Al ser espacios con los que hay alguna identificación con experiencias pasadas y por la dinámica informal es posible cierta construcción de confianza.

Incluso entre extraños surge con mayor espontaneidad, a tal punto que no solo María comparte historias familiares, sino que los asistentes también comparten sobre sus propias familias y vidas personales: como historias con sus abuelos, decisiones de crianza entre quienes tienen hijos o condiciones de salud familiares. Las redes permiten que la confianza se difunda (Putnam, 1993), primero a partir de la relación con las anfitrionas, pero luego también entre turistas y otros actores que no se conocen previamente.

Los servicios turísticos ocurren en una espacialidad específica, que ubica en un contexto lo que se come, pero también lo que comienza a tejerse mientras se come. Y esta forma de servicio a los visitantes implica entonces una cercanía y proximidad entre anfitrionas y

turistas, la cual aporta a un relacionamiento diferente y propio de la zona y del turismo rural, que además hace parte de generar momentos “memorables” (Urry & Larsen, 2011).

La cercanía que propician estos espacios facilita interacciones más personales que permiten crear “sentidos de algo común” a partir de conversaciones que detonan los alimentos, así como también se hacen evidentes diferencias que entran en diálogo; por ejemplo, quienes conocen la sopa de mote y quienes no, quienes utilizan diferentes cubiertos y quienes solo necesitan de la cuchara, quienes son vegetarianos y quiénes no. Diferencias que se revelan y dan cuenta de la multiplicidad de perfiles, y con esto prácticas y contextos que confluyen en torno a la mesa.

Las personas comenzaban a compartir sobre sus pasados familiares: comentaban sobre cómo esa dinámica les recordaba momentos en casa de sus abuelos, sobre las prácticas alimentarias que se tenían en el pasado a comparación del presente; quienes tenían hijos compartían sobre decisiones que habían tomado en la alimentación de estos, e incluso sobre como ellos de niños eran forzados a comer alimentos que les generaban desagrado pero que con el paso de los años se tornaron en parte de su canasta básica por el valor nutricional que representan, como ciertas verduras o preparaciones. También sobre cómo se proyectan a futuro en relación con el campo, la ciudad, la medicina natural, y otros temas que generaban identificación entre sí de manera general, incluso si en algunos casos particulares resultaba en distancias que igualmente tuvieron lugar en las conversaciones.

Estos espacios que propician la cercanía, la cooperación y la confianza se replican no solo en los talleres sino también a mayor escala cuando hay grupos de personas más grandes:

Afuera las personas comparten mesas entre diferentes grupos familiares. Quienes terminaban cedían su puesto para que otros pudieran almorzar. La mayoría de personas se comieron todo: no hubo comentarios de desagrado, excepto un sancocho que devolvieron intacto. Aunque los organizadores del evento estaban adentro solucionando la comida, las personas asistentes orgánicamente compartían mesa, sillas, y se colaboraban para que todos pudieran almorzar. Entre las mesas se rotaban el aji que estaba en una taza en forma de vaca. Un vegetariano al que se le dio un almuerzo normal, rechazó que le cambiaran el sancocho al ver que el pollo estaba por fuera. Los pintores seguían en el mural, pero igualmente recibieron almuerzo al igual que los músicos y los de la Biblored. (Nota de campo, 09 de febrero de 2025)

Esto ocurrió el día del mercado campesino, en el que había más de 60 personas esperando almorzar. A falta de quién organizara explícitamente la distribución de las mesas y los espacios, fueron los mismos visitantes quienes coordinaron entre grupos familiares, parejas, personas solas para que todos tuvieran posibilidad de comer sentados y a gusto. Sin que estuviera María o Vanessa dirigiendo esa organización de las personas, o solicitando que compartieran, las personas llegaron a acuerdos. Luego al preguntar a Alejandro, este me respondió: *“La experiencia del sancocho me pareció muy buena, porque estaba muy rico, con sabores muy campesinos y en el momento en que todos buscábamos como acomodarnos, sacar sillas y compartir mesas se dio un ambiente muy hogareño”* (Diálogo con Alejandro, 09 de febrero 2025).

Precisamente, se refiere a una noción de “colectivo”, que inspira en personas desconocidas la colaboración alrededor de la comida. También porque, en el disponer las mesas y compartir la sal o el ají, se apela a experiencias previas de las personas, en sus dinámicas familiares que llevan a crear un sentido de algo común del que pueden ser parte activa, y no solo como espectadores o clientes distantes. Este sentido de colaboración está vinculado también con la noción de confianza que se fue tejiendo desde la caminata en la que los grupos familiares comenzaron a interactuar, de manera que los rostros se reconocían y se hacía posible compartir.

De acuerdo con lo que postula Coleman (1988), el capital social no es propiedad única de un individuo, sino que tiene un carácter relacional, por lo tanto facilita acciones dentro de estructuras sociales. En el caso de la organización “autogestionada” a la hora del almuerzo se puede evidenciar como ese capital social se activa o desactiva para dar una coordinación entre los mismos asistentes sin que hubiera una figura de autoridad dirigiendo. Sin embargo, también da cuenta de las diferencias y la distribución en algunos casos desigual de ese capital, de manera que se puede acceder en este caso a mesas con mayor o menor facilidad.

Por una parte, la organización que se dio durante la feria campesina cómo una estructura que se formó de manera espontánea y temporal contenía normas compartidas, un grado de confianza básica y cierto sentido de obligación mutua (Coleman, 1988; Putnam, 1993). Es decir, reglas y expectativas mutuas que hicieron posible actuar colectivamente. Esta organización se puede leer cómo la manifestación de un capital social comunitario con un

nivel mínimo de cohesión social. Según Putnam son prácticas posibles ya que hay un “stock” previo de capital social que se ha tejido tanto entre personas conocidas, como entre desconocidos en los momentos de interacción previos como la caminata o la actividad de pintura que dirigió la BiblioRed. Ser parte de espacios y actividades puede generar un tipo de cercanía mínima que luego hace posible compartir y organizarse colectivamente.

Ahora bien, las comunidades no están exentas de tensiones (Ruiz-Ballesteros, 2015). El sentido de organización colectiva no es incompatible con que dentro de los grupos familiares se prioricen unas decisiones sobre otras. Si bien entre asistentes se organizaron para que todos en algún momento accedieran a mesas y al almuerzo de manera cómoda, quienes estaban con sus grupos familiares o parejas ya organizados previamente ocuparon primero los espacios, mientras que personas solas, que habían interactuado menos o que eran más externas accedieron luego a las mesas, al almuerzo, etc.

Esto, no necesariamente implica una jerarquía explícita, pero sí refleja cómo la acción colectiva no ocurre en vacío, sino que las redes formadas previamente influyen en quienes cooperan, con quién y en qué momento. Implica que incluso en el marco de la cooperación colectiva, esta puede estar mediada por distribuciones desiguales de capital social, ya sea la pertenencia a un grupo consolidado o incluso cercanía con otros o con las anfitrionas. Permite entonces matizar la lectura de la acción colectiva cuando se evidencia claramente cooperación en esta experiencia turística. No se trata de negar la existencia o construcción de capital social comunitario, sino reconocer la distribución diferencial que hay y las formas de fragmentación que pueden surgir, incluso sutilmente, dentro de prácticas percibidas como comunitarias.

2.2.2 Mixturas, bálsamos y medicinas de Vanessa

El interés en la medicina natural, el retorno a “valores rurales” y la adopción de “hábitos campesinos” como alternativa a la vida urbana y a lo industrializado, motiva la llegada de personas a los talleres que Vanessa lidera desde su emprendimiento *Hysca Boticaria*. Sus conocimientos en medicinas ancestrales y alternativas, así como su estilo de vida en torno a estos saberes, le permiten conectar con quienes visitan la vereda buscando respuestas en estos temas. Su discurso, centrado en la conexión con la naturaleza, el territorio y uno mismo,

resuena con muchos asistentes, quienes identifican en estos espacios un punto de encuentro para el aprendizaje y la exploración personal.

La medicina natural representa un eje de interés para los asistentes, quienes son recibidos en estos espacios con un sentido de “ritualidad” que los conecta con el campo y con los valores asociados a estos. Personas que teniendo o no un interés previo por la curación se encuentran en actividades que implican interactuar con las plantas y aprender de la relación con el cuerpo y la salud, no solo desde una dimensión espiritual sino también de las propiedades de estas. Además, supone un espacio para entrar en contacto con discursos y prácticas nuevas para algunos, pero que, en general, llevan a compartir un asombro e implican una disposición de apertura como grupo a los saberes que se enseñarán.

“Afuera de la casa nos organizamos en un círculo y Vanessa nos da a todos de una medicina en spray que se aplica en las manos y luego se pasa por el rostro y se inhala, para conectar con las plantas de la montaña, de manera que nos dispongamos de todas las formas para poder iniciar la actividad. Nos da a cada uno un poco de hajo y una semilla de cardamomo para mascar diciendo que esto sirve para conectar con la hoja y con nosotros mismos, ya que la hoja de coca ayuda para la concentración.” (Nota de campo, 14 de diciembre 2024)

El círculo previo al taller le da apertura al espacio, y el énfasis en la disposición de los cuerpos y mentes para las preparaciones y mixturas ubica a los asistentes en un lugar particular entre sí, con Vanessa y con las plantas con las que se va a trabajar. De acuerdo con ella: *“Cada vez que se toma medicina debe ser intencionada para que funcione”* (Nota de campo, 14 de diciembre 2024). Participar en estos espacios implica desarrollar un entramado simbólico y de identificación mediante el cual toma forma un sentido del lugar y de lo común (Ruiz-Ballesteros, 2015), que relaciona al visitante con Los Soches como territorio, con las plantas que nacen en este, así como con lo que ocurre en las prácticas del taller (Imagen 8).



Imagen 8 Mixturas, bálsamos y lavanda del kit herbal. Fuente Propia (2024)

Ahora bien, reconocer la heterogeneidad de los asistentes en los talleres también se ve reflejado en las instrucciones: *“las proporciones y cantidades para preparar las mixturas varían en su medida dependiendo de cada uno, ya que según Vanessa son de acuerdo con ‘la perfecta simetría del cuerpo’.* Cada uno participa en trillar y mezclar de manera conjunta. Sin embargo, individualmente nos servimos nuestras propias medicinas, puesto que eso lleva la energía de cada uno” (Nota de campo, 14 de diciembre 2024). El desarrollo de un sentido de lo común ocurre paralelamente con los intereses individuales, y se comienzan a articular, incluso en medio de diferencias. En la construcción de comunidad conviven las tensiones de lo individual con la configuración de una “lógica común que convierte una gran parte de los objetivos e intereses más o menos particulares en asunto colectivo porque son así más fácilmente realizables” (Ruiz-Ballesteros, 2015, p. 28).

Ahora bien, tal y como Carmenza llevó a su pareja a uno de los talleres, Marcela en el mercado campesino también fue acompañada por su familia. Ambas coinciden en su interés por la medicina natural, pero tienen familiares y personas a quienes invitan a visitar la vereda que no necesariamente comparten ese interés pero que también llegan a participar de los espacios. Esto es interesante porque da cuenta de cómo las “redes débiles” hacen posible ampliar los recursos humanos y la participación de personas con nuevos intereses que serán parte de las actividades (Durston, 2000). Por ejemplo:

Marcela fue por primera vez a la vereda durante el taller del kit herbal, la medicina funcionó y por eso regresó, y ese día llevó a su familia. Me dijeron que disfrutaron mucho de la actividad, y aunque les gustan estas cosas no suelen participar mucho de espacios así. Me

ofrecieron chicha que ellos llevaban lista y me contaron sobre su preparación (Nota de campo, 09 de febrero 2025).

Las redes de reciprocidad, en sus distintas manifestaciones, contribuyen a la construcción de relaciones de confianza que pueden facilitar tanto el desarrollo de iniciativas económicas como la consolidación de un entorno propicio para el compromiso cívico comunitario (Durston, 2000). La iniciativa turística y, en particular, los momentos que promueve Vanessa facilitan ese relacionamiento que permite seguir generando experiencias en las que luego se puede formar un sentido de identificación común para los visitantes.

La caminata de subida a la finca y que se pudiera interactuar en ese camino antes del mercado campesino permitió que los grupos familiares se relacionaran entre sí y las actividades que ocurrieron arriba tuvieran más cohesión:

No iban personas solas, sino en grupo y eso permitió que fueran más empáticos entre todos, estaban dispuestos a ayudar y eso implica una dinámica diferente. Así mismo, una de las visitantes me cuenta que para ella fue impresionante la asistencia al evento, dice que se siente conexión con muchos elementos y personas y de pronto por eso las personas vuelven, hay conexión con Vanessa, María, la finca. (Nota de campo, 09 de febrero 2025)

Por otra parte, en lo que implica la construcción de capital social, entendido como el conjunto de redes, normas y relaciones de confianza que facilitan la cooperación para beneficio mutuo (Putnam, 1993), los saberes comunes y el intercambio de experiencias juegan un papel central. En los espacios que dirige Vanessa se propicia el aprendizaje mutuo, lo cual fortalece los vínculos entre los asistentes y permite que, en el entrecruzamiento de saberes, emerjan nuevas ideas, comprensiones y propuestas. Este tipo de interacción, como plantean Ostrom & Ahn (2003), facilita la construcción de acuerdos que permiten trabajar colectivamente de manera más eficaz y afrontar de forma cooperativa las tensiones que puedan surgir.

Se configura un sentido de saberes compartidos en talleres donde, por ejemplo, *“las mujeres comparten recetas y remedios que ellas conocen y usan, se habla de utilizar la medicina y el alimento para evitar enfermedades como el cáncer. Los alimentos actualmente son procesados, y hablan de cómo ahora, en los mercados, las uvas y las mazorcas vienen en contenedores de vinipel e icopor”* (Nota de campo, 14 de diciembre 2024). Este intercambio

también ocurre en otras actividades desarrolladas en la finca, como el taller de pintura con cúrcuma dirigido por una persona de la Red Distrital de Bibliotecas Públicas (BibloRed):

Una chica pregunta si utilizar la cúrcuma se parece a cuando las personas utilizan el achiote para pintar. El responde que no está seguro pero que hay muchos alimentos con los que se puede hacer, tal y como lo hacían los aborígenes, quienes cultivaban su comida y pintaban con pigmentos naturales. Para la actividad debemos pintar alguna planta que conozcamos y escribir las propiedades que conozcamos sobre esta. Se destinan aproximadamente 20min. Tras haber pintado nos invitan a compartir entre nosotros los dibujos, unos hablan de la hierba buena, otros de la manzanilla, del sauco, nosotras de la lavanda. Son dibujos bonitos, que muestran esfuerzo al realizarlos y se empieza a dar un tipo de compartir de saberes entre quienes estábamos. Por ejemplo, alguien dice que una planta sirve para desinflamar y alguien más comentó que sirve para calmar el ardor. (Nota de campo, 09 de febrero 2025)

Es importante resaltar que el intercambio de saberes gira en torno a la naturaleza, sus propiedades y recetas conocidas. Estos temas dan paso a que las personas se remitan a su padres y abuelos, así como conocimientos recibidos de diversas experiencias de vida, que se encuentran en la finca y de cierta manera toman mayor relevancia dado el territorio, y el sentido que se le da desde que los visitantes entran a la vereda. Saberes que dialogan con los de Vanessa como boticaria y con María como campesina.

Finalmente, esto lleva a re-conceptualizar la mirada turística como lo propone Urry y Larsen (2011), al entenderla como una práctica encarnada y performática, que se configura no solo a partir de discursos y significados, sino también mediante dinámicas materiales y prácticas concretas. En el caso de los espacios dirigidos por Vanessa, están cargados de una comprensión específica pero no limitada de la naturaleza, de la curación y de los saberes ancestrales. Estos funcionan como base para que las personas dialoguen entre sí, con las plantas y el entorno, los cuales comparten durante las actividades, en un encuentro con algo común pero diferente a su cotidianidad.

“No es sólo el uso de la planta, sino esos significados de conectar y esas cosas. Sí, creo que por eso también el espacio me llamó mucho, porque no es como voy a ir a aprender a hacer un jarabe para la tos, no, sino como qué significado tiene cada planta, por qué es importante y cómo resignificamos eso para desintoxicar nuestro cuerpo y empezar a sanarlo. Pero también desde un proceso de conciencia, como no es solamente tomarlo y ya, sino cómo eso

puede repercutir para mi salud, cómo realmente es algo distinto que me va a ayudar y que está al alcance de todas las personas”. (Diálogo con Carmenza, 14 de diciembre 2024)

Estos espacios de intercambio muestran cómo los saberes “tradicionales” y “ancestrales” no solo son transmitidos, sino que se reconstruyen y resignifican en un contexto situado. La experiencia no se limita al taller, sino que se nutre del entorno, de las disposiciones de sus asistentes, de los vínculos que se generan y los que no. En esta medida, la mirada turística (Urry & Larsen, 2011) aparece con una dimensión relacional que engloba lo material, discursivo, simbólico y sensible. Ahora bien, para comprender de manera más amplia estas dinámicas, es necesario considerar quiénes visitan los espacios, las expectativas, disposiciones y formas de experimentar lo rural y lo que tiene para ofrecer el turismo.

2.3 Turismo rural y turistas de lo rural

Cuando hablamos de turismo, suele asociarse a formas masificadas y, a menudo, connotadas negativamente de conocer nuevos lugares. Por ello, las iniciativas de turismo rural a pequeña escala, que implican relaciones más cercanas con el entorno y las personas, así como prácticas con mayor conciencia sobre la posición del visitante en el lugar (Ruiz-Ballesteros, 2015), no se reconocen de inmediato como “experiencias turísticas” para quienes asisten a los espacios.

En otras palabras, la dinámica que atraviesa esta iniciativa de turismo rural difiere en gran medida de lo que comúnmente entendemos por turismo. Como resultado, la búsqueda de aprendizaje, la conexión con la tierra y el carácter comunitario de la iniciativa hacen que los participantes no siempre se perciban a sí mismos como turistas, aun cuando las anfitrionas lo presenten como una experiencia de turismo rural.

“María me muestra un plotter que dice “Parcela El Recreo”, este tiene el logo de la Corporación, también el de la alcaldía de Usme y dice: ‘Oferta de servicios: Comida libre de químicos, huertas orgánicas, charlas sobre siembra, venta de hortalizas, pomadas y ungüentos de plantas medicinales’. Lo utilizan para promocionar la iniciativa y atraer visitantes. También me cuenta que, al parecer, Vanessa tiene varios invitados para el

domingo, me muestra que sacó y limpió sus canchas de tejo, que tiene unos gallos que quiere rifar. Y que tiene que preparar la casa para los turistas” (Nota de campo, 03 de febrero 2025)

Si se mantiene una definición rígida de turismo que no contemple iniciativas comunitarias, es comprensible que los visitantes no se identifiquen como turistas, ya que no reproducen las prácticas y comportamientos típicamente asociados con el turismo convencional.

A través del compartir, se crean espacios de cooperación e intercambio que siembran sentidos de comunidad en quienes participan. Sin embargo, aunque la iniciativa en general logra proyectar una imagen alineada con las expectativas de los visitantes, no está exenta de las tensiones propias de la vida campesina, de los desafíos que implica construir una oferta turística, del factor del dinero como mediador de las experiencias y de los desencuentros entre quienes, si bien comparten ciertos valores, no siempre encuentran armonía en la cotidianidad ni en la organización del proyecto.

Tensiones que además se enmarcan en una red más amplia de otras ofertas turísticas vecinas, con las que se articula o no el proyecto de María y Vanessa, que permiten entender que esta iniciativa particular no ocurre en solitario, sino que hay un contexto de la vereda y su apuesta por organizarse para el turismo.

2.3.1 “Yo no me siento turista”

Visitar la vereda Los Soches, conocer la casa de María y participar de los talleres de Vanessa supone una experiencia en la que las personas se encuentran en una constante distancia y cercanía, de mayor o menor identificación con lo que ven, lo que sienten, lo que escuchan y lo que hacen. Estos contrastes ubican a los visitantes en un lugar particular que los confronta al momento de definir si lo que están viviendo es turismo y si ellos mismos se reconocen como turistas. Los asistentes no identifican las características, prácticas y comportamientos usuales de un “turista extractivista” en sí mismos: *“creo que eso también es la esencia de una comunidad, no solamente venir, tomar, sino también volver”* (Entrevista con Carolina, 14 de diciembre 2024).

Los discursos e ideas que emergen en estos espacios están atravesados por posturas de resistencia, revalorización del campo y cuestionamientos sobre las prácticas de consumo. En

este contexto, asumirse como “turista” implica una confrontación con la noción tradicional del turismo, pues parece difícil conciliarlo con una experiencia que promueve el arraigo, la colaboración y la construcción de comunidad, como la que han impulsado María y Vanessa.

“Cuando le pregunto a Luisa si considera que es turismo, ella me responde que no, y que debemos repensar eso del paseo, pues es diferente si uno antes de llegar a un lugar nuevo investiga un poco. Según ella, sería turismo si por ejemplo esta zona se volviera turística y entonces María vendiera 1000 almuerzos. En cambio, es un lugar que te invita a conectar, el espacio está dispuesto para eso, además que la comida también permite conectar con la experiencia. Sobre el factor económico de la experiencia dice “la plata está satanizada”, el hecho de que haya un intercambio no implica que es turismo necesariamente, sino que es una herramienta. Tampoco es turismo porque la experiencia está pensada y se basa en fomentar ideas de arraigo y valores rurales.” (Diálogo con Luisa, 09 de febrero 2025)

El lugar del dinero, las nuevas apuestas por revalorizar el campo y retomar ciertos valores asociados a este, impiden entenderse como turista en el marco de un proyecto en el que las relaciones que se tejen además dan forma a un sentido de comunidad particular, que se asocia a otros procesos, no relacionados con turismo necesariamente. Sin embargo, Ruiz-Ballesteros ofrece una perspectiva con la que se puede analizar esto, ya que la comunidad entendida como un modelo de organización, no está limitada a un sentido ancestral o tradicional, sino que en la capacidad de crear comunidades esta se puede tornar en “un vector de innovación social” (2015, p. 27).

Por ende, la capacidad de adaptación de las comunidades y de la tradición (Hobsbawm, 2002), que en este caso es central en la identificación de los visitantes con la vereda, hace posible que apuestas por generar otro tipo de espacios y de encuentros también sean considerados dentro de las lógicas del turismo. Además, el intercambio mercantil ocurre también dentro de las lógicas comunitarias, ya que puede existir simultáneamente con el ejercicio de la reciprocidad, y formas de trabajo colectivo (Ruiz-Ballesteros, 2015).

“Pues es que para mí tiene otro significado, digamos que también va a depender mucho porque muchas personas se lo pueden tomar como un espacio de vacaciones, de turismo, de venir y conocer, estar en la parte rural porque pues Bogotá es muy caótica en su parte urbana, pero para mí es un proceso mucho más profundo. Mucho más de aprendizaje, de

reconexión con aquellas cosas que se han perdido, con aquellas enseñanzas, aquellos oficios que parten justamente de la naturaleza.

Entonces si es diferente, creo que cada persona pone un significado distinto, pero para mí es muy distinto de pronto que a un turismo o solamente venir por recrearme, no, lo veo más como algo de aprendizaje y algo de crecimiento personal, pero no solamente viéndolo como una mirada turística, sino realmente como algo que teja comunidad y que deja familia. Que ayude también a resignificar lo que pasa acá y cómo llevamos eso no solamente como algo personal sino cómo lo tejemos también con las personas que son importantes para nosotros.” (Entrevista con Carolina, 14 de febrero 2024).

El contraste con la imagen de turistas tradicionales que se tiene en el imaginario de las personas respecto de cómo se reconocen en sus visitas a la vereda pareciera estar todavía sujeto a un único modelo de turismo muy específico, que además en la lejanía con la ciudad se hace menos posible de existir. En este sentido es necesario considerar que los cambios de la modernidad han permeado incluso la mirada turística, ya que, como afirman Urry & Larsen (2011), es parte intrínseca de la experiencia contemporánea. Por lo tanto, la manera en que esa mirada turística se manifiesta a través de las prácticas a las que da lugar están atravesando transformaciones rápidas y significativas. La experiencia de Carolina da cuenta de esto, pues desplaza la lógica del consumo recreativo y propone, en cambio, una vivencia centrada en el aprendizaje, el vínculo comunitario y la resignificación del territorio desde una dimensión afectiva y relacional.

Ahora bien, cuando se amplía la noción tradicional de turismo las respuestas de los visitantes cambian y entonces hay una posibilidad, aunque no certera, de poder entenderse a sí mismos como turistas. Consideraciones sobre “lo auténtico”, “la tradición” y demás aparecen en los imaginarios de las personas, pues son con esas ideas y expectativas con las que se entra a dialogar cuando se les pregunta si se consideran turistas: “*¿Turista es el que nunca ha ido o aquel que va en añoranza del campo? De entrada, sí me sentí turista. Si ser turista es llegar a un territorio nuevo, en el que no se conoce cosas básicas: todo era nuevo, pero no soy ajeno al campo. Dejé de sentirme turista cuando entré a la finca, aunque no dejé de aprender cosas. Yo no me sentía en Bogotá*” (Diálogo con Alejandro, 09 de febrero 2025)

2.3.2 La red de turismo en Los Soches

La iniciativa de María y Vanessa se desarrolla paralelamente con otras apuestas de agroturismo, y turismo ecológico que se han conformado en la vereda. Por las dinámicas de vecindad que ocurren en la zona, entre estas se identifican y en algunos casos colaboran para tejer una red de turismo en Los Soches. Ahora bien, estos proyectos, lejos de ser completamente armónicos, y de cumplir con la idea de absoluta coordinación campesina que puede existir en el imaginario de las personas externas a los procesos, en realidad están atravesados por tensiones y desencuentros. Estos también ocurren al interior de la iniciativa de la finca ‘El Recreo’, en parte por el momento de aprendizaje y creación en el que están ellas al iniciar; y permiten desencantar la noción de una experiencia libre de negociaciones, pero que además son el reflejo de otras tensiones que ocurren a nivel veredal y con los vecinos.

“Entra Vanessa a la cocina y le pregunta a María si había preparado algo de tomar, María la mira extrañada y le contesta que ella no le avisó, entonces Vanessa la mira con visible estrés y angustia en su rostro diciendo que claramente había que preparar algo. Entonces María le dice que sirva masato (aunque ese era masato para vender a \$500)” (Nota de campo, 09 de febrero 2025).

Esta escena el día de la feria campesina, evidencia como en los espacios que en ocasiones eran percibidos sin tensiones o problemas, en la experiencia de ofertar un servicio surgen dificultades logísticas y desacuerdos sobre el relacionamiento con las personas que igualmente son parte de crear e iniciar un negocio de turismo. Las tensiones que surgen entre María y Vanessa no resultan únicamente de una falta de comunicación o coordinación, sino que son el resultado de las diferencias en los recursos que tiene cada una a partir de su capital social individual. Mientras que María cuenta con el espacio de la finca, su tiempo, su cocina y los saberes campesinos ligados a la vida cotidiana en la ruralidad; Vanessa, por su parte articula los espacios a partir de redes más urbanas, diseña las experiencias de los talleres y coordina los encuentros.

Juntas construyen la iniciativa turística al contribuir desde sus experiencias, trayectorias y expectativas personales, lo cual puede resultar en desacuerdos que no impiden la iniciativa,

pero que si revelan los límites del capital social comunitario (Durston, 2000). Puesto que se hace necesario negociar constantemente los aportes de los actores que participan y el reconocimiento mutuo de las partes. Hay espacio entonces para el caos, la improvisación y las incomodidades como resultado de los retos que surgen en el proceso:

Afuera de la casa de María, en la zona junto al baño y el lavadero, dónde está organizada la feria campesina, veo que han llegado más personas, estas se mueven por todas partes, se estiran manos con billetes que alguien más recibe en el aire. En la mesa de Hysca no hay quien atienda, por lo que las personas se acercan y preguntan por los productos. ¿para qué sirven y cuánto cuestan? Vanessa aparece, responde un par de preguntas y se vuelve a desaparecer. Cuando vuelvo a mirar a las mesas hay muchos menos productos, las personas siguen comprando.

Entro a la cocina y el caos me recibe con una humarada del horno de leña. Hay tres personas sirviendo con cara de estrés. Ofrezco mi ayuda y eventualmente van llegando refuerzos. En platos de icopor se servía: en el más hondo, el sancocho que María revolvía en una gran olla con lo que ella llama 'el mata maridos' que es un cucharón de palo grande. Mientras tanto su hijo y el papá de Vanessa sirven un pocillo de arroz, con pollo y guiso en otros platos menos hondos. En dos bandejas de latón que María saca, organizábamos tres sopas y tres secos y se le empieza a pasar a la gente.

Se acabaron los platos. Empezamos a lavar los de las personas que ya habían terminado, y a servir en los platos de la loza de María. Se acabó el arroz, el guiso, luego el pollo, y ya se iba a terminar el sancocho. Se esperaban 60 personas, pero siguen llegando y ya no hay comida. María rinde lo más que puede el sancocho, pero al final hay personas, de las últimas que llegaron, para quienes no alcanzó, María y su hijo solo comieron mazorca que quedó".
(Nota de campo, 09 de febrero 2025)

Esta escena de mucho estrés e improvisación ante una situación difícil funciona para ejemplificar las tensiones del proceso, pero también los sentidos de colaboración que surgen y que se hacen posibles por el tipo de experiencia que se está viviendo. Mientras que afuera se sentía calma y un ambiente hogareño, de colaboración entre grupos familiares que se turnaban para utilizar las mesas, dentro de la cocina se sentía el caos logístico y la falta de previsión sobre ciertas cosas que podían suceder. Reconocer que coexisten en el mismo espacio es fundamental, pues hace posible que “la sociedad local, convertida en comunidad,

conforme un horizonte de funcionamiento colectivo en permanente tensión y conflicto siempre en construcción” (Ruiz-Ballesteros, 2015, p. 28).

Desde esta perspectiva, el caos no representa una falla, sino una expresión auténtica de lo comunitario en su forma más realista: un entramado de vínculos que se ponen a prueba y que, al hacerlo, abren posibilidades de colaboración y negociación. De ahí que sea entonces necesario complejizar y problematizar los ideales de modelo campesino para entender el lugar del capital social y de las relaciones que ocurren como comunidad con los locales, así como con los visitantes (Durston, 2000). Así mismo, refuerza que el medio rural no es estático y armonioso, sino que, tal como es posible que ocurran tensiones también hay posibilidades de crear otras formas de experimentar la vereda, como el turismo.

Por otra parte, en los últimos años, la oferta turística en Los Soches ha ido tomando forma como una alternativa innovadora de hacer uso del suelo y el territorio, más allá de la producción agrícola. De acuerdo con María hay cuatro ofertas turísticas principales: *Sembradoras de identidad*, *La Granja de Mary*, *la de Miguel y su esposa*, y la de ellas. A todos los conoce y con algunos tiene mayor afinidad que con otros. De acuerdo con sus relatos estas cuatro iniciativas están en constante tensión por no cruzar ciertos límites, lo que dificulta los sentidos de cooperación.

Sobre la corporación *Sembradoras de identidad*, cuenta que:

Las actividades de esta corporación buscaban potenciar el turismo en la vereda, por lo que hace más de un año organizaron un circuito de recorrido por la vereda. Se trataba de hacer una caminata por los diferentes lugares naturales de la vereda, en el camino parar en diferentes casas de mujeres para comprar comida, hasta llegar a una en específico en la que se vendería un almuerzo.

A María le había sido asignado vender envueltos y masato, sin embargo, antes de que el día llegara una chica la llamó a pedirle que le vendiera los envueltos a \$1500, cuando ella los vende a \$2000. Y luego otra líder de ese proceso la llamó a decirle que le compraba el masato a \$500 pesos. Ella se molestó porque habían llegado a acuerdos para ese recorrido y a última hora le estaban cambiando todo, por lo que se salió. (Nota de campo, 03 de febrero 2025).

Comienzan a aparecer tensiones internas que generan competencia entre iniciativas. Son tensiones sobre cómo y quiénes lideran y organizan el turismo en la vereda. María también

agregó sobre una de las lideresas de ese proceso: “*Se quejaba porque no hay que dejar que la gente venga a la vereda porque se roban el turismo*” (Nota de campo, 03 de febrero 2025), refiriéndose a que personas externas a la zona lideren actividades de turismo de las que los locales no se beneficien. Estas maneras de proteger la vereda, pero también las iniciativas particulares generan fricciones y problemas entre las personas y ponen a prueba el sentido de la *competencia sana*. Aquella que, como lo propone Durston (2000), comunidades que cuentan con un bajo capital social, que se refleja en poca confianza, baja reciprocidad y acuerdos débiles en las relaciones interpersonales, puede resultar en que las tensiones sean la base de conflictos sin cierre que impidan continuar con las labores colectivas.

Ahora bien, la capacidad de conciliar los conflictos y encontrar espacios de cooperación y competencia sana también son posibles. Ese es el caso de *La Granja de Mary*, una iniciativa que inicia en el 2018, y que tiene un enfoque centrado en el agroturismo. Con base en las labores del campo que su dueña aprendió de su madre campesina, ofertan experiencias de “ser campesino por un día”, talleres de alimentos como la leche, un tobogán jabonoso, etc. (Imagen 9)



Imagen 9 Afiche de promoción Granja de Mary en el mercado campesino. Fuente propia (2025)

El día del mercado campesino, La Granja de Mary tenía su espacio de venta, junto con las hortalizas de María y los productos de *Hysca Boticaria*. Su participación fue percibida por turistas como competencia sin colaboración durante la jornada, puesto que las personas de la granja parecían no apoyar con el puesto de María; no obstante, al finalizar el día estaban sentadas juntas Maribel (la dueña de La Granja) y María, conversando y compartiendo. Luego me cuentan que son amigas desde pequeñas y han sido parte de momentos cruciales de la vida de la otra, por ejemplo, Maribel estuvo presente cuando falleció el Tío Félix, a quién cuidó María durante sus últimos años.

La dinámica entre locales influye en la manera en que se configura el turismo en la vereda. Las tensiones entre vecinos parecen también permearlo y transformar la cohesión social que se da a partir de la llegada de turistas. Aparece entonces una paradoja en el encuentro de un nivel micro y uno más amplio, en clave de las relaciones locales respecto de las redes ampliadas por el turismo (Granovetter, 1973). Por una parte, los vínculos fuertes aportan a la confianza y cohesión interna de un grupo, pero favorecen también lógicas excluyentes y refuerzan tensiones internas (Coleman, 1988); se asocian a la reproducción de la unión local, pero que en ocasiones pueden llevar a la fragmentación. Mientras que los vínculos débiles, aunque están menos sostenidos en lazos de cercanía afectiva y de compromiso, en realidad son esenciales para que intereses individuales se encuentren e integren luego en comunidades.

Vínculos débiles como aquellos que se dan con los turistas o visitantes, pueden reforzar la cohesión y facilitar la construcción de un sentido de comunidad en el que “el hacer” está atravesado por menos tensiones, pues las dinámicas se forman en el marco del turismo, con los tránsitos y aperturas que esto permite. Que, en el caso de vínculos más fuertes, como con los otros dueños de iniciativas turísticas, implica mayores divisiones y menos encuentros.

Como ocurre también con Miguel y su esposa, con quien María cuenta que ha tenido algunas interacciones positivas, ya que ellos la han llamado para que turistas suyos puedan conocer su finca, o le piden un azadón prestado y que les venda hortalizas. Pero que en otras ocasiones no han actuado desde la cooperación:

El trae personas, les hace recorrido y luego los lleva a almorzar donde su mamá. El problema es que no permite que la gente de la vereda les venda o cobre nada a esos turistas. Por

ejemplo, una vez una persona necesitaba ir al baño y Miguel no permitió que entrara a alguna casa y que le cobraran \$1000 por el baño, sino que la hizo esperar hasta llegar a la casa de la mamá” (Nota de campo, 03 de febrero 2025).

Las redes que conforman y atraviesan la iniciativa de turismo integran diferentes tipos de vínculos e implican mayor o menor familiaridad, cercanía y confianza, pero que son importantes ya que en medio de estas relaciones es que toma forma o no un sentido de comunidad y las prácticas asociadas a esta. A partir del vínculo que han formado María y Vanessa se activan redes más amplias que hacen posible el turismo y sus formas colectivas. De acuerdo con Durston (2000), el capital social individual puede ser una base para tejer capital social comunitario en la medida en que los vínculos se fortalezcan en función de intereses en común. El caso de las dos anfitrionas refleja como a partir de ellas como el centro de esas redes se activan y desactivan vínculos, recursos, etc. para darle forma tanto a su iniciativa en particular como a la red de turismo que se está formando en la vereda.

Aparte de los vínculos de mayor o menor cercanía y confianza que forman las partes al interior y a partir de la iniciativa de María y Vanessa, a esta red se suman las relaciones de ellas como personas, pero también como anfitrionas turísticas, en relación con otros actores, instituciones y personas que, si bien no son parte directa en algunos casos, en una escala mayor confluyen entorno al turismo.

En esta red confluyen y participan en mayor o menor medida diferentes actores que se interconectan en algunos casos y en otros no. A partir de un vínculo clave como el de ambas mujeres es posible rastrear cómo se activa un entramado de relaciones que trascienden el núcleo familiar o los círculos inmediatos, para configurar un capital social comunitario que incluye vínculos débiles, que la expanden, así como vínculos fuertes, que no están exentos de tensiones y ciertas instituciones (Imagen 10). Las diferencias entre los lugares en los que se ubican y las disposiciones para el turismo de María y Vanessa no solo dan cuenta de trayectorias múltiples, sino también demuestra cómo se construyen y movilizan distintos tipos de capital social en el marco de la ruralidad.

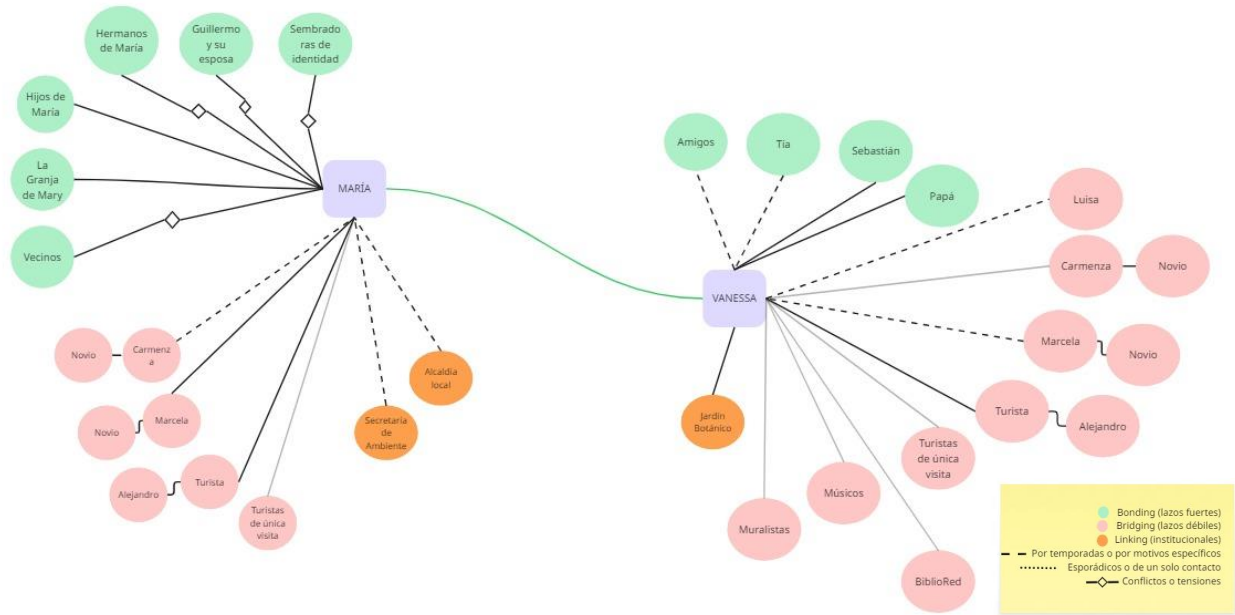


Imagen 10. Mapeo de vínculos entre actores a partir de la iniciativa turística María y Vanessa. Elaboración propia.

El análisis de las relaciones que se entrelazan a partir de las anfitrionas parte de una perspectiva Ego-céntrica (Durston, 2000). Cada una actúa como un nodo central (Ego) a partir del cual se tejen relaciones, se expanden los círculos sociales y se generan vínculos en algunos casos más horizontales, como con los locales y algunos turistas, y en otros verticales, con las instituciones. Por una parte, están los vínculos fuertes: relaciones cercanas, con mayor frecuencia, basadas en la confianza y en la reciprocidad, estos evidencian un capital social de “bonding” (Szreter & Woolcock, 2003, p. 5), el cual se refiere a redes densas con la familia, amigos y otros actores entre los cuales hay una identificación en términos de identidad social (Vervisch et al., 2013).

En el caso particular de la iniciativa, familiares y amigos de cada una, las otras iniciativas de la vereda y turistas frecuentes engloban este tipo de vínculos, los cuales han sido clave para consolidar un núcleo de confianza y reciprocidad que luego se expanden a “lo comunitario”. No obstante, la densidad de estos vínculos puede resultar en fricciones internas, cuando los esfuerzos no están equilibrados, cuando hay diferencias en cuanto a las expectativas del trabajo colectivo o tensiones ajenas al turismo pero que tienen un impacto en este y en los lazos que se activan y aquellos que no.

Por otra parte, los vínculos débiles se pueden analizar en clave de un capital social de “bridging” (Szreter & Woolcock, 2003, p. 6) que permite conectar las redes con diversos actores externos, diferentes a los círculos cercanos e íntimos, y que aportan saberes y recursos nuevos o distintos, es decir aquellos lazos extra-comunitarios (Vervisch et al., 2013). Los turistas que visitan una única vez la finca, clientes de ferias o redes sociales, actores culturales que llegan por invitación y otras iniciativas, que si bien representan visitas ocasionales son esenciales para renovar las ideas, los recursos, etc. Como lo presenta también Granovetter (1973), sustentan el dinamismo de la red y aportan al potencial de transformación de la iniciativa y de las dinámicas de la vereda al generar nuevas oportunidades, aprendizajes que se entrecruzan y aportar a esas visiones alternativas de lo rural.

Ahora bien, a las ventajas que representan vínculos con esta forma de capital social es necesario reconocer que también hay retos. La apertura al tránsito y a lo diverso puede resultar en inestabilidad y generar dificultades para el sostenimiento a largo plazo de la iniciativa en particular, así como de la red misma en Los Soches. Estos lazos no aseguran reciprocidad y niveles de compromiso sobre los que se pueda sostener el proyecto y da lugar a relaciones que no están ancladas a una comunidad en el sentido clásico de esta.

Por último, en la red también se incluyen actores que operan en diferentes escalas de poder, a nivel institucional y distrital. Los vínculos con la Secretaría de Ambiente, quienes dotan de materiales y apoyan en procesos, con el Jardín Botánico, que ofrece apoyo y asesorías, la Alcaldía Local, que por medio de convocatorias e incentivos aporta insumos, y otras redes agro turísticas están dotados de capital social “linking” (Szreter & Woolcock, 2003, p. 6). Implican normas de interacción y confianza entre actores que se relacionan a través de escalas de poder, se refiere a relaciones verticales donde hay lugares de poder definidos (Vervisch et al., 2013). Vinculaciones que ocurren cuando la Secretaría visita a María en su casa para preguntarle si necesita insumos como semillas o polisombra; así como cuando acceden a recursos como mesas o un horno para hacer pan a través de convocatorias de la localidad, etc. Poder construir capital social a otras escalas logra conectar procesos locales con accesos mayores, recursos y reconocimiento fuera de la vereda.

El entramado de relaciones expuesto, reconociendo las ventajas y retos de la manera en que se activa o no el capital social en medio del turismo en la vereda, refuerza que la comunidad

no es una unidad homogénea, sino que surge de una red dinámica y situada. La cual se articula a partir de los vínculos que se logran tejer entre actores, con recursos, saberes, las prácticas y el territorio.

2.4 Los Soches como territorio turístico

La llegada del turismo como actividad económica en la vereda transforma no solo cómo se “lee” y se experimenta el territorio a partir del turismo, sino que por las características particulares de este da cuenta de un proceso por medio del cual se están redefiniendo los significados que se le atribuyen y por ende una construcción territorial basada en el turismo.

Las transformaciones a partir del turismo y para disponerse a recibirlo implican una relación particular con el espacio y con la manera en que se nombra, interactúa, organiza y transita por la vereda. Las dinámicas y maneras de relacionarse con el territorio ya no solo se dan desde la ruralidad a partir del uso agrícola del suelo, sino también como espacio turístico. De acuerdo con Lefebvre (2013), el espacio se define como producto social, ya que no es neutro sino que es resultado de las relaciones, prácticas cotidianas, discursos y las diferentes formas de habitarlo; que el autor categoriza como espacio vivido, concebido o percibido para reconocer la multiplicidad de relaciones. Por lo tanto, la vereda Los Soches no es únicamente un espacio geográfico que se visita, sino que está siendo producido y transformado a través del turismo y las relaciones que ocurren a partir de este.

En esta medida, hay comportamientos socioespaciales que se forman a partir de un espacio específico, en este caso Los Soches, el cual es “ocupado, apropiado, construido y adaptado para su disfrute de acuerdo con las acciones, motivaciones e imaginarios de los actores sociales que intervienen en su construcción a lo largo del tiempo” (Díaz et al., 2020, p. 43). Supone que el territorio no es un contenedor en el que se desarrollan actividades, sino que las significa, así como es dotado de significado por estas.

2.4.1 “Pon en Google Maps: Los Soches, vereda turística”: nuevos referentes y relecturas

“Empecé yo a pensar, y dije como: estamos aún en Bogotá, o sea no estamos lejos, estamos cerquita. A la gente le gustaría venir acá, pues empecemos a hacer eventos. Entonces ahí fue cuando nació la idea del mercado campesino. Queremos empoderar mucho la vereda porque nos damos cuenta de que acá hay mujeres que tienen un potencial increíble. Está Maribel [La dueña de la Granja de Mary]. Bueno, Maribel, sí, se mueve mucho más a nivel comercial, a nivel público se mueve un montón, pero entonces también están mujeres que no. Está Janet, está María Eriscinda, María la loquita, también ella, pues no vive en la vereda, pero siembra en la vereda y pues también son mujeres que por la edad que tienen casi no se mueven en esos aspectos. Entonces qué bonito poderles uno colaborar ¿no? Y lo que hablamos con Sebas [su pareja], el día que nos vayamos de la vereda, que esas mujeres sigan empoderadas con esos mercados campesinos.

Este es un lugar que queda tan cerca de Bogotá y que queremos que sea turístico de una manera consciente, que no generen residuos, que antes vengan y cuiden, que vengan y aprecien. Por otro lado, lo que te decía de las mujeres, que tengan como ese fortalecimiento económico” (Entrevista a Vanessa, 26 de febrero 2025)

La vereda se ha desarrollado como un espacio rural, dedicado al trabajo de la tierra, pero con iniciativas como la de María y Vanessa se abre camino para pensar en Los Soches como un lugar turístico que ofrezca experiencias, productos y servicios a quienes visitan, y suponga un beneficio tanto económico como de relacionamiento para los locales. Estas iniciativas proyectan un horizonte nuevo en la vereda, que genera ingresos adicionales, fortalece la autonomía de las anfitrionas y resignifica lo rural, especialmente en relación con la ciudad.

Como lo defiende Ruiz-Ballesteros (2015) “las comunidades no están marcadas prioritariamente por el carácter intrínseco de sus miembros, los cuales de ningún modo son homogéneos (Agrawal y Gibson 1999), sino por la forma en que estos se relacionan entre sí en el contexto de un territorio.” (p. 28). El turismo logra reorganizar relaciones al interior de la vereda y con esto se hace posible reconfigurar el territorio, de manera que nuevas dinámicas tengan cabida.

Esa reorganización implica una manera particular de pensar, planear y definir activamente el territorio a partir de discursos, proyectos e imaginarios de la vereda como lugar turístico. Según Lefebvre, esto es el “espacio concebido” o “representación del espacio” (2013, p. 171). Al proyectar la vereda hacia el turismo a partir de las iniciativas que se van configurando, toma forma un proyecto territorial emergente que se impulsa desde el nivel comunitario.

Ahora bien, la vereda como espacio concebido turísticamente se articula con otra dimensión de Lefebvre (2013): el espacio percibido o “práctica espacial” (p. 97) que engloban aquellas formas de observar, recorrer y utilizar el espacio. A la manera en que se organizan los imaginarios sobre la vereda se suman también las maneras de transitarla desde las prácticas que motivan el movimiento de las personas, ahora con una mirada turística. Este es el caso de las direcciones que suelen dar Vanessa y María cuando va a visitar la finca alguien que no conoce la llegada: “*Escucho como dice Vanessa por celular: Pon en Google Maps La Granja de Mary y me avisas para explicarte como llegar desde ahí, porque está al lado*” (Nota de campo, 14 de diciembre 2024).

A diferencia de como María cuenta en sus relatos que se suelen referenciar los lugares en la vereda, a partir de vecinos o familias que cultivan hace años y que conoce desde hace tiempo, la transformación del territorio se ve reflejada en cómo varía la cartografía simbólicamente, ya que los turistas orientan sus tránsitos a partir del turismo. Cambia la manera en que se habita el espacio y este es codificado socialmente, a partir de símbolos y representaciones (Lefebvre, 2013), que dan lugar a nuevas formas de movilidad y conexiones dentro de la vereda y fuera de esta.

Estas transformaciones se relacionan con un uso práctico del espacio que se modifica por el turismo, ya que la tecnología, los visitantes y anfitrionas redefinen progresivamente el mapa social de la vereda (Díaz et al., 2020). El hecho de que sea La Granja de Mary uno de los referentes espaciales no es fortuito, pues da cuenta de quienes tienen derecho a representar el territorio, ya que genera confianza. Así, nuevas formas de movilizarse en la vereda con puntos de referencia específicos conllevan a que se activen ciertos mecanismos de vigilancia y control sobre quien puede liderar el turismo, tal como se presentó previamente con una de las lideresas de *Sembradoras de identidad*, y sobre quien puede o no representar a Los Soches.

La aparición de la vigilancia y el control responde también a la manera en que las redes se organizan, y cómo el capital social de los locales se activa o no en clave de sus vínculos. En una estructura social, como la red en la vereda, donde las personas están interconectadas por relaciones de confianza y cercanía a nivel local puede aparecer el “closure” (Coleman, 1988, p. 107), como una forma cerrada de estas relaciones que permite que sus miembros pueden ejercer vigilancia, control y reforzar normas colectivas. Estas disposiciones más cerradas como grupo pueden facilitar la cooperación y organización de los locales en pro de conformar una red de turismo en Los Soches; sin embargo, también facilita la exclusión y limita la participación de otros externos, así como puede reforzar alianzas, puede también fortalecer rivalidades e impedir que entren nuevos actores o iniciativas. Como lo desarrolla Durston:

No se puede asumir a priori que existe, en un sector rural dado, una “pequeña comunidad” en la clásica imagen idealizada. Puede haber, en su lugar, varias familias que no se comunican ni se identifican entre sí, o alternativamente redes sociales individuales entre vecinos y con patrones, sin límites y sin que las fronteras entre una localidad y otra tengan mucha importancia. Se postula, sin embargo, que donde hay un grupo de ascendencia local (vecinos que reconocen ancestros comunes), la combinación de parentesco, vecindad e historia puede dar lugar a instituciones comunales y liderazgos legitimados. Pueden también dar lugar a rivalidades y vendettas, de una comunidad con la vecina o al interior de una comunidad local (2000, p. 29).

Ahora bien, la manera en que se activan vínculos fuertes entre locales y formas de capital como el “bonding” (Sztreter & Woolcock, 2003) habilitan en cierta medida la cooperación y acuerdos para ofrecer servicios turísticos en la vereda, incluso en medio de tensiones, improvisación y negociaciones que se hacen necesarios en el proceso. Sin embargo, el turismo como apuesta territorial implica aperturas a la llegada de visitantes y de dinámicas que llegan con estos, formas de expandir las redes locales y los círculos sociales más cerrados a partir del capital de los anfitriones en forma de “bridging”(Sztreter & Woolcock, 2003). Lo que permite conectar con vínculos más débiles pero que facilitan el flujo de personas, ideas, innovación y nuevas apuestas por relacionarse con la ruralidad.

Las estrategias para vivir de manera colectiva el espacio rural son también una forma de producción territorial, ya que da cuenta de un espacio de relaciones compartidas o en contacto, que dotan de significado y se nutren al mismo tiempo del territorio (Ruiz-

Ballesteros, 2015). El espacio vivido o “espacios de representación” (Lefebvre, 2013, p. 98) se refiere a la manera en que las personas experimentan y se relacionan con el espacio a partir de lo vivido o lo simbólico, en relación con los afectos, la historia, etc. que se crean con el lugar.

Para el caso de Los Soches, la llegada de visitantes y turistas introduce en el territorio nuevos usos, relatos y referencias del lugar, con cargas simbólicas nuevas sobre la vereda que ocurren especialmente en espacios comunitarios: momentos de compartir alimento, caminatas, construcción de memorias, talleres de sanación, actividades para conectar con la naturaleza, entre otras. Estas prácticas, discursos y sentidos, que he abordado a lo largo de esta investigación, en conjunto resignifican el espacio cotidiano y son parte de lo que convierte el territorio en uno turístico, afectivo, narrado y vivido.

De manera conjunta, las transformaciones de la vereda como espacio vivido, concebido y percibido hacia el turismo implican una reconfiguración del sentido de territorio que da lugar a un nuevo modo de habitar en colectivo, en diálogo paralelo con lo que persiste de la cotidianidad agrícola del territorio. La reconfiguración de Los Soches como territorio turístico, implica nuevas formas de organizar la vereda y sus proyectos, nuevas formas prácticas de usar y transitar, así como significados, afectos y formas simbólicas de habitar que incorporan en la vereda un nuevo entramado territorial. En tanto espacio de encuentro, sanación, aprendizaje, entre otros, donde lo rural se re imagina de manera situada a partir del turismo con un enfoque comunitario.

2.4.2 Registros, formalización y reconocimiento institucional

Por otra parte, esta transformación no se evidencia únicamente en las prácticas locales y narrativas sobre la vereda, sino también en el hecho de que las iniciativas comienzan a interactuar con actores institucionales, normativas, recursos públicos y programas estatales que suman a esta reconfiguración un carácter formal ante el estado. Si bien es un proceso parcial, que está en sus primeras fases, la apuesta por conectar con otro tipo de incentivos y reconocimiento abre la posibilidad de un escalamiento institucional y mayor visibilización del turismo.

Un ejemplo clave de esto es el proceso que está llevando a cabo La Granja de Mary, quienes han iniciado los trámites para inscribirse formalmente como prestador de servicios turísticos ante la Cámara de Comercio de Bogotá, pues de acuerdo con lo que Maribel [la dueña] me comentó en una oportunidad:

En la granja ofrecen servicio de agroturismo con actividades que cuestan \$13000 y los turistas pueden elegir hacer la ruta de la lana, conocer la huerta o preparar cuajada. Incluso por \$55000 tener un día como campesino, que inicia a las 7:00am ordeñando la vaca. Quieren sacar el registro de turismo, porque lo tienen como restaurante, pero ellos no son un restaurante. También nos cuenta que van a estar en una feria en Corferias, pues una agencia los invitó y estarán promocionando la oferta turística. También la invitaron a participar de una exposición en el Museo de la Independencia, pues seleccionaron a una mujer de varias veredas y les abren el espacio para que den a conocer sus proyectos (Nota de campo, 26 de febrero 2025)

La necesidad de obtener el Registro Nacional de Turismo muestra una transición clara por obtener un reconocimiento oficial como actividad productiva en la vereda. Que se rechace la categoría de “restaurante” es muy dicente ya que evidencia una lucha por un reconocimiento preciso como agroturismo, para establecer una identidad económica específica que está ligada al posicionamiento territorial de Los Soches como lugar turístico. Así mismo, se trata de un servicio estructurado en sus costos y actividades que da cuenta de una intención económica, además de una configuración territorial pensada hacia el turismo. Esto se puede analizar también como una forma de “espacio vivido” (Lefebvre, 2013) desde lo cotidiano donde se selecciona y narra una experiencia de la vereda ajustada para recibir visitantes urbanos; así como un “espacio concebido” como turístico a partir de planeación y diseño de las experiencias que formalizan la existencia de tal actividad económica en la zona.

Además, el proyecto de La Granja de Mary ha sido invitado a participar en ferias y otros eventos que ofrecen una plataforma para dar visibilidad al proyecto. Esto representa una manera de escalar fuera de lo local, participación que se puede analizar como parte del “linking capital” (Szreter & Woolcock, 2003), pues conecta a actores locales con niveles distritales y nacionales. En este proceso, las mujeres no solo gestionan sus proyectos, sino que también representan al territorio y son parte de una reconfiguración de lo campesino ante otras audiencias.

Este es el caso de La Granja de Mary, la cual ha desplegado sus vínculos de “linking” con instituciones, enfocada en formalizarse jurídicamente. Por otra parte, iniciativas como la de María y Vanessa, aunque también se inscriben en estas apuestas turísticas, han tenido una forma de escalar hacia lo institucional de manera diferente. Ha estado orientado por lógicas de confianza, por redes que articulan vínculos fuertes y débiles que permiten convocar de manera directa y personal, por redes sociales y las relaciones que surgen a partir de los productos de *Hysca Boticaria*. Estas conexiones se relacionan más con vínculos “bridging” entre grupos extra-comunitarios, con un enfoque desde el cuidado, la medicina natural y la hospitalidad de lo rural como ejes.

No obstante, la iniciativa de María y Vanessa también está en contacto con actores institucionales, como la Secretaría de Ambiente y el Jardín Botánico, que han apoyado de manera indirecta los procesos, con insumos y asesorías; ya que en algunos casos este apoyo se enmarca en el turismo y en otros, especialmente con María, en el marco de la ruralidad y la vida campesina, al sostener una finca. Lo cual también implica relaciones verticales con estructuras institucionales y actores de mayor poder (Szreter & Woolcock, 2003). Así mismo, han accedido a recursos de la Alcaldía Local de Usme, como la convocatoria por medio de la cual María recibió mesas y un horno para fortalecer la capacidad productiva y la recepción de visitantes.

El caso de ambas iniciativas, si bien se diferencian en sus trayectorias, metas y ciertos intereses, confluyen en su contribución a la transformación territorial de la vereda, pues en ambos casos hay formas de representación del territorio en clave turística, y son parte de la reconfiguración de lo rural y campesino tanto a nivel local como hacia afuera.

A pesar de esto, es necesario reconocer que, aunque se pueden dar formas de acción colectiva, las redes locales son múltiples y puedan estar fragmentadas, no siempre son altamente densas y cohesionadas. Por lo tanto en el análisis de la construcción del turismo y su base comunitaria en la vereda, es necesario “no caer en un romanticismo bucólico acerca de la vida rural, evitando el “comunitarismo” y el “campesinismo” como visión idealizada” (Durston, 2000, p. 27). La cual puede resultar de una expectativa equivocada sobre una visión homogénea de comunidad, que desconoce las tensiones, disputas y relaciones de poder que intervienen en los procesos. Los pasos que se están dando para consolidar a Los Soches como

territorio turístico, no se basan en un esfuerzo de planificación coordinada de manera colectiva, sino de esfuerzos individuales que en algunos casos cooperan entre sí y en otros no, e incluso entran en conflicto.

En la manera en que intervienen diversos actores, a partir de diferentes capitales “bridging, bonding o linking” (Szreter & Woolcock, 2003) da lugar a dinámicas de inclusión y exclusión diferenciadas, lo que puede resultar en accesos desiguales a recursos o reconocimiento externo, reforzando las brechas que pueden existir debido a las iniciativas y personas que tengan mayor capital relacional respecto a otras (Coleman, 1988; Durston, 2000).

Así mismo, la formalización y estandarización del turismo en la vereda puede llegar a uniformizar lo rural, distanciándose de lo que la hace particular actualmente, y la densidad y multiplicidad que implica el “espacio vivido” de Los Soches en las diversas maneras de habitarlo colectivamente. Se podría presentar como un conflicto respecto al “espacio concebido”, en la medida en que cierta institucionalización del turismo (con registros o paquetes de actividades definidas) puede entrar en tensión con la cotidianidad, los cuidados e incluso las improvisaciones que siguen siendo parte de experiencias como las que se viven en la finca ‘El Recreo’.

Esto lleva a reforzar uno de los argumentos principales de esta investigación, pues ni siquiera el territorio turístico es un resultado fijo, sino que representa un proceso en el que se entrecruzan usos, relaciones, intereses y afectos. Lo que muestra que el comportamiento socioespacial (Díaz et al., 2020) que se negocia en este contexto, es central en cómo se produce el territorio de Los Soches desde la base, a partir del cruce de prácticas rurales, vínculos comunitarios y negociaciones con intervenciones externas.

Finalmente, y a modo de conclusión del capítulo, se logra evidenciar que iniciativas turísticas como la de María y Vanessa, no solo ofertan una experiencia, sino que se constituyen como espacios de producción social del territorio, en los que confluyen conocimientos, imaginarios, sorpresas y tensiones sobre lo rural. En el marco de un contexto situado es posible reconocer sentidos y no sentidos de lo comunitario en la iniciativa, que se construyen en un escenario marcado por las diferencias, el tránsito de personas, el encuentro de visiones heterogéneas sobre el campo, la ancestralidad, el campesinado y el turismo.

La comunidad no puede ser comprendida como un bloque homogéneo, fijo y completamente armónico (Ruiz-Ballesteros, 2015). Las experiencias registradas del campo evidencian cómo la acción colectiva se teje también en medio de tensiones cotidianas, diversos intereses, peleas interpersonales y brechas en los recursos disponibles. El capital social que sustenta el proyecto no es único ni estático, sino que fluye y se fortalece o debilita en clave de las relaciones, afectos e intercambios que ocurren entre actores (Coleman, 1988; Durston, 2000; Putnam, 1993). Por lo tanto, la noción de vínculos débiles que propone Granovetter (1973), adquiere centralidad en el análisis para reconocer cómo relaciones aparentemente superficiales pueden ser un vector que amplía las redes comunitarias y contribuye a la expansión de nuevos actores.

Así mismo, las trayectorias de ambas anfitrionas no solo las ubican en lugares particulares frente al turismo, sino que configura formas y discursos específicos y profundamente situados sobre el campo, la ancestralidad, la tradición, el trabajo, entre otros que son importantes al momento de interpelar a los visitantes. Hay una relectura de lo rural, que genera puentes entre pasados rurales e intereses desde lo urbano que además se traduce en formas particulares de “hacer en común”(Ruiz-Ballesteros, 2015). Esto ocurre tanto a nivel de los espacios colectivos, las comidas y talleres, como desde el lugar del visitante que puede o no sentir conexión con los discursos y las prácticas. Además del lugar del asombro y la sorpresa motivado por un encuentro con “el otro” (Urry & Larsen, 2011) que genera cercanías y distancias con respecto del campo, lo que además se traduce para los visitantes en reconocerse o no como turistas.

Precisamente, el turismo aparece como un catalizador de cambios sociales y territoriales. A través de la apropiación simbólica, afectiva, práctica, discursiva y económica del territorio se transforman los usos del suelo, los discursos sobre ruralidad y los imaginarios sobre el campo. A nivel de la vereda, la coexistencia de diferentes iniciativas, algunas articuladas y otras en conflicto, así como el relacionamiento con actores institucionales y apuestas de formalización, da cuenta de un proceso que paso a paso camina hacia una vereda que se reconoce y es reconocida como destino turístico (Coleman, 1988; Díaz et al., 2020; Lefebvre, 2013; Szreter & Woolcock, 2003), aunque se negocien internamente los sentidos y maneras de esa transformación.

En suma, esto permite pensar el turismo rural no solo como una apuesta económica, sino como una plataforma en la que se encuentran proyectos de vida, memorias compartidas, relaciones de poder y horizontes colectivos. La vereda Los Soches aparece entonces como un espacio en construcción y negociación, donde lo rural se reinventa y transforma en medio del encuentro entre anfitrionas, visitantes, locales e instituciones.

Conclusiones

Los objetivos de esta investigación se alcanzaron plenamente. A partir del trabajo de campo y el análisis de la información, fue posible reconstruir las trayectorias de las anfitrionas, identificar las prácticas y sentidos comunitarios, y comprender las tensiones que atraviesan la iniciativa de turismo rural. De este modo, se responde a la pregunta de investigación al mostrar que el sentido de comunidad no es estático, sino que se produce en la interacción cotidiana entre anfitrionas, turistas y vecinos, reconfigurando las relaciones sociales y los significados del territorio.

Esto permite comprender cómo la iniciativa de turismo rural en la finca ‘El Recreo’ no solo ofrece experiencias a visitantes, sino que también toma forma como un espacio de producción de comunidad y de re significación de la ruralidad. Los relatos de vida de María y Vanessa, sumados a la observación de sus prácticas y las interacciones con otros actores, dan cuenta de cómo las experiencias de las anfitrionas están profundamente ligadas a los significados que se construyen en torno al territorio y a las formas de relacionarse con él.

Esta investigación, desarrollada en la vereda Los Soches, evidencia que el turismo rural comunitario tiene diversos sentidos y significados. Por una parte, representa una estrategia de desarrollo económico, que permite a las anfitrionas liderar un proyecto en el cual, a partir de sus saberes, logran darle vida a una iniciativa que atrae personas externas a la vereda y que, a partir de la venta y la participación en los talleres, representa un ingreso en el marco de un servicio que está siendo prestado. Simultáneamente da lugar a una práctica social compleja donde se articulan trayectorias de vida, relaciones comunitarias, disputas territoriales, saberes ancestrales y formas de subjetivación femenina, que le dan vida a la iniciativa, a los espacios, a los discursos y prácticas que se promueven allí y que ponen a dialogar a los diferentes actores que confluyen en la vereda y en la finca ‘El Recreo’.

Repensar lo comunitario implica asumirlo como un marco de interacción permanentemente negociado, y así reconocer cómo las tensiones y los desencuentros son parte también fundamental de las comunidades y los sentidos compartidos que pueden surgir incluso en la resolución o no de esos conflictos.

En primer lugar, esta iniciativa permite evidenciar que la comunidad es un proceso dinámico y relacional, como lo plantea Ruiz-Ballesteros (2015), que se activa y resignifica a través de prácticas cotidianas de colaboración, como los almuerzos, las ferias o los talleres de medicina natural. Da cuenta de cómo las comunidades no están dadas, sino que en el “hacer en común” es posible tejer vínculos, los cuales además se articulan con la dimensión simbólica de las prácticas y los discursos, para dotar de sentido aquellos “común” que se gestan entre actores.

Sin embargo, lejos de una visión armónica, lo comunitario se manifiesta también en la tensión, el conflicto y las disparidades. La experiencia turística evidencia tanto la capacidad de organizarse colectivamente, como las disputas internas por los recursos, el reconocimiento y el trabajo. Esta lectura permite cuestionar nociones homogéneas de lo comunitario y asumirlo como un marco de interacción permanentemente negociado, y así reconocer cómo las tensiones y los desencuentros son parte también fundamental de las comunidades y los sentidos compartidos que pueden surgir incluso en la resolución o no de esos conflictos.

No es un colectivo homogéneo y que existe previamente, pues se trata de redes de vínculos de diferentes intensidades, fuertes y débiles, en los que se activan diferentes formas de relacionamiento y capital. Y se tejen a partir de intereses comunes y dispares, de tensiones cotidianas y trayectorias individuales que se encuentran (Coleman, 1988; Durston, 2000; Szreter & Woolcock, 2003).

Así, se evidencia que el turismo puede fortalecer redes de confianza, reciprocidad y cooperación, pero también puede generar disputas por los beneficios, tensiones entre actores y desequilibrios en el reconocimiento (Durston, 2000; Ostrom & Ahn, 2003). El capital social, en este caso, no es un bien dado, sino un recurso que se construye, se distribuye y se tensiona en función de las prácticas, los liderazgos y las decisiones colectivas.

El turismo constituye una plataforma de transformación subjetiva, pedagógica y simbólica. Para las anfitrionas, compartir sus saberes no responde necesariamente a una lógica de servicio estandarizado, sino a una práctica de narración de sí mismas y de afirmación de una forma particular de habitar el campo. Esto se vincula directamente con la discusión desarrollada sobre tradición como práctica viva (Arévalo, 2010; Hobsbawm, 2002), ya que las acciones turísticas resignifican prácticas ancestrales (como cocinar en horno de leña o las preparaciones con plantas) desde una lógica creativa y situada.

La pregunta por la tradición como un eje central en esta iniciativa lleva a problematizar además la necesidad de catalogar como “auténtico” o “inauténtico” lo que ocurre allí y lo que representan ambas anfitrionas. Pues las trayectorias de vida de cada una y la manera en que los saberes de ambas confluyen en esta iniciativa en particular, da cuenta de cómo la tradición se renueva constantemente desde el pasado en el presente. Que no es fija y estática, sino que dialoga constantemente con el entorno en el que se activa, con los actores que involucra y los imaginarios que la atraviesan. Tanto el tejido, como los alimentos, los relatos sobre el territorio y la medicina funcionan como elementos performativos que evocan memorias de diferentes maneras y permiten construir nuevos sentidos en el espacio.

A partir de la reconstrucción de sus relatos de vida, destaco la manera en que el turismo se convierte en una plataforma de empoderamiento femenino, especialmente para mujeres cuyas trayectorias han estado marcadas por la dependencia, la violencia o la invisibilidad. Como afirman Lagarde (2005) y Cely (2022), la autonomía implica una reconstrucción simbólica y relacional. En este sentido, esta investigación reconoce que prácticas como la medicina natural, la cocina y la organización comunitaria permiten a las mujeres afirmarse como sujetas políticas, con agencia y capacidad de decisión sobre sus cuerpos, sus vínculos y su territorio. Este análisis permite entender el entorno rural como aquel que puede ser un escenario para resignificar la feminidad.

Por otra parte, surge dentro del análisis que el territorio es una construcción social y simbólica, y no únicamente un escenario físico donde ocurre el turismo. Tal como proponen Ruiz-Ballesteros (2012) y Durston (2000), el territorio se configura a partir de relaciones, memorias, reglas comunitarias y disputas de sentido. En Los Soches, el turismo da lugar a una reapropiación simbólica del territorio, que es narrado, recorrido, ofrecido y defendido individual y colectivamente. Asimismo, se observa cómo las tensiones internas (por ejemplo, sobre quién puede ofrecer experiencias o representar a la vereda) son también formas de ejercer control y cuidado sobre el uso del espacio común. Da lugar a una transformación en la manera en que las personas se relacionan con la vereda, pues no solo se caracteriza por la producción agrícola que se ha dado generacionalmente, sino que ahora el turismo se abre paso como otra de las maneras en que se vivencia, percibe y concibe el territorio.

La llegada de los turistas a las cuatro iniciativas, y los lazos que paulatinamente se han ido activando redefine dinámicas en la vereda, relaciones entre locales y la proyección misma de ese turismo en el futuro. El turismo entonces se reconoce como aquel que ha impulsado la transformación territorial. Cambios y adaptaciones, que a diferencia de cómo ha sido abordado en otros enfoques, en esta investigación no lo aproximo ni como una amenaza homogénea ni como una innovación incuestionable. Lo que dialoga con Lefebvre (2013) en la medida en que parte de reconocer el espacio como un producto social en construcción y disputa.

Ahora bien, existe una ambigüedad en la relación entre la comunidad anfitriona y las personas que visitan. Muchos de estos no se reconocen como turistas, lo que genera tensiones simbólicas entre la oferta y la recepción de la experiencia. Esta situación permite problematizar, desde Urry y Larsen (2011), la idea del turista como sujeto con una mirada construida, que condiciona sus expectativas y lo que legitima como auténtico. Pero que además ubica la mirada del turista en un lugar en el que recibe imágenes y significados, pero que simultáneamente le da forma a eso “otro” con lo que se encuentra al salir de su cotidianidad.

Los puntos centrales que resultan de esta investigación dialogan, profundizan, pero también cuestionan hallazgos de otras miradas que se han desarrollado desde la antropología del turismo y la sociología rural. Por una parte, hay un eje que se centra en el análisis de este fenómeno social desde una mirada del desarrollo, la economía y la participación. Como una estrategia de desarrollo económico, de fortalecimiento de capacidades organizativas a nivel local que es valiosa de considerar (Milano, 2016; Nieto, A., 2013), pero que de acuerdo con los hallazgos no se puede reducir a una lógica de emprendimiento económico. A partir del análisis etnográfico de las trayectorias de María y Vanessa, es posible reconocer cómo el turismo se configura como una práctica vital, relacional y subjetiva, que articula memorias, afectos, espiritualidad, saberes campesinos y dinámicas de género.

Así mismo, lleva a cuestionar el lugar de la pregunta por la autenticidad y las “fantasías de lo rural” que en la literatura se denuncian por los efectos negativos que pueden tener en las dinámicas locales (Cornejo, 2011; Talavera, 2002). Más bien, los hallazgos dialogan con apuestas desde nuevas ruralidades (Sánchez Albarrán, 2016), que reconocen los entornos

rurales como espacios que pueden tener múltiples propósitos y transformaciones. Además, el análisis y lo que acontece en campo desplaza la mirada hacia formas no institucionalizadas de territorialización, mostrando cómo la comunidad construye sentido de pertenencia y defensa del territorio desde lo cotidiano: cocinar en horno, sembrar y aprovechar las plantas medicinales, recibir a visitantes, compartir historias. Estas prácticas cotidianas configuran el territorio no solo como espacio geográfico, sino como espacio vivido, narrado y disputado simbólicamente.

Esta investigación dialoga con recursos teóricos y metodológicos de la antropología y la sociología para darle forma a un análisis situado, relacional y con consideración del enfoque de género, que me permitió acceder a zonas grises del proceso comunitario, como el conflicto, la improvisación y la desigualdad. Así como cuestionar la idea de comunidad como unidad estable, mostrando sus fracturas y potencias, y poder proponer una forma de pensar el turismo desde la afectividad, la memoria, las prácticas y los sentidos comunes, no solo desde el mercado.

Poder abordar la pregunta por lo “comunitario” y el turismo rural de manera amplia y compleja requiere de nutrir el análisis con diferentes perspectivas teóricas, metodológicas y disciplinares. Para esta investigación, la antropología a partir de sus enfoques en el turismo, la acción colectiva y la pregunta por la cotidianidad me permitieron enriquecer el análisis de la mano con una mirada etnográfica tanto en la aproximación al campo, como en la apropiación y diálogo con esos datos en la escritura y el desarrollo de los argumentos.

Además, de la mano con enfoques sociológicos, pude fortalecer la aproximación a los relatos de vida, en la atención a detalles tanto a nivel personal como ampliando la mirada en clave de redes. Esta última, siendo uno de los aportes más significativos que ofrece el andamiaje sociológico para este trabajo, pues permite articular constantemente cómo se conectan realidades particulares con flujos más amplios. Lo cual hizo posible extrapolar dinámicas y discusiones de una iniciativa en particular a la escala veredal, para llegar a conclusiones sobre transformación territorial.

Es por esto que la apuesta desde las artes liberales posiciona la investigación en un lugar de diálogo interdisciplinar, dónde es posible crear puentes entre diferentes enfoques que suelen estar atados disciplinariamente. Permitiendo en el análisis del turismo una mirada más amplia

en la que se integraban corrientes que nacen desde tradiciones antropológicas, con desarrollos desde la sociología rural y de la misma tradición sociológica. Esto me lleva a pensar sobre un fenómeno desde diferentes perspectivas analíticas, críticas y metodológicas que permiten aproximarse a una realidad social de manera compleja, en medio de acuerdos y desacuerdos que resultan del encuentro entre diferentes formas de estudiar el mundo social.

Finalmente, los hallazgos dan cuenta de cómo el turismo, más que ser un medio, representa un escenario donde se generan nuevos sentidos de pertenencia, cuidado y de la experiencia comunitaria. María y Vanessa no solo lideran el proyecto, sino que, a través de sus trayectorias, saberes y resistencias, le dan una forma particular a lo “comunitario”. Su experiencia muestra que los sentidos colectivos se entretajan con los procesos de subjetivación. En el caso de ellas, estos procesos relacionan lo íntimo, lo político y lo territorial desde una mirada y un lugar particular de género.

El territorio resulta siendo la base material y simbólica sobre la cual toman forma las prácticas comunitarias. Por una parte, es la plataforma sobre la que se tejen vínculos que sostienen la comunidad, y es dónde estos se activan, fortalecen, disputan o se tensan en el proceso de la experiencia turística. Por otra parte, es interesante como la construcción territorial de un “nosotros” en el que unos pertenecen y otros no, le da un lugar particular a los sentidos colectivos que emergen en medio de la iniciativa y de las prácticas que ocurren allí. Pues introduce de cierta manera al “otro” como parte de la comunidad en el marco del turismo rural.

Ahora bien, en esta investigación trabajé con actores que confluyen en estos espacios promovidos desde la iniciativa de María y Vanessa, pero no fue posible acceder con mayor profundidad a las otras iniciativas. Es por esto, que en próximas investigaciones sería valioso incluir en mayor medida a estos actores locales que no solo son parte de esta apuesta turística, sino que pueden ampliar el panorama desde sus propias trayectorias para mapear a partir de estas la llegada del turismo, la relación con la historia de la vereda y la transformación territorial.

Así mismo, no fue posible relacionarme con la mayoría de los hermanos de María, lo que sería valioso en caso de poder profundizar sobre la relación de esos vínculos de parentesco

con la manera en que se ha construido y organizado la vereda. Y cómo esto se relaciona con el turismo y el sentido comunitario.

Por otra parte, el hallazgo sobre la dificultad de identificación de los visitantes con ser turistas en el marco de experiencias alternativas como la del turismo rural, puede ser un punto de partida para que próximas investigaciones ahonden en cómo se ha construido un imaginario sobre los visitantes y como esto se transforma con el surgimiento de nuevas apuestas. Así como el lugar del turista en el siglo XXI, y las redes interconectadas que han surgido de la globalización y de un mundo más conectado.

Finalmente, el turismo rural comunitario en Los Soches es una práctica profundamente relacional, situada y política, donde se entrelazan formas de resistencia, memorias territoriales, identidades campesinas y procesos de subjetivación femenina. Invita a problematizar las nociones de comunidad que damos por definidas, así como nuestro lugar como turistas en la ciudad, en el país y en el mundo. Lejos de ser una actividad neutra, el turismo actúa como vector de transformaciones sociales que son importantes de ser comprendidas desde una mirada etnográfica, crítica e interdisciplinar.

Referencias

- Alcaldía Local de Usme & IDEXUD. (2017). Mapa de localización de la localidad de Usme. En Atlas Usme Ambiental 2017 (Contrato 233/2016). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Arévalo, J. M. (2010). El patrimonio como representación colectiva. La intangibilidad de los bienes culturales. *Gazeta de Antropología*, 26(1).
- Blázquez, M., & Cornejo, M. (2014). Empoderamiento de género en las medicinas alternativas y complementarias (MAC) de influencia New Age ¿Es el holismo feminista? *Crisis y cambio: propuestas desde la sociología XI. Congreso Español de Sociología (FES)*, 1377-1385.
- Burgos, R. (2016). El turismo comunitario como iniciativa de desarrollo local: Caso localidades de Ciudad Bolívar y Usme zona rural de Bogotá. *Hallazgos*, 13(26), 193-214.
<https://doi.org/10.15332/s1794-3841.2016.0026.08>
- Burgos, R., & Cardona, M. (2014). Turismo comunitario, como estrategia para el empoderamiento comunitario en las localidades de Ciudad Bolívar, Usme y Sumapaz, zona rural. Bogotá D.C. *Teoría y praxis investigativa*, 9(2), 94-114.
- Calderón, C. F., & Aguilar, Y. S. R. (2018). Viajando por Usme: Un recorrido que nos invita a conocer sus antepasados, su presente y su futuro. *Cambios y Permanencias*, 9(1),
- Castellanos, L. (2016). Desarrollo rural: Caso vereda Requilina en la localidad de Usme, Bogotá Colombia. *Revista Chakiñan. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1, 93-100.
- Cely, A. M. (2022). Las mujeres y la reproducción social de la lucha campesina en Colombia. *Revista Controversia*, 219, 129-172.
- Coleman, J. S. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology*, 94(1), 95-120.
- Cornejo, M. (2011). Nostalgia culturalista y modernidad tardía. Persiguiendo la cultura en Castilla-La Mancha. *Gazeta de Antropología*, 27(1).

- Díaz, A., Osorio, M., & Palmas, Y. D. (2020). Propuesta teórica para el estudio del comportamiento socioespacial de un destino turístico. *Revista Universitaria de Geografía*, 29(1), 46-68.
- Durston, J. (2000). ¿Qué es el capital social comunitario? *Naciones Unidas. CEPAL - SERIE Políticas Sociales. División de Desarrollo Social*, 38.
- García-Andreu, H., & Ullán, J. (2019). ¿Todavía existe la comunidad?: Turismo comunitario y nuevas formas de organización social a caballo entre la tradición y la modernidad. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 14(1), 119-143. <https://doi.org/10.14198/OBETS2019.14.1.04>
- Gómez-Montañez, P. F. (2013). Re-Meaning The Indigenous Muisca Cemetery Of Usme, Colombia: Ethnography of Collaborative Project and Patrimonial Debate. *Journal of Arts and Humanities*, 2(3), Article 3. <https://doi.org/10.18533/journal.v2i3.85>
- Granovetter, M. (1973). La fuerza de los vínculos débiles. *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360-1380.
- Hernández -Ramírez, J. (2015). El turismo como objeto de estudio. Análisis de la producción bibliográfica de los antropólogos españoles del turismo. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural.*, 12(2), 305-331.
- Hobsbawm, E. (2002). Introducción: la invención de la tradición. En *La invención de la tradición*. (Traducción castellana de Omar Rodríguez). Editorial Crítica.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Autónoma de México.
- Lautaro, J., & Restrepo, A. M. R. (2022). Mujeres Rurales en Colombia. *Revista Controversia*, 219, Article 219. <https://doi.org/10.54118/controver.vi219.1262>
- Lefebvre, H. (2013). El espacio social. En *La producción del espacio* (Primera edición). Capital Swing.
- Lenclud, G. (2009, enero 16). La tradición no es lo que era... *Traducción al español por Bastien Bosa, consultada en Clases Bosa*. <https://clasesbosa.blogspot.com/2009/01/la-tradicin-no-es-lo-que-era-grard.html>

- Milano, C. (2016). Antropología, turismo y desarrollo en cuestión: El turismo comunitario a debate. *Quaderns*, 32, 145-166.
- Nieto, A. (2013). Participación Comunitaria en iniciativas de ecoturismo en la Vereda Los Soches, localidad de Usme, Bogotá. *RIAT: revista interamericana de ambiente y turismo*, 9(2), 101-107.
- Nogués-Pedregal, A. M. (2012). El Cronotopo del Turismo: Espacios y Ritmos. *Revista de Antropología Social*, 21, 147-171.
- Ostrom, E., & Ahn, T. K. (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: Capital social y acción colectiva. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(1), 155-233.
- Pachón, X. (2008). La familia en Colombia a lo largo del Siglo XX. *Familias, cambios y estrategias*.
- Pérez, E. (2004). EL MUNDO RURAL LATINOAMERICANO Y LA NUEVA RURALIDAD. *Nómadas (Col)*, 20, 180-193.
- Putnam, R. (1993). Chapter 6: Social Capital and Institutional Success. En *Making democracy work: Civic traditions in modern Italy*. Princeton University Press.
- Rosa, T. F., Pastor-Alfonso, M. J., & Fernandes-Costa, L. S. (2023). Tecnología social, turismo de base local y turismo de base comunitaria. Breve debate buscando mejoras en las actividades del turismo comunitario. *Turismo y Patrimonio*, 20, 47-62.
- Ruiz-Ballesteros, E. (2015). Turismo de base local y comunidad ¿una vinculación oportuna? *Revista andaluza de antropología*, 8, 19-44.
- Ruiz-Ballesteros, E., & Gual, M. A. (2012). The Emergence of New Commons Community and Multi-Level Governance in the Ecuadorian Coast. *Human Ecology. Springer*, 40, 847-862. <https://doi.org/10.1007/s10745-012-9540-1>
- Sánchez Albarrán, A. (2016). Sociología rural y nueva ruralidad sur-sur. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 25(3), 49-63.

- Sandoval, I. M. S. (2017). *Movilizaciones Sociales en la localidad de Usme (1990-2015) “Ni un metro más de cemento sobre mis ancestros”* [Tesis]. Universidad Nuestra Señora del Rosario.
- Secretaría Distrital de Planeación. (2020). *Habitantes de la ruralidad de Usme le hicieron sus aportes al POT*. Secretaria de Planeación. <https://www.sdp.gov.co/noticias/habitantes-de-la-ruralidad-de-usme-le-hicieron-sus-aportes-al-pot>
- Shattuck, A., Grajales, J., Jacobs, R., Sauer, S., Seshia Galvin, S., & Hall, R. (2023). Life on the land: New lives for agrarian questions. *The Journal of Peasant Studies*, 50(2). <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/03066150.2023.2174859>
- Szreter, S., & Woolcock, M. (2003). Health by association? Social capital, social theory and the political economy of public health. *International Journal of Epidemiology*, 33, 1-18. <https://doi.org/10.1093/ije/dyh013>
- Talavera, A. S. (2002). Desarrollos y conflictos en torno al turismo rural: Claves y dilemas desde la antropología social. *Turismo rural: tendências e sustentabilidade. Santa Cruz do Sul: EDUNISC*, 117-140.
- Turner, V. (1967). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual Ndembu* (2.^a ed.). siglo veintiuno editores.
- Úcar, X. (2012). La comunidad como elección: Teoría y práctica de la acción comunitaria. *Teoría y práctica de la acción comunitaria. Aportes desde la psicología comunitaria*, 37-73.
- Urry, J., & Larsen, J. (2011). *The Tourist Gaze 3.0* (3.^a ed.). SAGE Publications Ltd.
- Vervisch, T., Vlassenroot, K., & Braeckman, J. (2013). Livelihoods, power, and food insecurity: Adaptation of social capital portfolios in protracted crises—Case study Burundi. *Disasters*, 268-292.
- Vinasco Guzmán, M. C. (2017). Marco teórico para la construcción de una propuesta de turismo rural comunitario. *Revista de Investigación Agraria y Ambiental*, 8(1), 95-106.

Zelizer, V. A. (2005). Encounters of Intimacy and Economy. En *The Purchase of Intimacy*.
Princeton University Press.